

JAZMIN®

360 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $10.00

Un accidente inesperado

Rosalie Ash

Un Accidente Inesperado

Rosalie Ash

Un Accidente Inesperado (10.03.1999)
Título Original: The Ideal Father (1998)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1393
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Polly Hamilton y Marco Daretta

Argumento:

Polly había preferido engañarse a sí misma pensando que Marco no asistiría a la reunión familiar en Toscana. Suponer que iba a volver a verlo después de cuatro años, y saber que le había ocultado la existencia de su hijo, la tenía en ascuas.
Sólo era cuestión de tiempo que él lo averiguara todo y exigiera conocer a su hijo. Cuando eso sucedió, resultó evidente que Marco no sólo era el padre verdadero de Ben, sino el ideal. Marco, decidido a no perder a su recién encontrada familia, le propuso a Polly que se casaran. Pero, ¿cómo podía casarse con Marco cuando sabía que él mantenía una relación secreta…?

Capítulo 1

En una soleada ladera de la Toscana, la fiesta convocada para celebrar los bautizos estaba atestada de gente que generaba una atmósfera feliz. Polly se sintió tonta por haber dudado del calor que recibiría a su llegada.

Las dos cunas de mimbre se hallaban a la sombra de una glicinia junto a la pared de piedra de la casa. Polly se apartó el pelo del rostro y observó a los dos bebés de pelo oscuro. Mellizas. Las nuevas sobrinas de Marco. Ambas lucían unos vestiditos para el bautizo y tenían los diminutos pulgares metidos en la boca.

Mientras observaba, los párpados se movieron espasmódicamente, para volver a relajarse. Unos deditos se doblaron y se quedaron quietos otra vez. Seguros en sus pequeños mundos. Sus rasgos y la tonalidad de su piel tenían un aire familiar; hicieron que pensara en Ben de bebé. Sintió un nudo en el estómago. Con silencioso sobresalto reconoció que ése era precisamente el motivo por el que había ido.

No podía fingir que simplemente había acatado la presión de su padre para viajar a Italia. Cierto, éste había ejercido una presión inusitada para que aceptara la invitación de los Daretta al bautizo... sospechaba que en su mayor parte para demostrar que los Hamilton ingleses y los Daretta sicilianos, dos partes de la misma familia, al fin se habían reconciliado. Y como el único Daretta con el que tenía algún problema era Marco, y su hermanastra Sophy le había dicho que estaría ocupado en un juicio en Londres, acordó ir.

Pero, ¿a quién quería engañar? Dejando a un lado cualquier intención noble, los motivos por los que estaba presente eran emocionales, muy personales y en absoluto racionales. Marco Daretta era el tío de las mellizas. Sucumbir a la súplica de su padre por la unidad familiar había sido una simple excusa para ceder a la tentación de verlas, torturarse y, en secreto, comparar notas-Miró con ternura a las pequeñas dormidas. La hermana de Marco, Marietta, era medio inglesa, como él, pero su marido era italiano, por supuesto. Se acercó un poco más. ¿Los bebés habían heredado los asombrosos ojos azul oscuros de los Daretta? Imposible verlo en ese momento. Sus pestañas tupidas eran de un negro azabache.

-Polly.

Ante el inesperado sonido de la voz ronca de Marco se sobresaltó, como si la hubieran descubierto haciendo algo que no debía. De inmediato, se enfadó consigo misma. Se esforzaba al máximo para no volver a experimentar culpabilidad.

Se irguió y giró, apartando el pelo rubio de su rostro. Requirió una gran dosis de autocontrol mantener una expresión educada y serena al

mirar al hombre que tenía a su lado. Pero hablar parecía temporalmente imposible. Sólo lo observó, con el corazón desbocado.

-¿No vas a saludarme?

Tenía unos ojos extraordinarios. Profundos bajo unas cejas espesas. Los iris eran de un brillante azul oscuro que siempre le recordaban a Polly una tinta indeleble, del tipo que usaba su padre en el despacho y que venía en frascos de cristal. Se humedeció los labios y carraspeó.

-Hola, Marco.

-Al fin volvemos a vernos. ¿Cómo estás? -la evaluó de arriba abajo.

Si hubiera estado preparada para eso... Había repasado muchas veces su encuentro con Marco durante los últimos cuatro años. En un par de ocasiones estuvieron a punto de verse, pero en cada una ella perdió el valor y se inventó excusas para cancelarlo en el último minuto. No sabía cómo iba a reaccionar al verlo.

Tenía el pecho atenazado por el pánico. La suave brisa le agitaba el pelo, y seguro que su traje de algodón de color ladrillo estaba arrugado por el viaje. Notó que detenía sus ojos en la ceñida falda por encima de las rodillas y en los zapatos de ante con un tacón que elevaban su metro sesenta en siete centímetros. Cuando alzó la vista a la discreta sugerencia del escote de su chaqueta de manga corta, Polly sintió que su cuerpo la traicionaba reaccionando con un nudo en el estómago y con la contracción de las aureolas alrededor de los pezones.

Se sentía incómoda bajo el atento escrutinio de Marco, ya que siempre imaginaba que debía compararla con Sophy y, si pensaba alguna vez en ella, comprendería la copia pálida e inferior que era ante el abrasador encanto de su hermanastra.

Sophy y ella compartían unos rasgos similares... por pura coincidencia, ya que no eran parientes sanguíneas, y una descripción de ambas sobre el papel sería muy parecida: tez blanca, anglosajonas, ojos azules y pelo largo y rubio. Incluso sus características físicas podían sonar idénticas: nariz corta y ligeramente respingona, boca sensual y complexión ligera. Pero en persona esas similitudes se desvanecían.

Sophy poseía ese elusivo «algo» que enloquecía a los hombres. Su figura exhibía más curvas, era mucho más alta y su seguridad sexual legendaria. Polly sólo tenía que pensar en su hermanastra para verla en brazos de Marco, los dos unidos en un abrazo hambriento, tal como los vio cinco años atrás en Sicilia y el modo en que imaginaba, por los habituales recordatorios de Sophy, que los dos pasaban la mayor parte de su tiempo juntos hasta ese mismo día...

Respiró despacio y se obligó a sosegarse, según le habían enseñado

las cintas de auto hipnosis contra el estrés y su profesora de yoga.

-Estoy bien, Gracias. Tienes un aspecto estupendo, Marco -logró decir al fin. «Estaba más que estupendo; estaba magnífico», pensó al observar su perfección masculina. El traje color pizarra que llevaba era un triunfo de la sastrería italiana, la camisa gris azulada y la corbata de un terracota suave con rayas azules eran sutilmente elegantes. Bastaba mirar los ángulos marcados de su rostro, sus ojos, la cálida piel cetrina, el lustroso pelo negro levemente ensortijado, para aumentar la sensación de inquietud en su interior-. No esperaba verte hoy aquí -comentó cuando el silencio se prolongó.

-¿De verdad? Pero si es mi casa. ¿Por qué iba a ser el anfitrión de la fiesta del bautizo de las hijas de mi hermana y no asistir?

¿Esa casa campestre, aislada en ondulantes acres de maíz, vid y olivares era de Marco? Polly frunció el ceño, molesta por su ignorancia. La invitación se la había enviado Marietta, y al aceptar había hablado por teléfono con la tía Ruth, madre de él.

Pero al reflexionar en ello quedó claro que él sería un participante activo en la fiesta. Sus casos en los tribunales de Londres no iban a impedírselo. Si alguna vez existió un hombre comprometido con la familia, ese era Marco Daretta. Después de todo, era medio siciliano. Su tía Ruth le había contado que la única institución que de verdad contaba para la conciencia siciliana era la familia. Para Marco, sin duda, ésta ocupaba el primer puesto. Los hijos en particular tenían un alto rango en su lista de prioridades. Sólo dependía qué parte de la familia estuviera involucrada.

Y qué hijo...

Polly contuvo un leve temblor de aprensión. La enormidad de su decisión, tomada tras meses de agónica incertidumbre cuatro años atrás, de pronto se había manifestado como una carga de plomo en su corazón...

-¡Polly, querida! ¡Has venido! -la feliz exclamación de la tía Ruth mitigó la creciente tensión. Polly se apartó de Marco y se dejó abrazar por ella, suave y bonita en su vestido de seda, y luego estudiar por unos ojos castaños; el afecto que leyó en ellos hizo que se relajara un poco más-. Cariño. ¡Estoy tan contenta de que hayas venido!

-Yo también -repuso-. Lamento que papá y Sophy no pudieran asistir.

-No te preocupes, lo entiendo.

-Papá estaba en medio de un juicio -se apresuró a explicar-, y Sophy tenía un compromiso en las pasarelas.

-Tu presencia lo compensa todo. Eres la hija de mi hermanastro, Polly. ¿Cuántas veces nos hemos visto a lo largo de los años?

-Bueno... -esbozó una leve sonrisa-. ¿Una o dos veces?

-Dos. Una en Inglaterra, cuando apenas tenías unos trece años. Y en aquellas vacaciones de pascua, cuando viniste a Sicilia antes de entrar en la universidad -le recordó Ruth-. Esperaba que las hijas de Marietta le proporcionaran a todo el mundo la excusa para una agradable reunión familiar. No puedo negar que me habría encantado ver hoy aquí a mi hermano...

-Lo sé... -Polly se mordió el labio-. ¿Cuánto hace que no os veis?

-La última vez que estuve con Harry fue hace unos diez años, y no se puede decir que fuera un encuentro feliz. Yo había ido a ver a mi madre para que Marco conociera a su abuela inglesa. Pero ella prácticamente nos echó...

-Papá quería venir, tía Ruth -afirmó Polly con lealtad, mirando a su tía con ojos firmes-. De verdad...

Pero la verdad es que su padre era un hombre orgulloso, a quien le resultaba difícil dar el primer paso para zanjar viejas disputas. Pero así como le costaba renovar el contacto adecuado en persona, hacía tiempo que había dejado de sentir animosidad hacia los Daretta. Cinco años antes no puso objeción a las vacaciones de Polly y Sophy con ellos en Sicilia, y la invitación a este bautizo le habría dado la oportunidad perfecta para una reunión con su hermana Ruth... y el chef siciliano con el que se había casado ésta veinticinco años atrás y por el que había rechazado la aprobación de los Hamilton.

-Se sintió muy decepcionado -continuó Polly-. Igual que Sophy. De haber podido, habría volado directamente aquí. Os envían todo su afecto... y sus regalos, desde luego -con una sonrisa, alzó las bolsas de Harrod's-. ¡Los bebés son adorables!

-Son como unos pequeños milagros. ¿Quieres tener en brazos a una de ellas?

-Cuidado, madre -intervino Marco, divertido-. Marietta dice que si las despiertas para exhibirlas una vez más, te dará el turno de noche para cuidarlas durante una semana.

-Cielo santo, ¿han vuelto a dormirse? Nunca he visto unos bebés más dormilones. Si son capaces de hacerlo con todo este ruido, nada logrará despertarlos. Marco, querido, ¿no es maravilloso tener a Polly aquí?

-Maravilloso -repuso tras una pausa-. Es una dama muy evasiva.

Entonces, apoyó unos dedos firmes en los hombros de ella y le dio un beso formal en cada mejilla; Polly sintió que se ruborizaba. Se quedó quieta y sintió el calor de su mano en la piel, el roce de sus nudillos en la mejilla y el aroma sutil de su colonia mezclado con su calidez, frescor y masculinidad.

Le irritó la fuerza con que podía afectarla. Pero siempre había surtido ese efecto en ella. Casi ajena a la conversación que la rodeaba, pensó en la primera vez que lo vio hacía diez años. Ella debía tener trece y él veintiuno. Alto, relajado y atlético, salía del Priorato Hamilton tras el enfrentamiento con su abuela que acababa de mencionar Ruth.

Ella llegaba del colegio. Al verlo en los escalones de la casa de la abuela Hamilton, se detuvo de repente y estuvo a punto de ser atropellada por el chico de los periódicos, que iba a toda velocidad en su bicicleta. Marco se anticipó al accidente, saltó y la apartó justo a tiempo. La mochila del colegio salió volando y diseminó sus libros por el camino de grava, al tiempo que el repartidor se caía de la bicicleta. Se levantó casi de inmediato con la cara colorada y musitando disculpas. Marco había aferrado con firmeza los hombros de Polly para evitar que cayera. Con voz distraída y ronca le preguntó si se encontraba bien, y debió decir algo más, pero ella no lo oyó, porque su impresionable imaginación de trece años quedó atrapada en el extraordinario poder de sus ojos azules, en su pelo negro revuelto y en sus grandes, cetrinas y sombrías facciones.

«Qué pena que la abuela Hamilton no estuviera viva y presente hoy», pensó fugazmente. «Porque habría podido ver que la deshonrosa conducta de su hijastra Ruth con el chef siciliano pobre había conducido a un matrimonio entregado y amante y a una familia grande y unida; y que la primera fruta de esa unión, su nieto Marco, se había convertido en un abogado de prestigio».

-Descubrí a Polly haciéndole carantoñas a los bebés -decía Marco con una sonrisa-. No sabía que fuera tan maternal.

Ella contuvo el aliento. La sensación de calor se intensificó y luego se convirtió en algo gélido cuando la recorrió una oleada de pánico. «¿Lo sabía?» Giró rápidamente la cabeza para observar la expresión de sus ojos. «No, no podía saberlo», se tranquilizó. «De lo contrario, no mantendría una conversación educada y bromista con ella; se mostraría frío e iracundo, como tal vez tenía derecho a estarlo…»

-¿Cómo es que estás cualificado para emitir un juicio sobre el tipo de mujer que soy, Marco? -preguntó, deseando que la voz no le temblara-. No nos hemos visto en años.

-Por tu culpa, Polly, no por la mía. Con toda probabilidad, baso mi opinión en información ya antigua, pero la última vez que nos vimos no parabas de ir de una fiesta a otra.

-En cuatro años las cosas pueden cambiar mucho.

-¿Sabes?, creo que tú has cambiado, Polly -volvió a examinarla-. Pareces más… madura. Más serena. Te sienta bien.

-¿De verdad? -fue lo único que pudo decir; sintió la garganta dolorosamente seca.

«Había hecho lo correcto», pensó en silenciosa desesperación, «lo único que podía hacer. Haberle contado a Marco que estaba embarazada, cuando había dejado bien claro que semejante complicación le molestaría, habría sido muy humillante. Y contárselo después del nacimiento de Ben... imposible». Involuntariamente, contuvo el aliento al rememorar la agonía de esas decisiones pasadas.

Ben había sido concebido durante un momento de precipitado e irreflexivo deseo... al menos por parte de Marco. Y aunque éste hubiera querido más, moralmente ella se habría sentido obligada a decirle que no y a apartarse de su camino. Marco era propiedad de Sophy.

Esta lo dejaba claro cada vez que iba al Priorato Hamilton. Si registró el parecido entre Ben y Marco, no dio muestras de ello. Y jamás dejaba de contarle a Polly lo a menudo que la llamaba él desde el extranjero, o pasaba la noche en su piso de Londres, o las veces que se habían ido juntos de fin de semana, o cuándo le compraba lencería o joyas caras para su cumpleaños...

Polly habría hecho lo impensable, embarcarse en una aventura con el amante de su hermanastra-Pero esa complicación no se presentó. Aquella noche Marco dejó bien claro que no quería involucrarse con ella, que el acto sexual había sido un acto impulsivo y un error que era mejor olvidar...

De pronto, ninguna de esas justificaciones lógicas ayudó. Aún se sentía paralizada por el conocimiento de que, en ese mismo momento, en Inglaterra, había un niño pequeño al cuidado de unos amigos de la familia mientras ella se encontraba en Italia; y que era el hijo de Marco, no, el hijo de los dos, y que Marco no sabía...

-Deja de provocarla y sírvele a Polly un poco de vino, cariño -le ordenó Ruth a su hijo con tono de reproche-. Atiéndela. Ha venido desde Inglaterra. Haz que se sienta en casa.

-No hagas que me sienta como una mártir, tía Ruth -comentó Polly con una sonrisa-. No me pareció mucho viajar a cambio del placer de ver a las mellizas de Marietta.

Una de las pequeñas se movió y emitió un sonido, y como si esa fuera la señal, la otra también despertó. Ambas se pusieron a llorar. De la nada apareció Marietta con un vestido de un azul cobalto que revelaba una silueta más redondeada que la que recordaba Polly, aunque seguía tan arrebatadoramente hermosa como siempre, con el destello pelirrojo en su largo cabello oscuro como único rastro de la sangre inglesa heredada de Ruth.

«Todos los vástagos Daretta eran asombrosos», pensó Polly, «desde Marco hasta la más joven de sus hermanas, y todos exhibían las marcas de ese llamativo atractivo siciliano. Los rasgos de los Hamilton habían sido desterrados, en idónea venganza por los años de desaprobación».

-*Mamma*, ¿has vuelto a despertarlas?

-Palabra de honor, Marietta, que ni me acerqué a ellas -protestó Ruth-. Decídselo, Marco, Polly, ¿fui yo?

Todos reían cuando Marietta le entregó un bebé a Marco y el otro a Polly, a quien dio un beso de bienvenida.

-¡Tú estabas más cerca cuando despertaron, así que puedes cuidarlas un rato! -comentó, sentándose para abrir los regalos de Harrod's y soltar una exclamación de placer al ver los marcos de plata y el juego de porcelana de platos y tazas con forma de conejo.

-Son de parte de todos... de papá y Sophy incluida.

-¡Son preciosos! Muchísimas gracias... -Marietta rió ante la expresión desconcertada de Marco cuando éste inspeccionó al bebé que tenía en brazos-. Ya es hora de que adquieras un poco de práctica, querido hermano, para cuando satisfagas las plegarias de papá y le des un nieto.

Ruth miró a su hija con fingida reprobación.

-Marietta, ya sabes que tu padre está en el séptimo cielo con dos nietas mellizas. Además, ¡primero me gustaría que Marco encontrara una esposa!

-No debería serle muy difícil -observó su hermana- , ya que durante los últimos años ha llevado del brazo a bastantes de las solteras más espléndidas de Europa.

-Una exageración -indicó Marco-. Y aunque fuera verdad, ¿qué tiene de malo?

-Por supuesto, pobre Marco. La vida es demasiado breve para precipitarse en un compromiso con la mujer equivocada, ¿verdad? -bromeó Marietta.

Polly hizo una mueca interior de dolor. Ya había experimentado en carne propia su filosofía de ningún lazo ni compromiso. Conocía cuál era su reacción ante la más remota posibilidad de verse atrapado como consecuencia de sus propios actos. «¿Cómo podía soportarlo Sophy? Quizá ésta también prefiriera la libertad. Se movía en los sofisticados círculos de la moda, viajaba mucho; probablemente le convenía encontrarse con Marco siempre que sus agendas coincidían».

Marco acunó en sus brazos a la vociferante pequeña, pero sin lograr acallar el llanto. Polly acomodó a la otra sobre el hombro y con suavidad le palmeó la espalda, sorprendiéndose por el silencio que

consiguió. Captó la mirada de Marco y no fue capaz de contener su alegría.

-¿Cómo lo has logrado? -demandó él.

-Tal vez la tuya sea la más extrovertida de las dos -luchó con la risa que deseaba soltar-. O tal vez la más hambrienta.

Apiadándose de él, Marietta le quitó a la pequeña y fue en busca de unos biberones. En un impulso, Polly depositó a la melliza que sostenía en los brazos de él. La niña lo miró con abierta curiosidad, y luego le sonrió, dándose golpecitos en la cara encantada.

-Al menos una de mis sobrinas parece otorgarme su aprobación -señaló con alivio-. Empezaba a pensar que había perdido el toque.

-¿El toque?

-Por lo general, a los bebés les caigo bien -sonrió, entregando a la pequeña a su madre, que había estirado los brazos hacia su nieta.

-Ve a beber y comer algo, Polly, cariño -Ruth sonrió al acunar a la pequeña-. Marco se ocupará de ti.

-¿Cómo atreverme a desobedecer? -se burló con suavidad al tiempo que se llevaba a Polly tal como le habían pedido.

La condujo hacia la mesa larga con mantel blanco que había bajo la sombra de la glicinia. Era evidente que la familia y los amigos se habían sentado a comer juntos, y que ella había llegado demasiado tarde para unírseles. En un extremo de la mesa se demoraba un grupo de parientes mayores, todos ellos vestidos de negro, que bebían y charlaban, observando la celebración a través del humo de los cigarrillos.

Con formalidad apenas contenida, Marco apartó una silla para ella en la otra punta de la mesa.

-Las mellizas son encantadoras, ¿verdad? -comentó Polly, tratando de pensar en algo que decir para aliviar la tensión.

-Por supuesto. Son Daretta. Y mis ahijadas.

-¿Así que ahora eres padrino a la vez que tío? -abrió mucho los ojos con expresión burlona.

Él la miró con cierta frialdad, y Polly lamentó al instante el tono de su comentario. Tal vez los antepasados sicilianos de Marco habían hecho que fuera susceptible a las connotaciones del título y al papel de padrino. Ella misma había oído a la abuela Hamilton hacer comentarios suficientemente ácidos como para comprender que los Daretta podían ser sensibles...

-Sí. Es un gran honor. Pretendo tomarme mis responsabilidades muy en serio. Lamento que hayas llegado demasiado tarde para comer con nosotros -indicó con rigidez.

-Mi vuelo se retrasó -explicó. Permaneció muy quieta mientras con

destreza él distribuía a su alrededor platos con pasta, ensalada, pan, queso y una copa de vino-. Y luego surgió una confusión con el coche alquilado. Me quedé tanto tiempo en el aeropuerto tratando de solucionarlo, que pensé que nunca llegaría.

Y en ese momento deseó con todo su corazón que él se fuera y la dejara comer sola. La tía Ruth quería lo mejor para ella, pero Polly sabía que Marco era la última persona en la Tierra que elegiría para que se «ocupara» de ella.

-Es un milagro que hayas venido -señaló con sequedad-. Empezaba a pensar que los Hados nos mantendrían separados hasta nuestra siguiente reencarnación. Por ello, Polly, bienvenida a mi casa. Bebe un poco de Chianti -sirvió dos copas, se sentó frente a ella y la observó con intensidad-. ¿Te gusta mi casa de la Toscana?

-Ni hace falta decirlo; este lugar me encanta. ¿Cuánto tiempo consigues pasar aquí?

-Poco -reconoció, estirando los brazos detrás de la cabeza y mirando a su alrededor. El movimiento hizo que se le abriera la chaqueta del traje. Polly tuvo que luchar contra el impulso de contemplar la amplia extensión de su pecho varonil bajo la suave tela de la camisa-. Paso mucho tiempo en las ciudades.

-No sé cómo soportas irte de aquí.

-Siempre estará esperándome cuando vuelva. Posee un aire intemporal, ¿no crees? En la Toscana, la luz tiene una cualidad especial.

-Y un olor especial -añadió ella-. La hierba, las flores, la tierra cálida... -siguió la mirada de él ladera abajo. La terraza abarcaba todo el largo de la casa, salpicada por estatuas y urnas de piedra-. Es como un cuadro de Giorgione -murmuró-, con un resplandor dorado por encima de todo. Cuesta creer que aquí vive gente de verdad. Fue muy amable por tu parte organizar la fiesta del bautizo. ¿Dónde vive Marietta?

-Ella y su marido tienen un piso en Florencia. Mis padres están poniéndole un techo nuevo a su villa, colina abajo. El lugar ideal era éste.

-¿Hace cuánto que lo compraste?

-Unos seis meses. Tengo planes para renovarlo un poco...

-Si sólo es de tu propiedad desde hace seis meses, no esperarás tenerlo todo listo ya. Supongo que estás muy ocupado con tu trabajo.

-En Londres siempre soñaba con tener mi propio rincón en Italia. Aquí puedo relajarme... -calló y de pronto la miró a los ojos, inmovilizándola-. Cuéntame cómo te va en Inglaterra -pidió al fin con una leve sonrisa-. ¿Tu padre se encuentra bien?

-Está bien. Creo que trabaja demasiado... -había enviudado por dos veces. En lo que Polly captaba detrás de su habitual reserva, daba la impresión de vivir para el trabajo.

-Por regla general, los jueces no se jubilan pronto -comentó Marco, sin ninguna inflexión especial en la voz.

-¿Te... te encuentras alguna vez con él? Me refiero profesionalmente.

-No nos cruzamos muy a menudo, ya que gran parte de mi trabajo hoy en día tiene lugar fuera del Reino Unido. Pero siempre que lo veo en el tribunal parece encontrarse con buena salud. Tiene fama de ser buen juez, muy inteligente y justo -indicó con voz seca-. ¿Y qué haces ahora? -añadió él.

-Vivo de nuevo en el Priorato. Desde allí... dirijo mi propio negocio... -sin duda «inteligente y justo» no eran palabras que Marco adjudicara a la generación anterior de los Hamilton.

-¿De verdad? No tenía idea. Sophy no me ha comentado nada.

-Entonces, ¿tú y ella os seguís viendo? -en cuanto lo soltó deseó haberse mordido la lengua. ¿Acaso empezaba a tener alguna vaga y romántica fantasía de que Sophy había exagerado su intimidad con Marco?

Sabía muy bien que aún estaban juntos. Siempre que veía a su hermanastra surgía el nombre de él. Pero, por decisión mutua, últimamente no se habían visto muy a menudo. Sophy, dos años mayor que ella, era hija de la segunda esposa de Harry Hamilton. La madre de Polly había muerto mientras escalaba una montaña en la India, cuando ella contaba diez años. Y la de Sophy murió durante un embarazo siendo ya mayor de edad y, a pesar de los esfuerzos de Polly de tener una «hermana mayor» con quien se llevara bien, las dos habían terminado tolerándose en el mejor de los casos y detestándose en el peor.

-¿Viéndonos? -Marco dio la impresión de meditar la definición precisa de la frase, como un abogado que interrogara a un testigo-. Hablamos por teléfono y a menudo nos reunimos si estamos en Londres. De hecho, vino hace un par de meses a ver la nueva casa. ¿Por qué lo preguntas? ¿Lo desapruebas?

Polly fue consciente de una sensación fría y demasiado familiar justo debajo del pecho y que le hizo perder el apetito. Era una desesperanza totalmente irracional y celosa, y se odió por experimentarla, aun cuando había dispuesto de cinco años para acostumbrarse al hecho de que Marco y Sophy... De pronto la pasta le supo a aserrín.

-¿Desaprobarlo? -su voz mostró la nota necesaria de incredulidad-.

¿Por qué iba a desaprobarlo?

Él se encogió de hombros y bebió más vino. Su mirada atenta hizo que ella se sintiera incómoda.

Sin desearlo, tuvo una vivida imagen de Marco y Sophy cenando juntos en algún restaurante de moda de Londres antes de irse al piso de ella a hacer el amor toda la noche. ¿Qué le pasaba? Había convivido con ese conocimiento durante años, basando todos sus actos y decisiones vitales para su futuro alrededor de ello.

Nunca había conseguido desterrar la culpabilidad y la vergüenza que sintió después de aquel fin de semana del baile en Cambridge, sabiendo que él salía con Sophy...

-Pareces tensa -el súbito comentario de Marco detuvo la línea de pensamiento que seguía-. Mi madre me dijo que sólo pensabas quedarte una noche. ¿No puedes estar más tiempo y relajarte?

-No -¿relajarse? ¿Con él cerca? Apenas podía creerse que fuera tan indiferente. Aunque lo más probable es que no tuviera ni idea del daño que le había hecho cuatro años atrás. Y no se atrevía a permitir que lo averiguara-. No dispongo de más tiempo -añadió para suavizar un poco la negativa.

-¿Por tu negocio?

-Sí. He abierto mi propia agencia genealógica. Rastrear el árbol familiar de la gente...

-Sí, sé lo que es.

-Lo siento. Estoy segura de que lo sabes.

-¿Te gusta? ¿Va bien el negocio?

-Sí, a la primera pregunta. Me encanta. En cuanto a la segunda... -titubeó un poco, ansiosa por no transmitirle su precaria situación-. Depende de cómo definas «ir bien». Nunca me hará rica. Pero aún es pronto. Y mis gastos son bastante bajos, ya que trabajo desde casa. Hice que convirtieran uno de los establos en una oficina... -hablar de los detalles de su hogar y de su vida laboral con Marco la ponía nerviosa. No sabía a dónde quería ir a parar él-. Papá se mostró muy entusiasmado... la genealogía ha sido su pasión durante años. Por eso compró el Priorato Hamilton, ¿lo sabías? Rastreó el árbol genealógico de los Hamilton hasta el siglo XIII, ¡y luego adquirió el hogar ancestral de la familia!

-Espero que la confirmación de sus buenos orígenes haya complacido a los abuelos -comentó él.

-Cuidado -ella mantuvo el tono de voz ligero-. Nunca me ha dado la impresión de que tuvieras algún resentimiento serio, Marco.

-¿No? -de pronto sonrió con gesto implacable-. Bueno, si he sobrevivido a ello no es gracias a la rama Hamilton de la familia,

¿verdad, Polly?

-No resucites el pasado -de pronto se sintió acalorada con una lealtad defensiva a su familia-. Los abismos nunca se cierran si la gente no para de reabrirlos...

-Cierto -reconoció con una mueca-. Y nos estamos desviando de la conversación. Debe ser por el ardiente sol italiano y este excelente Chianti.

-¿De qué punto nos hemos desviado?

-Intentaba convencerte de que te tomaras unas cortas vacaciones. ¿Qué te impide quedarte un poco más en la Toscana? Seguro que las presiones de la investigación genealógica no son tan grandes.

-No me gusta estar demasiado tiempo lejos de casa -repuso un rato después con el corazón latiéndole con fuerza.

-Si sólo tienes veintitrés años. Eres lo suficientemente joven como para permanecer algunas noches lejos del hogar y divertirte un poco.

-Si no recuerdo mal, la última vez que nos vimos me aconsejabas que buscara un poco menos de diversión en mi vida, Marco -repuso sin pensárselo. Sintió que empezaba a ruborizarse.

-Como esa última vez fue en el baile en Cambridge, Polly, quizá es una cuestión de equilibrio -sugirió. En su voz había una frialdad marcada.

Ella se mordió el labio y deseó que sus mejillas se enfriaran. La intensidad de la súbita oleada de recuerdos le aflojó las rodillas.

-¿Podemos hablar de otra cosa? -pidió con delicada insistencia-. Me temo que mi ego queda tocado siempre que pienso en eso.

Marco se levantó despacio y rodeó la mesa. Se sentó a su lado y apoyó un brazo en el respaldo de la silla de Polly. Ella sintió el calor procedente de su cuerpo, incluso a través del traje. Su proximidad la sumió en un estado de semipánico. Contuvo el aliento hasta que las ridículas palpitaciones de su corazón menguaron.

-No debería -contestó él con voz ronca-. Lo que sucedió no fue culpa tuya, sino mía. Si hubiera ejercido cierto autocontrol, jamás habría sucedido. De hecho... -respiró hondo y visiblemente controló su aire de enfado-. Me alegra que hayas sacado el tema, Polly. Desde que te marchaste aquel día sin siquiera decir adiós, nunca tuvimos la oportunidad de aclarar el tema.

-Volvemos a resucitar el pasado, Marco -bebió un poco más de vino-. Déjalo donde le corresponde. Olvidado.

-Por desgracia, eso es difícil de olvidar.

-Si esperas que crea que alguna vez has pensado en ello en todo este tiempo, es que me tomas por tonta.

-¿Por qué dices eso? -el orgullo hizo que ella guardara silencio-. Yo

no soy tonto, Polly -continuó Marco con voz dura-. Siempre que surgía la posibilidad de vernos para hablar de lo que pasó, me evitabas. Lo creas o no, el recuerdo de aquella joven de diecinueve años, que me abrazaba y me suplicaba que le hiciera el amor, ha permanecido en mi memoria durante un tiempo sorprendentemente largo.

-Disfrutas con esto, ¿no? -protestó, levantándose con las rodillas débiles-. Perdona, pero creo que iré a ofrecerle mi ayuda a Marietta...

-Lo siento, Polly -él también se incorporó-. Veo que el pensamiento de lo que sucedió aún te resulta... desagradable. Pero tú sacaste el tema -sus ojos hicieron que pensara en el océano antes de una tormenta-. No puedes culparme si ahora rememoro aquello con detalles gráficos.

Las palabras de él quedaron colgando en el aire como misiles invisibles. ¿Que la idea de lo que sucedió le resultaba desagradable? ¿De qué hablaba? Había sido uno de los momentos más maravillosos de su vida; quedó grabado de forma indeleble en su mente.

De repente, sintió el deseo absurdo de salir corriendo, meterse en el coche y conducir hasta el aeropuerto a toda velocidad. Podía soportar la desaprobación y las burlas de Marco... pero que la mirara como si... como si en realidad le importara lo que había sucedido... El súbito tirón del deseo recordado ardía en su estómago.

El estudiaba su rostro con ojos entrecerrados.

-Quédate hasta mañana por la noche, Polly -sugirió-. Me gustaría disponer de un poco de tiempo para mostrarte la Toscana -ella no pudo apartar la vista de su cara-. ¿*Per favore*? -el empleo del italiano fue para convencerla y seducirla.

Polly se clavó las uñas en las palmas de la mano y rezó para tener fuerzas para rechazarlo. «Pero, ¿no tenía el deber de mejorar su relación con Marco?», sonó una vocecita de Judas en el fondo de su cabeza. «¿No había llegado el momento de anteponer las necesidades de los demás a las suyas? Ben descubriría la verdad algún día...»

-*Scusi, signor* Daretta... -una doncella apareció detrás de Marco-. Teléfono.

Hubo un rápido intercambio de palabras en italiano que Polly no pudo seguir. Marco fruncía el ceño. Luego se encogió de hombros.

-Perdona, Polly. Vuelvo en seguida.

Lo observó abrirse paso entre la gente y desaparecer en la casa. Ella volvió a sentarse y se quedó con la vista clavada en la copa de vino, paralizada por la sensación de catástrofe inminente. La visita a Italia ya iba mal, y sólo llevaba allí unas horas. «Maldita sea, podría haber venido Sophy». Se hallaba tan inmersa en sus preocupaciones, que se sobresaltó cuando Marco apareció delante de ella.

-Por lo que logro entender, es para ti -anunció su voz profunda.

-¿Quién? -se levantó con tanta precipitación que estuvo a punto de chocar con él-. ¿Quién es? -la incomodidad había cobrado forma, convirtiéndose en una aguda premonición.

-Un niño -la observó palidecer-. Acabo de mantener una charla interesante con un niño precoz e inteligente que dice que se llama Benedict Hamilton, y cuya edad es de tres años y medio.

Polly dejó de preocuparse por Marco y se dirigió a la casa. Benedict, si algo le había pasado a Ben... Pero si él mismo había marcado, no podía estar herido.

Marco la alcanzó, la agarró del brazo y la ayudó a avanzar entre la gente. Cuando la llevó a un estudio amplio que daba al jardín desde un lado distinto de la casa, temblaba por el esfuerzo de mantener la serenidad.

-El teléfono está en la mesa -le informó con voz inexpresiva-. Y si quieres llamarlo tú para que no gaste tanto, adelante. Es lo menos que puedo hacer por haber monopolizado el tiempo de su mamá, ¿no te parece, Polly?

Capítulo 2

-¿Ben? -supo que su voz sonaba tensa. Deseaba que el corazón dejara de latirle con tanta fuerza-. Aquí está mamá, cariño. ¿Te encuentras bien?

-Claro que estoy bien. ¿Quién es ese hombre tan simpático?

Polly miró por encima del hombro. Marco se había sentado con las piernas extendidas en un sillón junto a un ventanal abierto que daba a los jardines. La observaba fijamente, sin sonreír.

-El... el hombre simpático es mi primo Marco. Ahora quiero saber por qué me llamas, cariño. ¿Todo va bien en casa de Janie?

-Sí. Bonnie ha tenido cachorros, mamá. Me están mordisqueando el pie.

La excitación en la dulce voz infantil de Ben hizo que sonriera. Nunca dejaba de sorprenderle el desarrollo de su hijo; con tres años y medio, era capaz de mantener una conversación inteligente con la mayoría de los adultos.

-Ben, ¿puedo hablar con Janie? -ésta era la socia de Polly, y su marido, William, el médico local, y ambos se habían ofrecido amablemente a cuidar de su hijo.

-Sí... Janie.

Polly apartó un poco el auricular del oído. Oyó unos ruidos de fondo, luego la cálida voz de Janie apareció en la línea.

-Que nunca te preocupe la capacidad pulmonar de tu hijo, Polly.

-Lo sé -visualizó los cálidos y risueños ojos castaños de su amiga y, al instante, supo que Ben se hallaba en buenas manos-. Podría llevar a la bancarrota a los fabricantes de megáfonos. ¿Va todo bien?

-Todo. No me di cuenta de que Ben había llamado hasta que quise utilizar la extensión de la cocina. Debió encontrar tú número en la libreta. Oyes hablar de genios que leen el periódico antes de aprender a caminar, pero no te lo crees hasta convivir con uno de verdad.

-Bueno, espero que no esté volviendo loco a todo el mundo. Regresaré lo antes posible.

-¡En absoluto! ¡Quédate más tiempo, tómate un descanso! Will me estaba comentando que hacía mucho que no se divertía tanto. De hecho, creo que vuelve a ponerse tonto...

-¿De verdad?

-Y tu padre parece bastante ansioso por tu misión de paz -añadió Janie-. Lo vi hoy... pasó para ver a Ben. A propósito, ¿cómo va todo?

-Muy bien... -titubeó, insegura de cuánto contar. Con Marco en la habitación, escuchando cada palabra que decía, no podía explayarse mucho. La confusión hizo que le diera vueltas la cabeza. Cerró los ojos un segundo, tratando de canalizar los pensamientos. Se hallaba en una

situación imposible y no tenía idea de cómo resolverla. Debería exhibir el coraje de quedarse un poco más e intentar encontrar un modo... algún tipo de compromiso-. De hecho... me estaba preguntando si podría quedarme otra noche, pero si además tienes una carnada nueva de cachorros de los que cuidar...

-Bonnie los tiene bajo control, y hace buen tiempo... duermen en el viejo invernadero. No hay problema.

-Bueno, eres una supermujer, es lo único que se me ocurre decir, y no quiero pensar en lo que va a costarte esta llamada.

-Una pequeña fortuna, sin duda, pero no cuelgues... Ben está loco por hablar de nuevo contigo...

-Imagino que quiere uno de los cachorros de Bonnie,

-Hmm. Le dije que tendría que hablar contigo cuando volvieras.

-Muy diplomática -Polly sonrió.

Ben se puso al aparato y le dio una inimitable narración de sus numerosas actividades durante las últimas veinticuatro horas. Lo adoraba tanto, que en unos años temía convertirse en una de esas madres neuróticas y sobre protectoras.

Cuando colgó unos minutos después, el silencio que reinaba en el estudio fue ensordecedor. La tensión entre Marco y ella pareció extenderse indefinidamente, hasta que incluso el tic-tac del reloj sobre la chimenea sonó como si alguien martilleara en la pared.

-Creo que te debo una disculpa -indicó Marco al fin.

-¿Sí? -lo miró con la garganta otra vez seca-. ¿Por qué?

Él se levantó y se plantó ante ella, haciendo que a Polly su altura le resultara abrumadora.

-Antes bromeé con que no eras el tipo maternal. Es evidente que... mis informes estaban más pasados... que lo que yo creía. Parece que eres una madre competente y cariñosa -bajó la vista a su mano izquierda-. ¿Sin marido?

-No lo tengo -se preguntó si iba a desmayarse. La tensión que invadía todo su cuerpo hacía que se sintiera mareada-. Soy una mujer independiente -añadió en un intento por mostrarse atrevida.

-¿Por elección propia o de él?

-¿Perdón...?

-El padre. Supongo que es Paul, ¿no? ¿A quién se parece? ¿Tiene el pelo rubio como tú? -persistió-. ¿O ha salido a Paul?

-Marco, yo...

-Paul es pelirrojo, ¿verdad? -sonrió sin gesto de alegría-. Se lo pregunté a Sophy en una ocasión. Imagino que tenía curiosidad por visualizar al tipo por el que me dejaste...

-Describir lo que sucedió como... como que yo te dejé es ridículo, y

tú lo sabes. Fue una… aventura de una noche. No quiero hablar de ello. En realidad… no es asunto tuyo, Marco.

-Probablemente no -mantuvo su mirada-. Pero, no obstante, quiero saberlo. Somos familia, Polly.

-¡No empieces de nuevo con eso! -espetó-. Ni siquiera somos primos carnales, y hablas como si fuéramos hermanos.

Reinó un silencio pesado.

-Si lo hubiéramos sido, me gustaría creer que lo que sucedió entre nosotros en Cambridge no habría pasado -con la vista recorrió todo su cuerpo, haciendo que ella temblara-. Pero no hubo nada racional ni premeditado en ello, ¿verdad, Polly? Hablando por mí, no estoy seguro de que hubiera sido capaz de detenerme entonces…

-¿Quieres decir que la culpable fui yo, con mi comportamiento amoral? -emitió una risa breve y furiosa.

-En absoluto -corrigió él; su rostro era difícil de escrutar. La contempló en silencio unos momentos-. Ya hemos hablado de ello. Si no lo has olvidado, yo asumí la culpa -se apartó de golpe-. Basta del pasado. Hablemos del presente, Polly. ¿Cómo es que no sabía nada de tu hijo?

-¿Cómo es que no sabías nada? -repitió con un destello de ira en los ojos. La voz le temblaba por la emoción contenida-. ¿Por qué debías saber algo?

-Sophy podría habérmelo contado -indicó.

-Sí, posiblemente así sea, pero, ¿por qué iba a creer que tendrías algún interés en saberlo?

Marco volvió a guardar silencio. Se apoyó en el borde del escritorio, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. La postura atrajo la atención de Polly hacia sus caderas y los músculos de sus muslos, donde se estiraba la tela de los pantalones.

Apartó rápidamente la vista, pero no sin antes darse cuenta de que Marco la había visto. Se ruborizó; la cabeza le dio vueltas.

-No le contaste lo que sucedió entre nosotros, ¿verdad? -preguntó ella de repente, horrorizada ante la idea.

-No tengo por costumbre transmitir los detalles de mi vida personal -contestó con voz seria-. Tú no perdiste el tiempo, ¿eh, Polly? Aquella noche en Cambridge eras virgen. Una virgen que tomaba la pastilla, según me aseguraste. Luego te fuiste a los Estados Unidos con Paul y dejaste de tomar la pastilla, ¿no?

-Marco… ¡por favor!

-¿Vives con él? ¿Has dejado a tu hijo con él?

-No -soportar su interrogatorio le descoordinaba el cerebro. Con un esfuerzo consciente, logró encogerse de hombros con indiferencia-.

Paul y yo no vivimos juntos.

-¿Hay alguien más?

-No pienso discutir mi vida privada contigo, Marco...

-¿Cuidas sola de tu hijo?

-Sí... no... tengo buenos amigos -titubeó pero continuó deprisa-. Paul y yo seguimos estando próximos. Vive en el pueblo... enseña en la escuela primaria local.

-Qué enternecedor. ¿Se turna para hacer de padre? ¿Crees que eso es suficiente para darle a tu hijo pequeño una figura paternal? -musitó con sarcasmo-. Los niños deberían ser criados en una relación estable.

-Claro que sí... en principio -le indignó su tono de fría condena-. ¡No seas condescendiente conmigo, Marco! Adoro a mi hijo. Recibe todo lo que necesita...

-Excepto un padre a tiempo completo, según puedo entender. ¿Y qué me dices de ti? -cambió de tema bruscamente-. ¿Recibes tú todo lo que necesitas de ese frío compromiso con un hombre que ni siquiera es capaz de asumir la responsabilidad por su hijo?

-Estoy bastante... satisfecha de cómo están las cosas.

-No puedo imaginarte satisfecha con algo tan tibio. A menos, claro está, que hayas conseguido suprimir esa naturaleza tuya tan apasionada.

-¿De qué estás hablando? -volvió a sentirse acalorada.

-¿Acaso no tenías una naturaleza apasionada, Polly?

-No particularmente, no...

-¿No? ¿Quieres que te la recuerde?

-¡Para! -se llevó las manos involuntariamente a los oídos-. ¿Por qué haces esto, Marco?

-Hacer ¿qué? -se había acercado, reduciendo el espacio que los separaba a unos centímetros. Ella sintió como si la proximidad le hiciera temblar todo el cuerpo-. ¿Decir la verdad?

-Marco, yo... -calló. Lenta y decididamente, él la abrazó. Quiso protestar de nuevo, pero Marco lo impidió con un beso duro y exigente. Luchó con furia. De repente, el beso se tornó cálido y gentil.

Sin saberlo, abrió los labios y se lo devolvió. Probó el íntimo empuje de su lengua, sintió el poderoso escalofrío del deseo. La respuesta desterró todos sus pensamientos. El pasado regresó en una oleada. De lo único de lo que era consciente era del duro cuerpo de Marco contra el suyo, de la sensual sensación de hallarse en sus brazos, de las chispas de ardiente deseo que la abrasaban...

-Polly... -su voz sonó ronca. Con un movimiento abrupto le asió la mano y la llevó al centro de su pecho, tapándole los dedos con los suyos. Captó el latido errático de su corazón. Pareció vibrar por todo

el torrente sanguíneo de ella e hizo que su respiración fuera entrecortada. Intentó quitar la mano, pero él la tenía atrapada, con los dedos entrelazados, palma contra palma.

-Para -pidió con voz rota-. ¿Qué sentido tiene, Marco?

-¿Sentido? Demostrarte algo -repuso, aplastándola contra él y volviendo a besarla.

Su lengua penetró más y se apoderó de la boca de Polly. La besó con una vehemencia fiera y sensual, y ella tembló ante el embate. Cuando se separó, ardía de deseo por él.

-¿Qué has demostrado? -estaba a punto de llorar.

-Dios sabe -repuso él-. ¿Qué aún me deseas, incluso después de elegir marcharte y tener un hijo con otro hombre?

Ella abrió la boca con incredulidad. Unas oleadas de irrealidad hicieron que se tambaleara.

-¿Qué?

-¿No es eso lo que hiciste?

Cerró la boca. «Cuidado, Polly», le recordó una voz. El efecto de los últimos minutos, la ironía y la injusticia de esa acusación, la impulsaron a protestar sin pensar.

-¡Haces que suene como si yo te hubiera rechazado...!

-¿No es así? -inquirió él-. ¿De qué otro modo lo describirías? ¿Cómo describirías abandonarme en Cambridge y volar a América con un amigo unos días después?

Se miraron unos instantes. Polly bajó la vista y se volvió para acercarse despacio a uno de los sillones junto al amplio umbral. Se sentó. Había evitado volver a casa tras aquel fin de semana en Cambridge. Regresó a Norwich, terminó los dos últimos días de su año universitario, luego llevó todas sus cosas a la casa de Paul en Londres y volaron para ir a sus trabajos en un campamento estival cerca de Salinas, en California. Le había dicho a su padre que era muy complicado ir desde East Anglia hasta Devon. Pero el verdadero motivo era que había estado tan consumida por la culpabilidad que no se sintió capaz de enfrentarse a Sophy.

-Bueno -continuó Marco sin tapujos, azotándola con su tono cínico-, parece que tu conducta evitó que cometiera el mayor error de mi vida.

-¿Y cuál fue?

-Confundir tu curiosidad juvenil con una emoción auténtica.

-¿Emoción auténtica? -el desdén que captó encendió su malhumor-. ¡Me pregunto si serías capaz de reconocerla aunque la tuvieras delante de tus ojos! ¿Qué... qué derecho tienes de hacer que me sienta aún peor por lo que sucedió en Cambridge? Fue un terrible error, algo que

nunca debió pasar...

-¿Es así como lo ves? -Marco palideció.

-¿De qué otro modo podría verlo? -espetó con voz temblorosa-. No pensaba con claridad; dudo siquiera que viera con claridad... -las palabras a la defensiva salieron sin control.

-Es evidente que no podías haber estado pensando ni viendo con claridad si permitiste que te sedujera un Daretta -indicó él tras un tenso silencio-. Y estoy convencido de que el resto de tu familia coincidió con lo afortunada que fuiste al lograr escapar -se dirigió a la puerta-. Perdona, Polly, pero debo realizar algunas llamadas telefónicas. Quédate aquí. Volveré.

Una vez sola, permaneció sentada sin apartar la vista de la puerta cerrada. Las llamadas debían ser privadas, ya que había un teléfono justo a su lado. Observó el estudio. No debería quedarse dócilmente sólo porque él lo hubiera dicho. Sin embargo, se sentía demasiado exhausta para llevar a cabo la pequeña rebelión de desaparecer. Tenía la mente en blanco. Cerró los ojos e intentó sacarle algún sentido a la situación.

No comprendía del todo lo que significaba la aparente amargura de Marco. Pero si algo sabía era que no debía albergar ninguna idea romántica y confundir una gran pasión frustrada con un lamentable malentendido. Marco había dejado bien claros sus sentimientos aquella noche, cuatro años atrás en el dormitorio de la universidad, justo antes de irse y que ella se sintiera como una enana moral. Estaba disgustado consigo mismo y con ella, y Polly no perdió tiempo en marcharse y poner tanta distancia como pudo entre ellos. ¿Qué sentiría ahora si supiera toda la verdad?

Abrió los ojos y contempló la apacible escena que enmarcaba el ventanal. Los sonidos distantes de conversación y risas de los invitados al bautizo se desvanecieron al rememorar, con cierta confusión, aquel fin de semana.

Era el Baile del Verano; ella iba a la universidad en Norwich, pero había cruzado a Cambridge ante la invitación de una amiga que estudiaba medicina. Marco, aunque Polly lo desconocía, estaba allí de visita; su antigua facultad incluso mantenía habitaciones para sus alumnos. Uno del grupo de estudiantes de medicina que conoció, un chico llamado Rúan, se había entusiasmado con Polly. Era bastante atractivo físicamente, recordó, rubio, alto y musculoso, pero su personalidad no le había gustado nada.

De pronto, tras sólo una copa y media de champán, se encontró en un rincón oscuro del edificio del siglo XIII, ajena a la belleza de la cálida noche de junio e inexplicablemente incapaz de aguantar las

manos de Rúan que buscaban su piel bajo el escote de su vestido de fiesta. La cabeza le daba vueltas de manera alarmante.

En ese punto de la velada ni siquiera se había dado cuenta de que Marco estaba en el baile. No lo veía desde las pascuas anteriores a comenzar la universidad, cuando Sophy y ella habían ido a Italia a invitación de la tía Ruth. Pero, eso le contó él después, Marco la había visto entre la gente y observado su errática marcha. Preocupado, interrogó a los amigos que habían estado con ella, luego los siguió al exterior y mientras se ocupaba de Rúan, Polly se había desmayado.

Al día siguiente, tras levantarse a las ocho de la tarde aún mareada y desorientada, se encontró semidesnuda bajo las sábanas, con el vestido negro de fiesta colgado con cuidado en una percha de la puerta.

Cuando apareció Marco, con vaqueros, camisa a cuadros y una taza de té en la mano, ella acababa de salir del baño para volver a dejarse caer en la cama después de unos intentos de revivir con una ducha.

Se sintió aterrada al intentar recordar qué había hecho la noche anterior. Por unos comentarios crípticos de Marco quedó claro que, al ser una estudiante novata de primer año, él creía que, en su afán por impresionar a su grupo, experimentó fumando alguna sustancia ilegal que, mezclada con el alcohol, había provocado una reacción adversa. Esa injusticia había colmado el vaso. Se puso a llorar y luego a temblar sin control. Hasta donde podía recordar, la idea de que Marco la considerara tan estúpida como para beber champán hasta perder el sentido y, peor aún, lo combinara con drogas, algo que nunca en su vida había tocado, resultó casi tan perturbador como los espacios en blanco en su memoria.

Marco se había sentado en la cama para abrazarla con suavidad. Se puso a hablar, a tratar de tranquilizarla, disculpándose por sonar como un moralista. Estaba cansado y no pensaba con claridad. Preocupado, pasó toda la noche en vela a su lado, en un saco de dormir en el suelo, por si ella empeoraba y lo necesitaba.

En algún momento, las sábanas resbalaron y ella se encontró casi desnuda en brazos de Marco. De pronto fue consciente de que la expresión en los ojos de él había cambiado al contemplar sus pechos, plenos, erguidos y coronados con unos pezones oscuros y compactos que se habían contraído por la emoción, tornándose en algo más ardiente, hambriento e intenso…

Ella había experimentado una especie de punto de inflexión tras tantos años de embeleso y admiración por su primo mayor, embeleso que se había intensificado durante la semana pasada en Sicilia, al

comprobar lo amable, ingenioso, inteligente y divertido que era, a pesar del hecho de que había gravitado hacia Sophy y tratado a Polly como a una niña. En vez de sentirse avergonzada e incómoda, se entregó de forma natural al calor de su cuerpo, pasó los brazos alrededor de sus anchos hombros y con urgencia lo instó a meterse en la cama con ella...

De pronto tembló, sin ver el paisaje dorado desde la casa de Marco. No creía que pudiera borrar ese episodio de su memoria. En particular, el impacto posterior de la reacción de él. La palabra humillación no podía describir sus sentimientos. El horror mostrado por él, afirmando que se había comportado como un animal, la había dejado sin habla. Si las horas de sueño no le despejaron la cabeza, el dolor del rechazo de Marco sí lo consiguió.

En cuanto a comportarse como un animal... dejó escapar un suspiro. Su veredicto de auto condena distaba mucho de ser verdad. Hacer el amor Marco había sido... Polly cerró los ojos y cruzó con fuerza los brazos. Las oleadas de recuerdos la dejaron exhausta y temblorosa. Ella había estado como en una nube, sin pensar, sin racionalizar sus actos. Simplemente se entregó a una necesidad tímida pero primitiva, una irresistible atracción física por el hombre con el que había soñado durante años y que, milagrosamente, estaba desnudo en la cama con ella, dando todos los indicios de sentir el mismo deseo.

En su unión hubo una urgencia frenética y muda. Con las bocas pegadas, los torsos fundidos y las piernas entrelazadas, se sintió como en una nube, pero en ese momento presente rememoró el instante en que él estuvo listo para entrar en ella y el modo en que se apartó momentáneamente para mirarla, con el rostro tenso por la pasión, y ella le pasó las manos temblorosas por la mandíbula y tocó las gotas de sudor en la parte superior de sus labios, viendo el deseo oscuro, fiero y masculino en sus ojos...

Luego, el dolor fugaz y el placer indescriptible unido al éxtasis de ensueño que la poseyó, para volver al mundo real, encogida por el aturdimiento y la humillación, cuando la cara de Marco quedó marcada por el remordimiento y los reproches a sí mismo. Se reprendió ante el peligro de haberla dejado embarazada. Y como ya era demasiado tarde, y porque parecía tener poco sentido avivar las llamas de su preocupación, con amargura ella le dijo que lo olvidara, que tomaba la píldora...

«Era irónico, pero Marco ahora actuaba como si hubiera sido ella quien al instante lamentó lo sucedido», reflexionó con tristeza. «Quizá el tiempo embotara la memoria. Quizá a él le resultaba más cómodo

echar la vista atrás y darse el papel del héroe preocupado y del amante tierno...»

El ruido del picaporte hizo que girara con presteza. Marco había regresado. Llevaba una bandeja. Polly olió un café aromático y vio un plato con unas porciones de bizcocho de aspecto muy inglés... sin duda la contribución de Ruth a la celebración.

-Seguía hambriento, y necesitado de cafeína -dijo, depositando la bandeja sobre la mesita cerca de ellos-. Pensé que podríamos seguir hablando en compañía de café y bizcocho.

-Si tú quieres -aceptó, bajando los párpados para ocultar el pánico que sentía-. Pero no estoy muy segura de que quede algo por decir, Marco -concluyó con cautela.

-Yo diría que tenemos mucho que decir para ponernos al día -indicó, llenando las tazas con café y ofreciendo leche y azúcar-. Prueba un poco del excepcional bizcocho de mamá, es estupendo -invitó, alargando el plato.

-Cuando te cases, le provocarás un complejo a tu esposa si tienes una fijación con la forma de cocinar de tu madre.

-«Fijación» es ir un poco lejos -hizo una pausa para recoger una porción grande y se reclinó en el sillón-. Aprecio la cocina de mi madre, pero yo no lo hago mal. ¿No crees que es una buena señal para mi futura esposa?

-Depende de lo que sepas hacer. Casi todos los hombres que he conocido afirman ser buenos cocineros si son capaces de freír unos huevos.

-¿Has conocido a muchos, entonces?

-¿Perdón?

-¿A muchos hombres?

-¿Hablamos bíblicamente? -logró responder con serenidad-. ¿Quieres fechas y descripciones?

De pronto, la cara de Marco pareció tensa, su bronceado un poco más pálido. Al rato bebió un sorbo de café.

-No espero que puntualices tus aventuras sexuales más de lo que lo haría yo.

-Bien. Marco -prosiguió con vehemencia-, el hecho de que sea una madre soltera no te brinda ningún derecho a cuestionar mi moral.

Él se levantó de un salto y se quedó mirándola. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta con expresión sombría en los ojos.

-No cuestiono tu moral -contestó con voz áspera-. Polly, lo creas o no, me cuesta adaptarme al hecho de que tengas un hijo y nadie me haya dicho nada...

-Eso demuestra que... que no tenemos el suficiente interés en la

vida del otro como para haber mantenido un contacto más íntimo -aseveró con amarga sencillez.

-¡Yo me he esforzado al máximo para mantenerme en contacto contigo, Polly! ¿Es así como te has sentido en los últimos cuatro años?

-¿Tú qué crees?

-No sé qué creer. Supongo que debí darme cuenta cuando no devolvías ninguna de mis llamadas, encontrabas excusas para estar lejos de casa cuando iba a verte y te disculpabas en el último instante cuando al fin quedábamos -permanecía como una estatua, los puños apretados, los ojos azules entornados, asustándola con la concentración centelleante en su rostro. La recorrió con la mirada, demorándose en la ligera apretura de sus pechos donde se cerraba la chaqueta y bajando hasta abarcar la esbelta extensión de sus muslos, donde la falda se había subido un poco al sentarse-. Pero sé lo que quiero hacer ahora mismo.

-Marco...-se levantó para enfrentarse a él en un terreno más nivelado-. Para...

-Quiero llevarte a la cama conmigo -continuó él con voz ronca-. Y enseñarte a dejar los juegos.

-¿Es así como arreglas tus problemas? -apenas podía respirar; el corazón le latía con violencia.

-En nuestro caso, quizá el sexo sea el problema. No puedo negar que te encuentro sexualmente atractiva, Polly. Aquella noche en Cambridge hice algo que nunca antes había hecho, y que no repetí desde entonces. Perdí la cabeza por completo... -exhibió una mueca.

-Los dos lo hicimos -acordó con dolor; se apartó de él-. Pero al menos averigüé por qué me desmaye aquella noche. Por si te interesa, lo que hizo aquel pervertido estudiante de medicina...

-Lo supe después de que te fueras -dijo Marco-. Puso una droga en tu bebida.

-¿Cómo te enteraste? -sorprendida, giró para mirarlo.

-Oí a unos estudiantes hablar en el bar de la facultad. ¿Y tú?

-Mi amiga de Cambridge lo averiguó por mí. Consiguió algo llamado Rohipnol. Se supone que se usa justo antes de la anestesia. Al parecer, si lo machacas y lo introduces en la bebida de alguien no tiene ningún sabor, y actúa como un rayo.

-Me sentí muy mal cuando me enteré...

-¿Por qué? Yo me sentí mucho mejor al descubrirlo. Pude racionalizar mis actos. Imagino que además de ser de acción rápida y provocar amnesia, uno de sus efectos es afrodisíaco... de modo que eso me proporciona una excusa para mi conducta contigo a la noche siguiente, ¿no?

-Según entendí yo -habló con seca precisión-, la droga no deja rastros en la sangre a las veinticuatro horas. Cualquier efecto afrodisíaco se produce antes y no después.

-Comprendido -ella se ruborizó un poco-. ¿Con ello quieres dar a entender que no fue el Rohipnol lo que me indujo a meterte en la cama y ofrecerte mi virginidad, Marco?

-Imagino que preferiría engañarme y creer que no pudiste resistirte a mí.

-Digamos que entonces mi umbral de resistencia era bajo.

-Perdóname -pidió él, apoyando las manos en los hombros de ella-. Me he sentido culpable como mil demonios todos estos años...

Por eso había insistido tanto en verla, para mitigar su sentimiento de culpabilidad. Sintió un nudo en la garganta. Asintió con gesto leve.

-Claro que te perdono. Aunque no hay nada que perdonar, Marco.

-¿Y te quedarás unos días?

Sabía que debería decir que no. La atmósfera entre ellos era demasiado explosiva y emotiva como para quedarse un minuto más del necesario. Pero algo, una emoción que no logró identificar, tal vez un deber hacia su hijo, la impulsó a tomar una decisión peligrosa.

-De acuerdo -se oyó aceptar-. Pero sólo una noche más. Debo regresar. Ben me echa de menos. Y si he de elegir uno de los cachorros de labrador de Janie para él...

-¿Janie?

-Mi amiga en el pueblo -aprovechó el cambio de tema para soltarse de sus manos y dirigirse a la puerta-. Ben se queda en su casa. Me ayuda a llevar la agencia genealógica. Su marido es el médico local. Debo... debo ir a refrescarme. ¿Puedes indicarme cuál es mi habitación...?

-Desde luego.

Consciente del tranquilo aire de triunfo de Marco al aceptar quedarse, Polly mantuvo una conversación insustancial mientras subían al primer piso. Le mostró un dormitorio de paredes color melocotón con vigas vistas en el techo y bañado por el sol. Había ventanas en dos paredes con unas espléndidas vistas que llegaban hasta Florencia.

-Oh, necesito mis maletas...

-Ya hice que te las trajeran -junto a la cama estaban su neceser y su maleta-. Tómate tu tiempo.

-Gracias. Por favor, vuelve con los invitados.

Cuando él cerró la puerta, Polly se hundió débilmente en la cama, cerrando los dedos de forma convulsiva sobre el edredón de color rojo. En su interior era un manojo de nervios y reproches. No debió aceptar.

Y debió contarle la verdad. ¿Cuántas oportunidades había tenido para decirle, sencillamente, que Ben era su hijo?

Era una cobarde, una mentirosa y se detestaba.

Pero se detestaría aún más si destruía la relación que tenía Sophy con Marco. Y si éste amaba a su hermanastra, sólo conseguiría herir a Ben y a sí misma si permitía que se involucrara en sus vidas...

Capítulo 3

Polly se despertó muy temprano a la mañana siguiente. La noche anterior decidió no bajar las persianas, y se quedó en la cama mirando la luna. En ese momento, el cielo era de un azul resplandeciente y el sol entraba a raudales.

Se sentó en la cama y apoyó los pies descalzos en el pulido suelo de madera. Parpadeó, bostezó y se contempló los pies por debajo del camisón de algodón de color crema. Aún somnolienta, experimentó una felicidad nebulosa. Intentó descubrir el motivo. Reconocía esas sensaciones desde su infancia; se sentía amada, protegida. Segura. Disfrutó de ello hasta que murió su madre y su padre volvió a casarse con la madre de Sophy; la llegada de ésta a la familia había sacudido sutilmente su pequeño y seguro mundo... ¿Pero despertar esa mañana sintiéndose segura? La llamada inesperada de Ben, la reacción de Marco, todas las tensas medias verdades y evasivas del día anterior.

Sin la tensión provocada por la presencia de Marco, había vuelto a llamar a Janie, y ésta la tranquilizó diciéndole que Ben estaba bien, que no había ningún problema y que podía quedarse en Italia el tiempo que quisiera. Lo cual, debía reconocer, representó una preocupación menos.

Antes de dormirse pensó en Ben y en los últimos cuatro años de su vida. Contempló la fotografía de él que llevaba en su agenda y contuvo las lágrimas; lo echaba de menos y esperaba que estuviera arrebujado en la cama, seguro y feliz, y se quedó dormida con la improbable visión de cómo podría haber sido la vida si...

Si... esa pequeña palabra que tanto la torturaba.

Si le hubiera contado a Marco que estaba embarazada, en vez de asumir la decisión solitaria y desgarradora de pasar por ello sola. Si se lo hubiera contado a Marco al dar a luz a Ben...

Se quedó dormida imaginándose a sí misma, a Ben y a Marco haciendo juntos cosas de una familia, como jugar en la playa, ir al cine, nadar o montar a caballo. O sencillamente estar sentados ante la chimenea...

Quizá por eso se había levantado tan feliz. El sueño había permanecido unos momentos antes de evaporarse en la realidad.

Se dio una ducha rápida y se lavó el pelo. Por lo general, eso ayudaba a ordenar sus pensamientos. Aunque esa mañana no surtió efecto.

Necesitaba aire. Iría a dar un paseo matinal.

Se puso unos vaqueros, unas zapatillas y una camiseta amarilla, se recogió el pelo en una coleta y bajó.

Ya en el exterior, se quedó quieta y cerró los ojos, aspirando el

aroma embriagador de las glicinias.

-¿No podías dormir?

La voz risueña de Marco hizo que abriera los ojos. Lo tenía delante de ella, con una camisa vaquera, unos vaqueros y unos náuticos. El pelo negro aún estaba mojado.

-He dormido como un tronco. El sol me despertó. Quería dar un paseo...

-Ven a desayunar conmigo primero -invitó.

Siguió su mirada por la terraza. Había una mesa puesta con mantel blanco, vajilla color verde oliva y servilletas amarillas, en un rincón soleado bajo la pérgola cubierta con glicinias.

-De acuerdo -avanzó despacio y se sentó. Había bollos recién hechos, mantequilla, mermelada, café y una jarra pequeña con leche. Entonces, se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. Sonrió con reserva cuando él se sentó frente a ella-. ¿Siempre desayunas tan temprano?

Él abrió un bollo, le untó mantequilla y luego lo cubrió generosamente con mermelada. Ella observó sus manos; eran hermosas, delgadas y cetrinas. Añoró que la tocara.

-Suelo madrugar... por lo general corro un poco antes de desayunar -dio un mordisco y la contempló a través de párpados entrecerrados-. Pero esta mañana lo hice más temprano que de costumbre... anoche no pude dormir.

-Lamento oírlo -comentó tras prepararse un bollo-. ¿Te sientes mal?

-No. Sólo tengo cosas en la cabeza. ¿Quieres un poco de café?

-Por favor -reinó un incómodo silencio mientras servía. Polly añadió mermelada al panecillo y dio un mordisco.

Masticó despacio, pensando en la noche anterior. Dejó que Marco llamara a la compañía aérea, ya que su dominio del italiano era escaso. Pero, tras insistirle que sólo podía quedarse una noche más, regresó con el caballeroso anuncio de que había retrasado su billete hasta el fin de semana.

Recibió la información con confusión. En secreto gozó con la idea de pasar mucho más tiempo en su compañía, aunque protestó diciendo que no podía permanecer tanto. «Date un descanso», había aconsejado él con calma, con ese decidido brillo en los ojos que tan nerviosa la ponía.

En ese momento, Marco la observaba con una leve sonrisa al tiempo que preparaba otro bollo.

-Esto es muy acogedor -comentó cuando el silencio se extendió demasiado-. Solos tú y yo, desayunando como una vieja pareja casada

-el tono fue un poco irónico.

-Poco realista -se defendió ella.

-Cierto. Tú tienes veintitrés años y yo sólo treinta y uno. No somos exactamente viejos. No estamos casados. Y ni siquiera somos una pareja.

-Así es -sintió que la temperatura de su cuerpo subía bajo el escrutinio de sus ojos-. De hecho, ni siquiera nos conocemos muy bien -concluyo con risa frágil.

-Posiblemente no.

--¿Cómo podríamos conocernos bien? ¿Cuántas veces nos hemos visto? -insistió. Vio que él entrecerraba los ojos y demasiado tarde recordó que en los últimos cuatro años ella lo había esquivado.

-Tres -repuso-. Cuando tenías trece años tropecé contigo, literalmente, en el Priorato Hamilton. Cuando tenías dieciocho, viniste a Sicilia a pasar unas pascuas. Y con diecinueve nos encontramos por casualidad en el baile en Cambridge.

-Qué memoria -murmuró, reacia a dejarse impresionar.

-A pesar de todas mis faltas, tengo una memoria excelente. Recuerdo cada detalle de nuestros encuentros, Polly -durante un momento centró la vista en su taza y luego la miró con expresión irónica-. Hasta la impresión que me causaste en los escalones del Priorato Hamilton aquel día.

-¿Cuál fue?

-La de un conejo asustado.

-¡Gracias! -lo miró con ojos furiosos.

-Tenías el pelo trenzado, llevabas un corrector dental y me miraste como si fuera la encarnación del demonio.

-¡No es verdad! ¡No imagino cómo puedes recordar esos detalles de diez años atrás!

-Como ya he dicho, tengo una buena memoria.

-Es evidente. Me asustaste, eso es todo... saliste a toda velocidad de la casa, y me quedé tan sorprendida que me paralicé y casi fui arrollada por el chico de los periódicos...

-Y yo galantemente te salvé de una lesión seria.

-Cierto -sonrió levemente-. Pero tenías un aire tan fiero y violento que habría pensado que eras un ladrón, de no ser porque la tía Ruth salió detrás de ti.

-Irónico -murmuró con leve frialdad en la voz-, ya que algo similar me dijo tu abuela justo antes de marcharme...

-¿Te llamó delincuente? -Polly sintió que el estómago se le contraía por la incredulidad.

-Palabras por el estilo -hizo una mueca-. Salvo que utilizó mi

ascendencia siciliana como insulto más satisfactorio...

Polly lo miró con los ojos muy abiertos y horrorizados. Conocía la enemistad familiar, pero nunca se había enterado de los detalles.

-¿De qué modo? -inquirió con cautela.

-No actúes de forma tan inocente, Polly. ¿Seguro que no lo sabes? Mi padre nació en una famosa ciudad de Sicilia -explicó-. Cuando mi madre eligió casarse con él, no fue sólo su profesión inferior lo que ofendió a tu familia. A ello se unía el estigma de su lugar de nacimiento. No finjas desconocer las causas del enfrentamiento familiar.

-La abuela Hamilton no podía pensar... -sacudió débilmente la cabeza.

-Mi madre trastocó al clan Hamilton al casarse con mi padre -la contempló con expresión cínica-. Era demasiado pobre, venía de Sicilia y la dejó embarazada. Cortaron todo contacto con ella en cuanto abandonó el hogar. Aquel día, mi madre había ido a ver a tu abuela con la esperanza de sellar las heridas. Pensaba que al haber triunfado mi padre, pasando de ser un humilde chef a propietario de una cadena de pizzerías y logrando pagar mi educación en las mejores escuelas británicas, su madrastra podría haber suavizado su actitud. Pero ésta acusó a mi padre de hacerse rico a través de medios ilegales. Al parecer, la idea de que hubiera podido obtener el éxito con unos negocios legítimos no la convencía. Incluso sugirió que, a pesar de que yo estudiara derecho en Cambridge, mi destino era seguir sus pasos. Bien convirtiéndome en un «camarero en una cafetería barata», según sus propias palabras, o bien entrando en los «otros negocios de la familia», presumiblemente como un mañoso.

Polly dejó el panecillo a medio comer.

-Marco, de verdad que nunca supe...

-La enemistad familiar habla por sí sola -señaló con serenidad-. ¿Por qué, si no, crees que las generaciones más viejas de los Hamilton y los Daretta se han mantenido distanciadas todos estos años? Yo intenté que no me afectara, pero ha sido difícil. En especial por la profesión que desempeño y el tipo de basura con el que trato habitualmente en los tribunales...

-Pero mi padre no... -calló, dominada por una oleada de vergüenza. Estuvo a punto de decir que su padre no podría haber estado de acuerdo con la abuela Hamilton, no podría haber tenido unos prejuicios tan ridículos. Pero, en realidad, ¿qué sentía su padre hacia el clan de los Daretta? Era un hombre tranquilo y reservado. Tendía a guardarse sus sentimientos. No recordaba que jamás expresara una opinión tan extrema como la de la abuela, aunque tampoco se había

esforzado por acercarse a la tía Ruth, su hermanastra, y su marido Tino...

«Hasta el bautizo», pensó. «A pesar de la resistencia de ella, de su lista de excusas para no poder asistir, papá se vio apremiado por sus compromisos en el tribunal y había insistido en que ella aceptara la invitación».

-Tengo una sugerencia -dijo Marco de repente-. El pasado es demasiado conflictivo. Olvidémoslo de momento. Si creemos que no nos conocemos demasiado bien, aprovechemos al máximo tu estancia aquí, Polly.

-¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

-Pasaremos el día fuera. Iremos a Florencia, veremos si conseguimos entrar en el Uffizi o el Bargello, y si no, nos saltaremos la cultura y seremos decadentes y beberemos **capuccinos** en la *Piazza della Signora*. Comeremos junto al río y cenaremos en un pequeño restaurante donde preparan la mejor pasta napolitana que he probado...

-¿Y qué me dices de todos tus invitados?

-Yo he aportado la casa. Son los invitados de mi madre y de Marietta. Mamá está al mando, tal como le gusta -hizo una mueca cómica y Polly rió-. Además, casi todos tienen que marcharse después de desayunar. Ni siquiera nos echarán de menos. ¿Qué te parece?

De pronto, irracionalmente, ella sintió que la cautela se desvanecía ante el conocimiento de que Marco quería pasar un día entero en su compañía.

-Parece maravilloso -aceptó, dominada por el placer.

-Estupendo. ¿En cuánto tiempo puedes estar lista?

-Dame diez minutos -bebió el café y se levantó.

Fue un día mágico. Mirando hacia atrás, nada dejaba prever la angustia que le aguardaba y el drama que estaba a punto de desarrollarse para desgarrar su mundo en cuanto regresara.

El trayecto a Florencia, en el Aston Martin azul plateado y descapotable de Marco, atravesó villas llenas de flores con el calor del sol en su cara. Fiel a su palabra, Polly se arregló en poco tiempo, cambiando la camiseta por una blusa amplia de seda, que llegaba justo hasta la cintura de los vaqueros, y las zapatillas por unos mocasines. Sacó un jersey de cachemira, se lavó los dientes y se cepilló el pelo. En menos de diez minutos bajó al patio, con las gafas puestas y un bolso marrón de cuero al hombro.

Marco la esperaba. Llevaba unas gafas oscuras y se había puesto una camisa azul, roja y blanca de algodón, con una chaqueta de lino de tonalidad terracota por encima. A partir de ese momento su

compañía fue ingeniosa, relajada, divertida y complaciente con sus deseos, aunque sin perder en ningún momento el control del itinerario del día.

Marco conocía a alguien que les permitió saltarse la cola para entrar en el Uffizi; pasaron un par de horas entre obras maestras del Renacimiento que ella sólo había visto en libros. Contemplaron el legendario arte de Tiziano, Da Vinci y Botticelli, hasta que a Polly empezó a dolerle la cabeza.

-Se suponía que debía venir a Florencia durante mi curso de historia -le contó a Marco al detenerse ante un cuadro de Hércules y Anteo luchando por la supremacía-. Incluí historia del arte en mi carrera...

-En ese caso, perdóname por insinuar que podíamos saltarnos la cultura -le sonrió-. A veces experimento una especie de sobredosis de ella en Italia. ¿No tienen una escultura de bronce... -señaló el cuadro de Hércules-... en el Bargello?

-Creo que sí... -consultó la guía y asintió-. ¿Terminamos aquí y continuamos?

-Primero el almuerzo.

-Absolutamente de acuerdo -le sonrió aliviada.

Se sentaron en una terraza, observando a la multitud y a los ágiles camareros, mientras repicaban las campanas de la iglesia y las palomas alzaban el vuelo de sus nidos en la torre. Tomaron una comida relajada bajo una sombrilla a rayas y hablaron de arte e historia. A ella le sorprendió la profundidad del conocimiento que tenía Marco.

-Para ser abogado, pareces saber mucho sobre la historia del arte -señaló con tono burlón.

-No todo el tiempo estoy enfrascado en polvorientos tomos legales.

-Es obvio. Me has impresionado.

-Hiciste bien en encontrar una carrera relacionada con tu amor por la historia -Marco estaba reclinado en la silla después de haber comido-. ¿Llegaste a terminarla?

-No -repuso lentamente-. Pero acordamos que no hablaríamos de eso.

-Es verdad. Háblame de tu vida en Inglaterra, Polly. ¿Cómo te las arreglas?

-Bastante bien. Tengo a papá, por supuesto, aunque no recurro mucho a él porque está demasiado ocupado en el tribunal como para ayudarme con Ben. Pero soy afortunada de poder contar con Mary, una mujer del pueblo que viene todos los días a ayudarme en la casa. Le encantan los niños y a veces trae a sus sobrinos pequeños a jugar, y

adora a Ben. Y Janie me ayuda mucho, en *El Árbol Familiar* y con Ben.

-¿*El Árbol Familiar*? -sonrió-. ¿Es así como se llama tu negocio?

-Sí. ¿Te gusta el nombre?

-Mucho. ¿Y cómo pasas tu tiempo libre?

-Me temo que de forma muy aburrida. Soy la secretaria de la Sociedad de Historia local. Y asisto a clases de yoga una vez por semana. En realidad, eso es casi todo en lo referente a mi tiempo libre. Pero hago muchas cosas con Ben. Vamos a nadar; caminamos mucho, por la playa, la campiña... ya sabes, observamos a los pájaros, buscamos flores silvestres, y caracolas y... ese tipo de cosas.

-Todo un torbellino social.

-Soy bastante feliz...

-Estoy seguro de que lo eres, Polly -la miró con ojos inescrutables.

-No hagas que suene tan condescendiente.

-No era esa mi intención. Me creas o no, oír que alguien reconoce gozar de unos placeres tan domésticos en la vida es un cambio refrescante.

-¿Quizá debería añadir «Anna» a mi nombre?

Ambos sonrieron, pero ella no estuvo segura de si Marco recordaba a qué se refería. Probablemente no. No recordaría que la había apodado «Pollyanna», dándole un rango social de parvulario en un momento de bromas durante su visita a Sicilia cinco años atrás.

Mientras que ella no lo había olvidado. Sophy y Polly habían ido a pasar unas vacaciones de pascua invitadas por la tía Ruth. En aquella semana se había enamorado perdidamente de él. Durante su estancia fue un hombre cálido, relajado y afectuoso, amable con sus padres y armado de una paciencia infinita con su sobrina de tres años, Rosa, hija de su hermana mayor.

Se ruborizó al pensar cómo había atesorado una fotografía de los dos juntos, riendo, sacada durante una procesión. La tía Ruth se la envió a la universidad con muchas más tomadas durante las vacaciones. La enmarcó y la puso junto a la cama. Pero en todo momento había sabido en lo más hondo de su ser que Marco nunca podría ser de ella. Fue obvio en Sicilia. Él sólo tuvo ojos para Sophy, con su lustroso pelo dorado, sus ojos azul violeta y su arrebatador aspecto de modelo.

Había tratado a Polly como a una hermana pequeña. Recordó el momento en que surgió el apodo de «Pollyanna»... contemplaban la colorida procesión de pascua, que reflejaba la lucha entre el bien y el mal, y Marco comentó que el mal a veces era más fuerte que el bien. Ella protestó y afirmó que lo único que hacía falta era fe y creencia en el concepto de un ángel guardián... Marco rió, luego se disculpó por

ser tan cínico, y durante el resto de la semana ella se ganó ese sobrenombre.

Pero la última noche de las vacaciones, después de haber salido todos a cenar, había visto a Marco y a Sophy besándose en la oscuridad del patio de la casa. Observó durante unos perplejos segundos el modo en que Sophy se había retorcido contra él con hambriento deseo...

-A veces uno se mueve en círculos en los que es fácil olvidar los valores verdaderos -decía Marco-. Envidio la vida sencilla que acabas de describir.

Con un parpadeo, ella desterró los recuerdos. Se recordó que habían prometido dejar en paz el pasado.

-¿Tu vida es tan complicada?

-Paso mucho tiempo en el desagradable mundo de los tribunales penales, y de vez en cuando defiendo a personas en las que no confío mucho; pero la mayoría de las veces actúo como acusación.

-¿En este momento llevas un caso en Londres?

-En Roma.

-Oh. Pero, Sophy... -calló. No quería volver a introducir a Sophy en la conversación. Pero su hermanastra había entendido mal cuál era el paradero actual de Marco, sorprendentemente...

-¿Qué pasa con Sophy?

-Nada. No importa. ¿Defiendes o acusas?

-Acusaba. El caso concluyó la semana pasada.

Ella esperó, pero Marco no se explayó.

-¿Qué clase de caso?

-No te gustaría conocer todos los detalles desagradables -aseguró, esbozando una leve sonrisa-. ¿Tomaremos café aquí? ¿O nos trasladamos virtuosamente al Bargello y nos recompensamos luego con café y pastas?

-La última sugerencia parece lo mejor.

A primeras horas de la noche, saciados de cultura y del bullicio de la ciudad, acordaron que una ducha y un cambio de ropa era lo que necesitaban antes de cenar. Polly reclinó la cabeza en el asiento del coche, cansada y extremadamente feliz, mientras salían de Florencia.

Habían hablado como nunca antes y se sentía muy próxima a Marco, quizá porque ahora conocía cosas sencillas sobre él: su preferencia por el vino tinto, que le gustaba el café sólo con un terrón de azúcar, la comida mexicana tanto como la italiana...

Sabía que compartía su gusto por el cine, en especial las películas del director italiano Bertolucci, que corría, nadaba y jugaba al tenis, que practicaba el esquí en Italia y, de vez en cuando, hacía alpinismo

y navegaba en Inglaterra, que aprendió a cocinar de su padre, durante las vacaciones de verano, en el calor y el ruido de las pizzerías, que le gustaban los libros de acción, que poseía una amplia colección de CDs musicales, desde los Beatles y Oasis a su colección de discos de jazz, incluyendo todos los de Glen Miller.

-¡Me encanta Glen Miller! -había exclamado ella ante su expresión tímida.

-Pues eso lo arregla todo -anunció él con solemnidad-. Ya nunca podrás sacarme de tu vida.

Ella había reído, pero luego calló, dominada por la cautela. Y la culpabilidad. Cambió rápidamente de tema. Debía ir con cuidado. Hubo un par de momentos brillantes durante el día en que se sintieron tan bien, en que la compañía de Marco la hizo tan feliz, que tuvo un impulso casi irresistible de soltar la verdad y decirle que tenían un hijo...

El esfuerzo de mantener el secreto resultaba agotador. Y deprimente.

Mientras regresaban, cerró los ojos y contuvo un bostezo.

-Podemos salir fuera o cenar en casa, lo que tú prefieras -sugirió Marco mientras el Aston Martin subía por la carretera-. Creo que la casa ya estará vacía.

-Me da igual. Lo que quieras tú -bostezó y sonrió-. Si así lo deseas, me encantará salir. Estoy segura de que una ducha me revivirá.

-Podría prepararte una especialidad toscana -ofreció él-, con carne y champiñones, mientras tú descansas en el sofá con una copa de Chianti y escuchando un poco de música italiana del Renacimiento que ponga un broche adecuado a nuestro día. ¿Qué te parece?

Polly giró la cabeza para mirarlo mientras introducía el coche en el patio y apagaba el motor.

-Marco, ¿cómo es que no te has casado para disfrutar de esa existencia sencilla y hogareña que tanto anhelas?

-¿Por qué lo preguntas? -quiso saber tras mirarla un largo rato.

-Al hablar de lo que vas a preparar para la cena suenas tan... ¡domesticado! -logró decir con ligereza.

-¿El marido ideal de toda mujer? -inquirió-. Hablas como mi madre. Bueno, ¿quién sabe? Tal vez la mujer ideal no ha sucumbido a mi encanto en el momento ideal -su voz sonó con cierta sequedad-. Sólo tengo treinta y un años. Aún hay tiempo para encontrarla. Estas cosas no se pueden acelerar, Polly. Tú deberías saberlo.

-Cierto -aceptó, suponiendo con tristeza que se refería a su maternidad como soltera-, debería, ¿no? -cerró los ojos un instante. El tiempo tendría que haberle enseñado que no era la mujer ideal de

Marco; aunque aún dolía oírlo confirmado.

-Bueno, ¿qué va a ser? ¿Cena fuera o te arriesgas a mi comida casera?

-¿Cómo podría resistirme a tus artes culinarias? -hablando de casa, tuvo el impulso abrumador de hablar con Janie y saber que Ben se hallaba bien-. ¿Te importa si vuelvo a llamar a Inglaterra, Marco?

-Adelante. Iré a darme una ducha y luego me colocaré el gorro de chef.

En su habitación, Polly se duchó. Luego se puso un vestido, la única otra prenda de vestir que había traído para lo que en principio iba a ser una estancia de una noche. Era fresco y sin mangas, uno de sus favoritos, de corte largo, ceñido y acompañado por un cinturón, de tonalidad rosada. Volvió a calzarse los mocasines, pero cambió de idea. Los otros zapatos que tenía eran los de ante de tacón alto, y optó por ellos. Necesitaba la confianza adicional que le proporcionaban los zapatos altos.

Se inspeccionó la cara en el espejo. El trayecto en el descapotable le había dado algo de vida a su piel, que ya mostraba el comienzo de un amago de bronceado. Hasta su cabello parecía más claro. Se puso un poco de maquillaje, apenas la insinuación de una sombra azul grisácea del mismo color que sus ojos, un poco de base y barra de labios melocotón. Finalizó con una dosis generosa del frasco de Eau d'Issey que su padre le había regalado para navidad, y luego se contempló con sentimientos encontrados. Reconoció que estaba nerviosa.

Ese día había sido un tiempo de descanso. Marco y ella habían fingido que ningún fantasma del pasado acechaba. Y ahí estaba, preparándose con tanta ansiedad como alguien para su primera cita... Se sentó en el sillón junto a la cama y alzó el auricular del teléfono.

Para su sorpresa, nadie contestó. Se mordió el labio y dejó que sonará siglos antes de colgar con el ceño fruncido. Eran las seis de la tarde en Inglaterra. Hora de que Ben tomara su baño, merendara y estuviera a punto de acostarse. La ansiedad le carcomió el estómago. Intentó desterrarla. Si hubiera sucedido algo, la habrían llamado. Debía intentar no preocuparse tanto.

En cuanto Marco la vio aparecer en la terraza media hora después, enarcó las cejas ante su expresión.

-¿Qué sucede, Polly?

-En realidad, nada.

-¿Conseguiste hablar con la persona que querías?

Negó con la cabeza y agradecida aceptó la copa de vino que le ofrecía.

-No contestó nadie -bebió un sorbo y se obligó a sonreír-. Quería hablar con Janie, comprobar que Ben estaba bien. Pero... probablemente han salido...

Marco se sentó junto a ella en la hamaca y la agitó con su presencia. Estiró sus largas piernas y se volvió para estudiarla.

-¿Y ahora estás preocupada? Quieres mucho a tu hijo.

-¡Claro! -luchaba contra las oleadas de calor que provocaba su presencia.

-No te preocupes; todo va bien.

-Sí, estoy segura. Es que... no me he separado muchas veces de él. Es una sensación rara.

-Vi tu cara cuando llamó ayer -musitó-. ¿Tienes la costumbre de pensar lo peor siempre que pasa algo inesperado?

-Probablemente -suspiró y esbozó una sonrisa-. Alguien una vez me dijo que si por naturaleza te preocupas, no deberías tener hijos...

-¿Es posible que hayas marcado un número equivocado?

-Supongo que sí... -dejó la copa de vino y recogió el bolso; extrajo la agenda y buscó la dirección de Janie-. No, estoy segura de que marqué el correcto...

-Ben vino de forma inesperada, ¿no? -preguntó tras una breve pausa.

-Sí -se puso rígida.

-Habrá sido una sorpresa desagradable descubrir que estabas embarazada.

-De lo único que estoy segura es de que ahora por nada en el mundo podría vivir sin él...

-Polly... -le asió la mano.

-¿Hmm?

-Mírame... -la voz profunda sonó aún más ronca.

-Marco, por favor, no...

-¿No qué? -con la otra mano le alzó la barbilla y le giró el rostro hacia él-. ¿Intentar acercarme más a ti?

-Te refieres a tratar de aprovechar la ventaja de la proximidad...

-¿Es eso lo que de verdad piensas de mí, Polly? -murmuró.

-Realmente no sé qué pensar -logró decir tras mirarlo unos momentos en silencio.

-Aunque eso fuera verdad, ¿podrías culparme?

-¿Qué se supone que significa eso?

-No te has permitido estar en mi proximidad en los últimos cuatro años -señaló con risa áspera-. Te marchaste de Cambridge sin decir una palabra. Desde entonces, me has estado evitando. Ahora que te tengo aquí, la novedad puede subírseme a la cabeza.

Entonces, sin advertencia previa, se adelantó y la besó con pasión; la necesidad física se apoderó de Polly e hizo que reaccionara instintivamente para abrazarlo temblorosamente.

-Polly, cariño... todavía te deseo tanto que me está volviendo loco... -sonó desesperanzado, como si las palabras salieran a la fuerza de él.

Ella experimentó anhelo en todo su cuerpo. Iba a responderle, pero vio que el rostro de Marco se alteraba. El miró al suelo, justo delante de la hamaca. Polly siguió la dirección de su mirada. Se le acaloró el rostro cuando Marco se inclinó para recoger algo que se le habría caído de la agenda. Tenía la foto de Ben en sus manos; era la de un niño pequeño con sus vaqueros favoritos y un buzo rojo con capucha, que sonreía con abierta vulnerabilidad a la cámara. La foto era inocente y, al mismo tiempo, terriblemente delatora.

Comprendió que Marco, atontado, contemplaba una réplica diminuta y exacta del aspecto que él mismo debía tener veintiocho años atrás.

Capítulo 4

El silencio fue como un peso enorme que aplastó a Polly. Contenía el aliento como si con ello pudiera retrasar la explosión que sabía que se produciría.

-¿Este es Ben? -la voz de Marco sonó ominosamente tranquila.

-Sí -volvió la cabeza para mirarlo. Cerró las manos a los costados. Temblaba.

-Es mío -la penetró con la mirada y la amargura le llegó hasta los huesos-. ¿Verdad, Polly? -ella tragó saliva. Había imaginado una escena como ésa, pero nada la había preparado para la realidad-. ¿Y bien? ¿Lo es? -con un brusco gesto de violencia controlada, él dejó la fotografía, le aferró los brazos y le dio una leve sacudida-. Por el amor de Dios, Polly. ¡Tengo derecho a saberlo! -el corazón de ella palpitaba como un pistón. Tembló convulsivamente; él la soltó y se levantó-. Te lo advierto -anunció-. Pediré análisis sanguíneos. No me mientas.

-Es tu hijo -ya estaba, al fin lo había dicho; oyó el eco de su voz en el silencio, plana y carente de emoción.

-¿Por qué no me lo dijiste, Polly? -preguntó tras un prolongado silencio-. ¿Empiezo a adivinar? ¿Es un juego, Polly? ¿Tengo que pensar los motivos por los que te fuiste de Cambridge sin despedirte, por los que omitiste informarme de que estabas embarazada y me ocultaste la existencia de mi hijo durante más de tres años?

-Marco...

-¿De qué tenías miedo? ¿De la desaprobación de la familia? ¿No eras capaz de enfrentarte a tu padre y a tu abuela con un bastardo Daretta en tu vientre?

-¡No uses esa palabra! No te atrevas a llamar a mi hijo bastardo...

-Es exacta. ¡Y es por tu maldita culpa! ¡Una conspiración de los Hamilton! Porque cualquier cosa era preferible a reconocer a un miembro del famoso clan de los Daretta como padre. ¿Lo he adivinado?

Ella se tapó la boca, con todo el cuerpo tenso. Le aterraba la creciente ira de él, pero lo peor era esa mirada sombría; durante un fugaz momento vislumbró los años de indignación dolorosa que sintió por el tratamiento que los Hamilton le habían dado a su madre. Con una punzada de angustia, comprendió que Marco creía que los prejuicios y el esnobismo eran sus motivos para...

-No -susurró-, te equivocas...

-¿Sí? -se dirigió al borde de la terraza y desde allí se volvió para mirarla con furia-. ¡Entonces, explícame la conspiración de silencio! ¡Explícame el misterio de por qué jamás respondiste a mis cartas y mis llamadas!

El corazón le dio un vuelco. Había aceptado un par de llamadas de Marco cuando intentó fijar un encuentro entre ellos, pero nunca recibió ninguna carta.

-¿Qué cartas...?

-¡Por favor, ahórrame tu conmovedor fingimiento de sorpresa! -exclamó con sarcasmo-. Eso sería un insulto, Polly.

Ella cambió de postura en la hamaca y se pasó una mano por el rostro. Sentía la cabeza pesada; le daba vueltas con información confusa.

-Marco -comenzó con cuidado, intentando establecer una línea coherente de pensamiento-, antes de que esta conversación se... descontrole más, recuerda... recuerda aquella noche en Cambridge. Lo que sucedió entre nosotros fue... algo del momento. Es evidente que ninguno de los dos pensaba con claridad. Yo... seguía atontada por la droga que me hicieron tomar la noche anterior. Y... tú dijiste que apenas habías conseguido dormir en toda la noche, preocupado por mí... Cuando hicimos el amor, te horrorizó lo que había pasado. Expusiste muy bien cuáles eran tus sentimientos. Y, teniendo en cuenta que estabas involucrado con mi hermanastra Sophy, no podía culparte...

-¿Involucrado? -cortó-. ¿Qué demonios sabes de mi relación con Sophy?

-¡No te molestes en fingir! -espetó ella, irritada por su tono-. Yo estaba en Prizzi, ¿recuerdas?

-Recuerdo estar en Prizzi -comentó con sarcasmo-. Por desgracia, no entiendo a dónde quieres ir a parar.

-Es evidente que tienes una memoria selectiva, así que no me agotaré discutiendo contigo -no pensaba reconocer que Sophy y él eran pareja, ¿tal vez porque se sentía culpable por haber hecho el amor con ella a sabiendas de que traicionaba a Sophy? Cansada, se pasó la mano por el pelo. ¿Es que pensaba que era estúpida? Los vio besarse, prácticamente comerse el uno al otro, por el amor del cielo- ¿Quieres saber por qué no te hablé de Ben? Porque habrías sentido una especie de... responsabilidad por algo de lo que no querías formar parte.

-¿Piensas que no habría querido formar parte de la vida de mi propio hijo?

-Es mi hijo, Marco -lo miró, palideciendo-. Su concepción fue un error por tu parte. Eso es todo. Cuando... se planea el nacimiento de un hijo, se lo concibe con amor... eso es distinto. Ben fue un... efecto secundario de un fin de semana desastroso. Y en lo que a mí respecta, tu reacción en Cambridge me demostró tu falta de interés en mí y, eso

supuse, en él -la reacción que vio en su rostro era tan tormentosa que temió que la abofeteara.

-Tienes una idea retorcida de lo que es la responsabilidad. No pensabas incorporarme al cuadro, ¿verdad? Cuando dije que me preocupaba que estuvieras embarazada, me contaste que tomabas la píldora. Imagino que fue una mentira.

-Había estado tomándola -repuso, sonrojándose-. Me... me la recetaron por algunos problemas menstruales. Pero luego dejé de tomarla... no coincidía con mi forma de ser y me preocupaban sus efectos secundarios; no me parecía correcto...

-Entonces, ¿por qué me dijiste que en ese momento la tomabas?

-¡Porque era lo que tú querías oír! -exclamó al final-. ¿No crees que aquella noche ya me sentía bastante humillada? Dejé que me hicieras el amor sin pensar realmente en mis actos; aún seguía medio dopada por la droga. Y al descubrir que era virgen, soltaste un discurso santurrón acerca de mi estupidez y tu falta de autocontrol. Comprendí que lo más inteligente era salir de tu vida lo antes posible. No tenía sentido preocuparte de manera innecesaria, cuando, además, ya era demasiado tarde. Por eso te dije que tomaba la píldora. Para ahorrarte la tardía preocupación...

-Muy considerado de tu parte -cortó con sequedad- . Luego, te fuiste a los Estados Unidos con tu amigo y, al regresar, te las ingeniaste para estar en alguna parte del país siempre que iba a verte, y pasaste por alto mis cartas.

-Nunca recibí carta alguna -comentó en voz baja, mirando al suelo.

-Entonces... es de suponer que alguien las interceptó -musitó él.

Polly se encogió de hombros. «¿Era posible que alguien se hubiera quedado de verdad con cartas dirigidas a ella? ¿Quién? ¿Su padre?» Rechazó la idea.

-Ah, bueno -continuó él con amarga diversión-, así es la vida, supongo. Sin embargo, ¿qué te impidió contestar al teléfono? ¿O escribirme?

-Te lo acabo de decir, Marco -suspiró-, pensé que no querías saberlo. Y bajo ningún concepto quería que asumieras tu responsabilidad por algún sentido de la obligación.

La contempló en un silencio abrasador.

-Bueno, es el único cumplido que me has concedido hasta ahora -sonrió despiadadamente-. Al menos tuviste la percepción de comprender que, de saber que tenía un hijo, asumiría mi responsabilidad. Mejor tarde que nunca. Mi hijo volará a Italia y adquirirá la ciudadanía italiana en cuanto pueda organizar los papeles...

-¿Qué...?

-Ya me has oído. Mi hijo ha pasado sus primeros años en Inglaterra. Ahora vendrá a Italia, donde le corresponde estar.

-¿Y... y si su madre desea que permanezca en Inglaterra?

-Lo que tú quieras en este momento no cuenta.

-¿Cómo puedes decir eso?

-Porque me mentiste y me excluiste adrede de lo que debería haber sido el período más memorable de mi vida -la voz se le cortó y se detuvo un momento para respirar agitadamente-. Ben es mi hijo. Es un Daretta. Se le ha privado de su padre. Necesita pasar tiempo aquí, ahora. Conmigo.

Incrédula, vio cómo le daba la espalda y se marchaba con paso inseguro de vuelta a la casa. Polly se quedó quieta varios minutos. Luego, con el corazón atribulado, lo siguió.

Se había servido un whisky en el salón. Al entrar, lo vio romper la copa contra la chimenea y permanecer inmóvil con la vista perdida.

-Marco. Debemos hablar... No puedes hacer una declaración semejante y dejarme... -él se volvió y la miró. El salón estaba débilmente iluminado, pero sorprendida vio que había lágrimas en sus ojos-. Oh, Marco... -sintió un nudo en la garganta; apenas podía hablar.

-Regresa a la terraza -se pasó una mano por los ojos y respiró con furia.

-No... no puedo, debemos hablar -susurró con inseguridad. Cerró las manos a los costados, mirándolo, deseando que escuchara.

-Ahora no, Polly. Hablaremos después. En este instante, necesito estar solo...

-También ha sido duro para mí -se sintió con derecho a recordarle-. Criar a Ben sola...

-Pero tú lo tuviste -de pronto su voz sonó ronca y fiera-. A mí me fue negado. Tenía un hijo y jamás lo conocí. Podría haber disfrutado de dos padres cariñosos desde el momento de nacer, pero tú se lo negaste. No estoy seguro de que pueda perdonártelo, Polly...

De repente, Marco parecía más siciliano que inglés. Sus palabras tenían un tono dramático y vengativo que ningún inglés que conociera lograría alcanzar jamás. A la suave luz, contempló su rostro oscuro y huesudo. Ya no lloraba; pero el dolor que sentía parecía transmitirse a ella por sí solo en el silencio.

No pudo soportarlo. Alargó los brazos, los apoyó en sus hombros y se acercó para abrazarlo. Toda ella temblaba de emoción. Marco jadeó y se quedó rígido. Impulsada por una necesidad más fuerte que la razón, alzó la cabeza para posar los labios en los suyos; al tocarse, la

electricidad surgió entre ellos.

Con una maldición apagada, él le asió la cabeza y le devolvió el beso con ansiedad; Polly abrió los labios y dejó que su lengua penetrara en su boca, inmersa en la violencia de las emociones. Sabía a whisky. Una llama crepitó y entró en el horno de un deseo tan fuerte que ella sintió como si sus cuerpos pudieran fundirse bajo el calor.

-Por favor, no me odies... -sollozó contra su boca-. Por favor, no podría soportarlo...

-No te odio... -la voz de Marco sonaba entrecortada por el dolor-. Dios me asista, sé que debería odiarte, pero no puedo...

Apenas podía respirar. Los pechos se endurecieron contra él, palpitando de deseo; sentía un nudo en el estómago y las rodillas flojas. Marco bajó una mano por su espalda y pegó las caderas de Polly contra su cuerpo, haciendo que notara el duro perfil de su excitación. Podía estar furioso con ella, pero físicamente, al menos, aún la deseaba...

Si la tumbara allí mismo en el suelo y la desvistiera, no habría protestado; le habría dado la bienvenida con una urgencia que hacía que se sintiera muy avergonzada por su falta de control.

Marco le pasó las manos por el torso y bajó hasta abarcar su estrecha cintura y trazar el contorno de su cuerpo a través de la delicada tela del vestido.

Ella emitió un grito suave al notar cómo los dedos temblorosos de él desabrochaban los tres primeros botones y le acariciaba la piel con una especie de intensidad hambrienta que la consumió con un deseo total. Se aferró a él con los ojos cerrados con fuerza cuando apartó el encaje del sujetador y con los labios mordisqueó un pezón. La oleada de pasión se agudizó por la furia contenida que emanaba de él con tanta fuerza que casi hacía que resultara visible, como un aura al rojo vivo. Polly se preguntó qué había encendido. Durante unos breves y atontados segundos experimentó la prensa del miedo mezclándose con el calor líquido en su estómago.

-Te he echado de menos... -susurró medio ciega de deseo tras tantos años de anhelar su contacto-. Oh, Marco, no sabes cuánto te he echado de menos...

-¿Echarme de menos? No mientas -gruñó con aspereza, y entonces, con un feroz temblor, como si de pronto hubiera recuperado los sentidos, la soltó y se separaron con brusquedad. El rostro de Marco se hallaba en sombras, pero tenía los ojos clavados en ella; respiraba pesadamente. Polly pudo ver el destello apasionado de su ira- . Me tenías tan cerca como una llamada de teléfono o un billete de avión -añadió.

«No es verdad. ¡Eras de Sophy!», pensó angustiada. Lo miró en silencio.

-Llevabas a mi hijo en tu interior -continuó él-. ¿No se te ocurrió pesar que tenía derecho a saberlo? Pero no me lo contaste. Deliberadamente me evitaste en todo momento, ocultando tu embarazo, escondiendo a mi hijo de mí. Dios mío, Polly, ¿cómo pudiste hacer...?

-Marco... oh, por favor... -no pudo evitar que las lágrimas le escocieran los ojos y bajaran por sus mejillas. Con dedos entumecidos, intentó abrocharse el vestido.

Marco la observó durante unos instantes, luego le apartó las manos y él mismo se ocupó de los botones.

-Está bien, no llores -dijo-. Tenías razón, debemos hablar. ¿Quieres algo más fuerte para beber?

-No... sí, de acuerdo...

Le sirvió un whisky. Volvía a tener los ojos más tranquilos, como si la acción de servirle una copa le hubiera brindado tiempo para controlar sus sentimientos.

-Lo primero que debemos arreglar es cómo hacer que Ben venga aquí lo antes posible...

-Yo regresaré... -comenzó con dificultad.

-No -algo en su voz hizo que ella girara la cabeza para observarlo-. De momento no pienso perderte de vista otra vez. Le pediré a Sophy que lo traiga.

-¿Qué? -¿le estaba sugiriendo que Sophy llevara a Ben a Italia...?

-Es la solución evidente -Marco sonó pragmático-. Es su tía; lo primero que haré por la mañana será comprobar la situación legal, pero me da la impresión de que en un caso como éste, lo único que tenemos que hacer es firmar una autorización en el Consulado de Florencia y que la envíen por fax al Departamento de Pasaportes en Londres. Los pasaportes de emergencia se pueden emitir en el mismo día. Sophy tendrá que rellenar algún tipo de formulario... Y deberá presentar su partida de nacimiento, por supuesto. Imagino que sabes dónde está.

-En casa. En el despacho -bebió un sorbo de whisky para tratar de tranquilizarse-. Marco, no quiero que Ben venga aquí para que nosotros... nos peleemos por él...

-No haría nada que hiriera a nuestro hijo, Polly. Mi única preocupación es el bienestar de Ben. Pero lo quiero aquí. Y también a ti. No confío en que tú vayas a Inglaterra para traerlo. De este modo, con la ayuda de Dios, nuestro hijo se reunirá con sus padres en un par de días...

-Y luego, ¿qué? -demandó. Apenas podía creerse que él se hubiera hecho cargo de todo con tanta... arrogancia.

-Discutámoslo en otra ocasión -repuso con frialdad-. Ahora necesito comer algo. Y creo que, en estas circunstancias, cenaremos fuera.

Las siguientes veinticuatro horas pasaron en una nebulosa de tensión y tristeza. Se llevaron a cabo los preparativos necesarios, que resultaron asombrosamente fáciles, tal como predijo Marco. Polly no tenía idea de cómo había convencido a Sophy para dejar su trabajo y viajar con Ben, pero daba la impresión, al menos en este caso, de que lo que Marco quería, lo obtenía.

En todo momento, se comportó como un desconocido educado y distante. Tras aquella pérdida de control, que ella había activado arrojándose prácticamente a sus brazos, tuvo cuidado de no tocarla.

Polly trató de prepararse para la situación insoportable que iba a experimentar, pero nada la previno para la devastación emocional de oír al fin el ruido de la puerta del coche en el patio y las voces y las pisadas sobre el camino de grava que conducía a la casa.

Los tíos Ruth y Tino habían ido a recogerlos al aeropuerto; Marco insistió en que el primer y delicado encuentro con su hijo se produjera en casa.

Polly corrió a la puerta y observó a Ruth y Tino, Sophy y Ben acercarse. Marco ya estaba allí, muy quieto.

-¡*Ciao*, Marco! ¡Hola, Pollyanna! -la voz sosegada y alta de Sophy llegó hasta ellos con facilidad.

Lentamente, Marco fue a recibirlos.

Ella permaneció donde estaba, con una mano en la puerta para apoyarse. La escena se fragmentaba en una serie de imágenes vividas. Pudo ver que la sonrisa de su hermanastra era fija y falsa, que los hermosos ojos violetas brillaban con un resentimiento contenido. Aferraba con fuerza la mano de Ben y tiraba de él como si fuera un trofeo capturado; al llegar junto a Marco, lo abrazó y lo besó en cada mejilla. Fue un pequeño ritual de posesión en beneficio de Polly.

La pequeña figura junto a Sophy se separó con un grito y emprendió la carrera.

-¡Mamá! ¡Mamá! Hemos venido en avión. ¡Sophy me ha dicho que puedo comer espaguetis italianos!

La voz excitada de Ben rompió el hechizo irreal de Polly. Alargó los brazos hacia su hijo, lo alzó en el aire y le revolvió el pelo, besando su suave mejilla y riendo al unísono.

Luego se volvió para ver a los demás.

Tino, el padre de Marco, era tan alto y cetrino como su hijo, muy

parecido a él salvo por el pelo cano y las arrugas en la cara. Exhibía una expresión de cautela.

La tía Ruth sonreía con gesto de inseguridad en los ojos mientras hablaba del tráfico que había en un intento por ocultar la tensión. Polly no podía quitarle la vista a Marco. Seguía de pie junto a Sophy. Ésta lo había rodeado con un brazo y rítmicamente le palmeaba el hombro, como si le ofreciera un apoyo silencioso en un momento de crisis emocional.

Miró fugazmente a Polly y volvió a concentrarse en el pequeño de pelo oscuro que tenía en brazos.

-Éste es Ben -dijo ella innecesariamente.

-Sí, eso veo. Hola, Ben -la voz de Marco sonó cálida y orgullosa al sonreírle a su hijo.

Sophy parecía paralizada y miraba de uno a otro, casi sin respirar. Si era posible, tenía un aspecto más arrebatador que nunca, con su corto vestido rojo y el cabello rubio recogido, con unos mechones caídos que le enmarcaban el rostro.

-Tal vez podríamos enseñarle a Ben dónde va a dormir -logró decir Polly con tono ligero-. Suele acostarse más temprano...

-Sí, desde luego... -Marco parecía no saber qué hacer. Entonces, con gesto brusco, se apartó de Sophy y se aproximó a Ben. Se agachó e inspeccionó con gesto grave el rostro del niño-. ¿Qué te parece algo para comer y luego... quizá un baño y un cuento, Ben? Te hemos colocado una cama junto a la de tu madre...

Con gesto pensativo, Ben se había metido el pulgar en la boca mientras evaluaba a Marco. Siguió mirándolo con los ojos atrevidos de los niños curiosos. Polly los observó con el corazón en un puño. Siempre había sabido lo mucho que se parecían. Puede que no hubiera visto a Marco en cuatro años, pero no había necesitado ninguna fotografía que le recordara sus asombrosos rasgos en detalle.

Pero verlos a los dos, cara a cara, fue una revelación agónica. Los años solitarios y secretos pasaron por su cabeza a toda velocidad. Ben era el doble de Marco. Sus sentimientos experimentaron una inversión repentina. Sin importar el orgullo ni Sophy, ¿cómo se había atrevido a mantenerlos separados todo ese tiempo?

-¿Quién es este señor, mamá? -preguntó al fin Ben con voz algo apagada debido al pulgar que mantenía en la boca.

-Marco Daretta -antes de que ella pudiera hablar, Marco se presentó. Alargó la mano y estrechó con formalidad la mano libre de Ben-. Creo que el otro día hablamos por teléfono, ¿no?

Ben lo miró unos segundos más, luego asintió despacio. Se quitó el dedo de la boca.

-Marco, el primo de mamá -pronunció con evidente satisfacción.

-Eso es. Y ahora... -incorporándose, Marco los miró a todos y se dirigió a su madre con voz baja y controlada-. Mamá, ¿te importaría mostrarle su habitación a Sophy? Yo me llevaré a Ben arriba...

-No -repuso Ben con expresión obstinada-. Yo me quedó con mi mamá.

Polly conocía esa expresión. Ben estaba muy cansado y sobreexcitado, y percibía la disensión en los adultos. Había adelantado el labio inferior, que no paraba de temblar.

Cualquier otra inseguridad y sufriría la humillación de ponerse a llorar, algo que su orgullo le prohibía en todas las circunstancias, menos las más extremas.

-Claro que te quedarás con tu mamá, Ben -coincidió ella, alzándolo y abrazándolo-. Pero... ¿recuerdas que una vez me preguntaste dónde estaba tu papá? -sintió la cabecita de Ben asentir contra su cuello-. Marco es tu papá, Ben. Así que vayamos todos juntos a ver dónde vas a dormir, ¿te parece?

Reinó un silencio prolongado mientras Ben giraba la cabeza y miraba fijamente a Marco.

-Si tú eres mi papá -preguntó al rato-, ¿por qué no vives con mi mamá?

La siguiente hora fue una de las peores en la vida de Polly. Superficialmente, Ruth, Tino, Sophy, Marco y ella charlaron y rieron, y jugaron con Ben en un simulacro de normalidad y feliz vida familiar, mientras que bajo la superficie estaba a punto de estallar un volcán de ira, preguntas no formuladas y acusaciones.

Cuando al fin dejó a Ben en la cama junto a la de ella, salió al rellano agotada y se topó con Marco. La esperaba apoyado en la pared.

-Tenemos que hablar -dijo.

-Aquí no -susurró ella.

-No... -se apartó de la pared y le aferró el brazo en un gesto que era al mismo tiempo íntimo e intimidador. La llevó al dormitorio que había del otro lado del pasillo-. Aquí no nos interrumpirán...

-¿Es tu cuarto...?

-No te preocupes -murmuró-. No pienso acosarte esta noche, Polly.

-Aún así... Si queremos hablar en privado, tal vez sea preferible dar un paseo -se soltó. Le había dejado marcas.

-¿No existe la posibilidad de que Ben se despierte y te reclame?

-Sí, es posible -estaba tan nerviosa que no pensaba con claridad. Él tenía razón-. Pero si salimos al jardín...

-¿No te gusta mi dormitorio? -sus ojos eran inescrutable, pero en

su boca bailaba la sombra de una sonrisa.

-No es que no... -sintió que se ruborizaba. A pesar de todo, añoraba que la abrazara. Su falta de orgullo la avergonzó.

Reinó un breve silencio.

-De acuerdo -aceptó él de repente-, vayamos al jardín...

En el exterior hacía buena temperatura y la oscuridad estaba perfumada por las flores. Polly tuvo una visión fugaz de Ruth, Tino y Sophy sentados detrás de los ventanales franceses, y bajo la luz de la lámpara vio que sus rostros se volvían para observarlos al pasar.

-El niño es increíble -comentó Marco despacio.

Llegaron al final del jardín y se detuvieron donde unos senderos se bifurcaban entre los lechos de flores. Polly metió las manos en los bolsillos de los vaqueros blancos e intentó mantener claras las ideas.

-Sí que lo es -se volvió para mirar el rostro de Marco-. Lamento la presentación. Fue una torpeza...

-Podría haber sido peor. No creo que me eche en cara mucho tiempo mi larga ausencia... no después de leerle el último cuento.

-Ya le caes bien -se apresuró a decir-. Por lo general, es muy reservado con los desconocidos... -vio el brillo en los ojos de él y se mordió el labio.

-Qué irónico que sea un desconocido para mi propio hijo.

-Marco, yo...

-Al menos está claro que es un Daretta. Podrá ver el parecido cuando sea un poco mayor. Mi padre dice que es igual que yo a esa edad.

-Sí. Estoy de acuerdo, no tiene ni un rasgo de los Hamilton. Pero sigue siendo mi hijo, Marco...

-Desde luego. Pero la naturaleza proclama con claridad que también es mi hijo. De lo contrario, seguiría sin saber que soy padre -su voz sonó amarga-. No tenías intención de decírmelo, ¿verdad? Paul continuaría desempeñando ese papel, usurpando el puesto que por derecho me corresponde. ¿Me equivoco?

Iba a abrir la boca para contestar, para explicarle que Paul no significaba nada para ella ni para Ben, cuando oyeron la voz de Sophy.

-¿Marco? ¿Polly? ¿Estáis ahí? -apareció unos segundos después en la oscuridad-. Oh, ahí estáis -le sonrió a Marco y miró a Polly con ojos furiosos, las manos en las caderas-. Ben se ha despertado; creo que ha tenido una pesadilla. Pregunta por ti, Poli...

Polly corrió hacia la casa antes de que Sophy hubiera terminado de hablar. Al llegar a los escalones de la terraza, miró fugazmente por encima del hombro. No los vio por ninguna parte, perdidos en las sombras al final del jardín.

«Hasta ahí llegaba el compromiso declarado de Marco con su hijo», pensó, tragando saliva con amargura. «Y su vehemente negativa de estar involucrado con Sophy. Nada había cambiado desde aquella semana en Sicilia, cuando pareció hipnotizado por ella, cuando miraba cada uno de sus movimientos y reía todas sus bromas, la escoltaba a cada restaurante y bar de la zona...»

Perpleja por la intensidad de sus celos, empujó el dolor a un rincón de su mente, entró corriendo en la casa y subió los escalones de dos en dos.

Ben estaba acurrucado en el regazo de Ruth bajo la tenue luz de la habitación. Parecía muy feliz; no había señal de lágrimas en su carita y mostraba ojos somnolientos; con el pulgar en la boca, escuchaba a Ruth leer. Al verla se le iluminaron los ojos; alzó la mano libre y movió los dedos en saludo, concentrado en el cuento.

-¿Más...? -tanteó esperanzado cuando Ruth terminó.

-Vuelve a dormirte, Ben. Dile buenas noches a mamá.

-No tengo sueño. Mamá, léeme un poco más -murmuró. Alargó los brazos hacia Polly. Con sonrisa irónica ella lo alzó y lo abrazó, revolviéndole el sedoso pelo negro.

-De acuerdo, pero sólo una vez más -musitó-. Si prometes que cerrarás los ojos e intentarás dormir.

Se dio cuenta de que ya estaba casi dormido en sus brazos al sentir la conocida quietud que presagiaba el sueño. Volvió a meterlo en la cama y Ruth salió en silencio mientras ella se sentaba a su lado y, en voz muy baja, comenzaba a leerle el cuento. Era su favorito, un antiguo libro infantil, políticamente incorrecto, procedente de la biblioteca del Priorato Hamilton, que trataba sobre robos de coches, trasgos y excitantes aventuras en un bosque oscuro, muy oscuro; lo había traído consigo junto con el gastado osito de peluche.

Se quedó dormido antes de acabar la tercera página.

Polly cerró con cuidado el libro y contempló a su hijo. El corazón desbordaba amor hacia él. Ahí tendido con el pulgar en la boca y el osito de peluche en la otra mano estaba increíblemente hermoso. Pero de pronto le pareció lejano a ella; su asombroso parecido con Marco daba la impresión de distanciarlo. Verlo en Italia recalcaba ese hecho.

Tuvo una visión de un futuro sin él, la premonición de perderlo y sintió como si unos dedos helados le atenazaran la garganta. Las últimas horas habían vuelto su vida del revés. Se hallaba en otro país, con su secreto al descubierto y Marco hirviendo de furia reprimida. Y Sophy y Marco estaban solos en el jardín...

«¿Qué hacían en ese momento? ¿Hablaban del siguiente paso a dar? ¿Pensaba Marco intentar quedarse con Ben y casarse con Sophy?»

Una sensación ardiente y fiera reemplazó al miedo. Hasta ese momento, Ben había dependido totalmente de ella. Era suyo, lo protegería, lucharía por él y, si era necesario, moriría por él... Sea lo que fuere que planeara Marco, Polly antepondría primero las necesidades de Ben a las suyas, pero jamás dejaría que se lo arrebataran...

Lentamente se levantó, salió, dejó la puerta entreabierta y bajó con renuencia.

Tino y Ruth se hallaban en el amplio salón; él leía un periódico. Al ver a Polly, lo bajó y le sonrió. Ruth dejó a un lado la novela que leía y dio una palmada al sofá.

-Cariño, ven aquí. Pareces destrozada. Ven y cuéntamelo.

No había nada que Polly deseara más que correr junto a la tía Ruth, enterrar el rostro en su acogedor hombro y confesarse. Pero era la madre de Marco. De momento tendría que tratarla con extrema cautela; era una aliada en potencia, pero también una enemiga en potencia.

Esbozó una sonrisa tensa y se sentó a su lado. Pasó unos dedos nerviosos por la blusa de seda y luego cruzó los brazos.

-Me preocupa que Marco planee mantener a Ben aquí en Italia -dijo con voz temblorosa-. No creo que atienda a razones...

-Cariño, lo hará. Dale tiempo. Está aturdido. Todos... lo estamos. A propósito, ¿dónde se encuentra? -Ruth miró en derredor con el ceño fruncido.

-No lo sé. Afuera, en alguna parte -Polly soltó un suspiro y luchó por controlarse-. Creo que con Sophy.

-Marco es testarudo. Se calmará -comentó Tino por encima del borde del periódico-. Tiene un hijo del que nada sabía, Polly. No necesitó palabras que le contaran que era suyo; le echó un vistazo y lo supo aquí... -se llevó la mano al corazón con expresión emocionada-. Y yo tengo un nieto. Ello me produce el máximo gozo, y la mayor tristeza. Porque no lo supe hasta ahora. Los Daretta somos una familia unida, Polly. Cuidamos de los nuestros, ¿lo entiendes?

-Sí, claro que lo entiende, Tino -intervino Ruth con suavidad-. Polly ya ha pasado por mucho estos últimos días. Está pálida como una hoja y toda temblorosa; no necesita que le des discursos sobre la unidad familiar...

-Está bien, tía Ruth. Soy muy consciente de que los Daretta cierran filas en torno a los suyos y los protegen -se levantó con el cuerpo rígido y comenzó a marcharse del salón.

Ruth se incorporó de un salto y le sujetó el brazo.

-Siéntate, querida. Tino, sírvele a Polly algo fuerte para beber, por

favor...

-Si, si, *va bene. Mi dispiace* -Tino se levantó con aspecto compungido y se acercó al bar-. Polly, ¿qué te gustaría beber?

-No sé... -luchaba por contener la furiosa necesidad de ponerse a llorar como un bebé. Era por la amabilidad y las buenas intenciones de Ruth y Tino.

-Un gin-tonic cargado -aconsejó Ruth con firmeza, rodeando el hombro de Polly.

-Gracias.

-*Di niente*, Polly. Perdóname, querida. Relájate, las cosas se solucionarán, ya lo verás. Dale tiempo a Marco; él...

-¿Él qué...? -era la voz de Marco, que se incorporaba sombríamente a la conversación desde los ventanales abiertos.

Todos se volvieron.

Polly estuvo a punto de dejar caer la copa. Cerró las manos en torno a ella hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Marco estaba allí de pie, serio, con un brazo alrededor de Sophy. Ésta le rodeaba el cuerpo con ambos brazos, y se apoyaba en él como si no pudiera soportar dejarlo ir.

-He oído mencionar mi nombre -el fantasma de una sonrisa estuvo a punto de reflejarse en sus ojos-. ¿Qué voy a hacer, papá, si se me concede tiempo?

-Lo correcto -repuso Tino en voz baja-. Aunque me da la impresión de que tu vida es un poco más complicada que lo que pensaba, hijo...

-Sophy se ha caído y se ha torcido el tobillo en los escalones de la terraza -explicó rápidamente; escrutó el rostro tenso y pálido de Polly-. Le resulta difícil caminar...

-¡Oh, Marco, te dije que arreglaras esos escalones! -Ruth se levantó y observó la sonrisa valiente de Sophy con expresión incierta-. ¿Te duele mucho?

-Bastante -susurró Sophy-. No puedo apoyar el pie; es demasiado doloroso...

-Si puedes subir conmigo, querida -ofreció Ruth en seguida-, lo bañaremos en agua fría. Y veré si la casera de Marco, Angelina, puede encontrar una venda en el botiquín...

-No puedo. Marco tendrá que llevarme -jadeó; se detuvo y estiró los brazos.

Con expresión inescrutable, Marco alzó sin esfuerzo a Sophy y desapareció en dirección a las escaleras, seguido de su madre.

-Creo que ya veo el problema, *cara* -dijo Tino despacio cuando el silencio se prolongó demasiado.

-¿Sí? -Polly apenas fue capaz de reconocer su propia voz; sonaba

frágil, quebradiza, ridículamente a la defensiva. Se sintió morir en su interior-. ¿Quieres decir que ves que tu hijo está loco por mi hermanastra?

-Veo que tu hermanastra está loca por mi hijo -repuso Tino, pensativo-. Y que tú estás celosa de ella. Lo cual no necesariamente es lo mismo...

-Créeme, tío Tino, todo se reduce a lo mismo -afirmó Polly, conteniendo las lágrimas-. No soy estúpida...

-No lo eres -dijo Marco detrás del sofá. Había entrado tan en silencio que no lo oyó.

-¿Quieres dejar de hacer eso, Marco? -giró en redondo y lo miró desafiante.

-¿Qué?

-Entrar furtivamente en las habitaciones y... y escuchar la conversación de otras personas.

-Estoy en mi casa -se sentó frente a ella-. Acabo de entrar en mi salón. Y como afirmas no ser estúpida, Polly, no te opondrás cuando sugiera la solución obvia a nuestro actual... dilema.

-¿Qué me arroje convenientemente bajo un autobús y deje la costa despejada para que tú y Sophy podáis darle un hogar feliz a Ben?

-Fantasear sobre mi relación con Sophy es un pobre método de aliviar tu conciencia por lo de Paul. De modo que olvidaré esa sugerencia como efecto de la ginebra -rió con sonido despiadado-. Lo que es obvio es que tú y yo nos casemos.

Capítulo 5

Observó a Marco en silencio. Luego se levantó de un salto, golpeó la mesita y derribó su copa. Con unas disculpas apagadas atravesó los ventanales a toda carrera y salió al calor de la noche.

Dejó atrás la terraza y se dirigió al patio. Apenas sabía a dónde iba. Llegó al camino polvoriento que salía de la casa y que llevaba colina arriba hacia bosques y viñedos. Oyó la voz de Marco. «Si seguía corriendo, seguro que recibiría el mensaje, comprendería que lo último que quería era su compañía en ese momento».

-Polly, espera...

A pesar de todo, la alcanzó con facilidad y la detuvo.

-Déjame en paz... -con furia retorció el brazo, pero él no cedió.

-Sé razonable. No puedes irte corriendo sola, Polly...

-Ben está seguro con Ruth y Tino -dijo con frialdad-. Se durmió muy feliz; no volverá a despertarse esta noche.

-No me preocupaba Ben. La Toscana puede ser un lugar relativamente seguro, pero no recomendaría ningún lugar a una mujer sola de noche.

-¿Por qué habría de preocuparte?

-No seas infantil.

-Vete, Marco... -el enfado hacía que temblara.

-Comprendo que quieras un poco de privacidad -repuso él-. Pero si insistes en buscarla en campo abierto, de noche, tendrás que conformarte con mi compañía.

Se puso a caminar a su lado sin soltarla. Ella dejó escapar un suspiro. No parecía tener otra opción. Siguieron unos minutos en un silencio sólo roto por el sonido de los grillos.

-No puedo creer -comentó ella al fin- que esperes que me case contigo.

-¿No crees que nuestro hijo se merece dos padres que lo amen? A partir de ahora, Ben va a tener una crianza convencional, con la presencia de los dos. El mejor modo de cerciorarnos de que eso suceda es casándonos, Polly...

Ella jadeó incrédula y se encaró con él. Habían llegado a la cima de la colina, donde un enorme roble marcaba el inicio del bosque.

-¿En qué clase de entorno va a crecer si su padre y su madre se odian?

-¿Me odias? -preguntó tras observarla un largo momento. Sin advertencia previa, alzó las manos, le asió los dos brazos y la atrajo-. Ése no es el mensaje que me transmitías ayer...

Polly contuvo el aliento; ajena a su estado emocional, su proximidad era una ardiente tentación que le afectaba físicamente.

Sus pechos entraron en contacto con el torso de él, e incluso con ropa la reacción que experimentó empezó a derribar sus defensas.

-Esto no es justo, Marco...

-¿No? Anoche en el salón me dio la impresión de que te encantaría que nuestra relación volviera a un nivel más... íntimo -bloqueó su protesta con un beso. Involuntariamente, ella separó los labios y sintió en sus venas descargas eléctricas-. ¿Bien? -persistió él con voz ronca, alzando un poco la cabeza-. ¿Recibí una impresión equivocada?

Lo contempló con el corazón desbocado. Era cruel al usar el momento de debilidad de la noche anterior como un arma contra ella; se sentía bastante avergonzada por el modo en que reveló sus sentimientos.

Pero Marco sostuvo su mirada y ella quedó como hipnotizada, atraída hacia la oscuridad de esos ojos profundos. De pronto la soltó, se quitó la chaqueta y se agachó para extenderla sobre la hierba al pie del roble. Cuando hizo que se sentara a su lado, ella no opuso resistencia, como si se hallara en un trance. La rodeó con un brazo; Polly contuvo el aliento, consciente del cuerpo duro como el acero que tenía a su lado.

-Polly, sin importar lo que digas, creo que probablemente sabes lo que siento por ti -comentó en voz baja-. *Cara*, desde que llegaste, no he podido dejar de pensar en hacerte el amor.

Ella miró al frente. Se afanó por sublimar el efecto que surtía en su ser concentrándose en la belleza de la noche italiana. A través de las lágrimas pudo ver las luces de la casa de Marco en la distancia, puntos de dorada bienvenida en la oscuridad.

Pensó en Sophy, feliz en un cuarto de invitados, con el tobillo torcido y ese brillo triunfal en los ojos. La visión le proporcionó fuerza. De pronto, supo qué mentira debía utilizar para defenderse.

-El deseo no es base para un matrimonio, Marco. Quizá no sea verdad que odie verte... -confesó con voz ronca-. Pero que alguien te... excite sexualmente es una cosa... ¿De verdad crees que deberíamos pensar en casarnos... cuando ninguno de los dos es libre? -angustiada se mordió el labio al sentir la tensión en el cuerpo de él.

-Supongo que hablas de Paul -soltó lentamente-. ¿Te acuestas con él?

-No tengo por qué contarte nada. Ni tú debes decirme que te acuestas con mi hermanastra...

-¡Basta! -se volvió para mirarla con ojos entornados-. ¡Es suficiente, Polly! Estoy harto de oír el nombre de Sophy unido al mío. ¿Cómo puedo convencerte de que no tengo nada con ella? -preguntó con aspereza.

-Es difícil -repuso, cerrando los ojos, confusa-, ya que los actos hablan mejor que las palabras.

-Sean cuales fueren los actos a los que te refieres, tu hermanastra y yo sólo somos... amigos. Existe algo llamado pruebas circunstanciales...

-También eres un experto en plantear un caso persuasivo para la defensa, ¿verdad?

-¿Estás decidida a verme como un mentiroso? -inquirió Marco con tono lóbrego-. Hablemos del modo en que me has engañado durante los últimos cuatro años, ¿quieres? Si no hubiera visto esa fotografía, no me habrías contado que tenía un hijo.

-No...

-Eso es lo que más duele -la amargura en su voz hizo que ella contuviera el aliento-. Si existiera una ley que castigara lo que tú me has hecho, estarías entre rejas, Polly.

-Ya veo. El ideal para ti sería verme en la cárcel. Al no poder ser, has decidido que el mejor plan de acción es casarte conmigo. Qué romántico.

-Un niño necesita a su padre -habló con suavidad, pero con un deje férreo-. Es evidente que no quiero separarlo de ti, y...

-Pero, ¿lo intentarías si fuera necesario? -interrumpió-. ¿Acaso crees que con tus armas legales ganarías? Me enfrentaría a ti cada paso del camino, Marco...

-Polly... -la miró. Vio las lágrimas en sus ojos y con un juramento la abrazó-. Escucha cómo hablamos -rió de repente-. Nos amenazamos con venganza como si fuéramos enemigos jurados. Cariño, dejemos de pelear y pensemos en Ben...

-Suéltame...

-No hasta que dejes de luchar conmigo...

-Nunca. No pienses ni por un sólo instante que dejaría marchar a Ben. Jamás lo haría, Marco.

-Y no tendrás que hacerlo -señaló observando su rostro húmedo unos instantes antes de bajar la cabeza y darle un beso suave-. No me estás escuchando. Ben necesita conocer a su padre, pero nos necesita a los dos, Polly. Cásate conmigo... por favor.

-No-Ahondó el beso; surtió el efecto dual de detener la discusión y hacer que la secuencia lógica de los pensamientos de ella cayera en un olvido ardiente y oscuro. Se mantuvo rígida en sus brazos tanto tiempo como se lo permitió su voluntad; luego fue inútil. Tembló y se derritió a medida que su contacto se hizo más anhelante y urgente.

-Polly... -su voz sonó ronca por el deseo; su sonido, profundo, impaciente y desesperado, se fundió en uno y activó recuerdos y

sentimientos irresistibles que Polly fue incapaz de rechazar. Se retorció en una convulsión abrupta de necesidad y le rodeó el cuello con los brazos, arqueándose ciegamente contra él-. Cariño... -el gemido de Marco la enloqueció-. Polly, querida, eres tan hermosa... te quiero tanto...

-¿Sí? -susurró entrecortadamente cuando él alzó la cabeza y miró sus ojos ensombrecidos y sus labios palpitantes-. Ojalá pudiera creerte...

«Sólo quiere a Ben», pensó con dolor; «yo únicamente soy el medio para conseguirlo...»

-Créelo... -le besaba el cuello y le acariciaba el pelo, sujetándola con una pasión tan tierna que borró todas sus defensas.

-Oh, Marco... -susurró su nombre como una caricia y sintió el escalofrío de respuesta de él cuando le acarició la cara y la atrajo más hacia su cuerpo.

-Créeme -repitió-. Te quiero... -le desabotonaba la blusa y sus manos fuertes penetraban con temblorosa insistencia-. No sabes... Demonios, cariño, no tienes ni idea de cuánto...

Apartó la seda color ámbar a un lado y le tocó los pechos; ella se derritió por completo. Hizo a un lado el encaje del sujetador y Polly sintió la fresca brisa nocturna en su piel desnuda. Marco utilizó el peso de su cuerpo para echarla hacia atrás y con un muslo de hierro le abrió las piernas; Polly cerró los ojos y el deseo surgió en su interior como una marea imparable al sentir la mirada de él en su cuerpo mientras acariciaba los pequeños y erguidos montes hasta que sus pezones quedaron rígidos. Cuando se agachó para succionar uno por vez con creciente ansia, gimió en voz alta.

-Marco, no... no puedo... -se sintió incoherente. El cerebro no le funcionaba.

-No te preocupes... está bien... confía en mí, cariño, está bien...

El ronco susurro era hipnotizador. Llevó las manos hasta los vaqueros de ella, deslizó la cremallera y bajó los pantalones por sus caderas y se hizo un hueco entre sus muslos desnudos, con una exigente demanda masculina tan antigua como el mismo tiempo. Los dedos inquietos de él se posaron sobre la cálida y femenina protuberancia que había entre las piernas de Polly y la acarició a través de las braguitas. Ella jadeó y Marco introdujo la lengua en su boca al mismo tiempo que pasaba un dedo bajo el satén para descubrir su secreto húmedo y ardiente con delicada insistencia.

Polly caía en una espiral incesante hacia una fuente oscura de deseo tan insondable y misteriosa como las profundidades del océano. «Al menos esto explicaba la debilidad que experimenté cuatro años

atrás», el pensamiento pasó brevemente por su nebulosa conciencia; cuando Marco la tocó, perdió el control. Ya no fue capaz de pensar con claridad. El hecho de que fuera o no el amante de su hermanastra pareció perder forma y contenido...

-¿Marco...? -la pregunta susurrada e inacabada pendió en el aire nocturno.

-Déjame entrar, cariño... -la súplica entrecortada salió de su boca de forma irresistible.

Le bajaba las pequeñas braguitas de satén blanco por los muslos; ella jadeó y se contoneó, aferrándose a su cintura e intentando abrirle la camisa, quitarle el cinturón y bajar la cremallera de sus vaqueros con manos temblorosas por encima de una protuberancia tan dura que la lona estaba estirada hasta el límite. La sangre martilleó en sus oídos y Polly cedió, emitiendo una risa levemente histérica cuando él terminó de desnudarse con gesto de impaciencia y quedó encima de ella, delgado, duro y al rojo vivo al tiempo que tanteaba y atacaba su ardor compacto y abierto y acallaba sus gritos de pasión con su boca.

Fue como llegar a casa; sintió una liberación emocional tan honda que soltó lágrimas cuando él la llevó a un clímax violento y estalló en su interior con un grito ahogado de triunfo.

Se derrumbaron juntos sobre la chaqueta arrugada. Polly yació como una muñeca rota; aún respiraba laboriosamente y notaba las manos de Marco en su cabello, acariciándole la espalda al tiempo que la mantenía tan pegada a él como era posible.

Permanecieron así mucho rato. Ella experimentó la abrumadora seguridad de estar en sus brazos. Deseó que esa sensación no terminara jamás...

-¿Tomas la píldora ahora? -preguntó con humor.

-No...

-Bien. No quiero que Ben crezca como hijo único.

Polly se quedó muy quieta. La burlona arrogancia de Marco la había depositado en tierra de golpe. Sintió que el cuerpo se le ponía rígido de cólera. Fue una locura dejar que eso pasara; como si ya no tuviera suficientes pruebas, le acababa de confirmar sus peores temores. Marco no estaba, y nunca había estado, emocionalmente comprometido con ella. La apreciaba sólo como la madre de su hijo, con un cierto sentido de posesión. Mientras que ella, que el cielo la ayudara, se hallaba tan entregada a él que daría cualquier cosa por conseguir su amor.

-A mí tampoco me gustaría que Ben se viera privado de hermanos -soltó con amargura-, pero al menos podrías fingir que tu proposición de matrimonio estaba inspirada por algo más que Ben, un hermanito,

su seguridad y su entorno...

-Tal vez así sea -repuso de forma evasiva-. Pero en este momento, no lo sé, Polly.

-Oh, ¿qué sentido tiene incluso tratar de hablar contigo...?

-Cierto -Marco sonó más controlado; se apartó un poco de ella-. Lo has evitado durante cuatro años. ¿Por qué modificar esa costumbre ahora?

Ella se incorporó con brusquedad y buscó la blusa y los vaqueros, abrumada de repente por la humillación y el enfado consigo, misma. Había vuelto a perder el control con él, sólo porque su más ligero roce encendía algo en ella que no era capaz de apagar.

-Polly, cariño...

-No me llames así -logró vestirse con dedos medio paralizados y que no querían obedecerle.

-Escucha... ha sido culpa mía -Marco se levantó, se abrochó la camisa y se puso los vaqueros con movimientos rápidos y medidos-. No debí bromear con la píldora. Fue de mal gusto. Lo siento.

Ella vio el brillo irónico en sus ojos. Durante un segundo quiso reír, darle una réplica ligera, volver a romper el hielo. Cualquier cosa para recuperar otra vez la breve y embriagadora intimidad que acababan de compartir. Pero sentía las emociones encerradas en su interior. Su entrega a Marco, y su rendición a sus propias necesidades, ahora le parecían un sórdido interludio físico. Se dio la vuelta y terminó de abrocharse los vaqueros.

-Vuelve a la casa -ordenó él en voz baja, agachándose para recoger la chaqueta. Le quitó la hierba y la colocó alrededor de los hombros de ella. Lentamente bajó las manos por sus brazos, estudiando su rostro con una leve expresión de preocupación- Debemos comer algo; con suerte, Angelina estará haciendo la cena.

-No quiero comer nada -logró decir, apartando sus manos; se encaminó hacia el sendero que bajaba por la colina-. Y menos en familia. Estoy cansada; me iré a la cama...

-Debes comer algo. Estás muy delgada.

-¿Acaso crees que vas a cebarme para tener más hijos?

-La conversación es problemática entre tú y yo, Polly, después de hacer el amor.

-Tal vez porque no... tengamos que hacerlo.

-Si eso fuera verdad -dijo tras unos pasos en silencio-, ¿por qué lo disfrutamos tanto?

-Yo no... -comenzó ella con las mejillas encendidas.

-Mentirosa. Sólo te he hecho el amor dos veces. Y en ambas ocasiones tú te mostraste tan salvaje conmigo como yo contigo.

-¡Deja de alardear!

-No alardeo. Fue algo mutuo -casi habían llegado al camino que llevaba a la casa. Él se detuvo y le asió el brazo, girándola para que lo mirara-. Lo creas o no, no tengo por costumbre seducir vírgenes sin usar protección, ni suelo lanzarme sobre mujeres al aire libre para hacerles el amor sobre mi chaqueta. Aunque sólo sea por eso, nos enfrentamos a una seria atracción sexual... Polly, al menos por el bien de Ben, no huyas de mí esta noche. Hemos de aclarar las cosas.

Ella anhelaba confiar en él. Cada célula de su cuerpo lo deseaba. Pero pudo su orgullo.

-Ayer comentaste que no estabas seguro de que pudieras perdonarme por lo que había hecho. ¡Y hace un rato mencionaste que estaría entre rejas! Así que discúlpame si este... cambio de táctica me resulta un poco sospechoso -disfrutó de una breve victoria al notar la confusión en sus ojos.

-Estaba enfadado -repuso al final-. Dije algunas cosas descabelladas. No puedes culparme por ello.

-¿No? Pareces pensar que en esta situación la razón te acompaña. ¿Y qué hay de Sophy y tú? -las palabras salieron con dolor y amargura-. Tú y mi hermanastra habéis sido pareja durante años; ¡no pensaba romper esa relación diciéndote que iba a tener a tu hijo! Así que, no intentes hacer que me sienta como la única culpable. Y no sigas insultándome tratando de convencerme de que no hay nada entre los dos. No estoy ciega. Tampoco soy estúpida. Hasta tu padre puede ver que hay algo...

-Polly, por todos los demonios, sólo se torció un tobillo...

-No había necesidad de que se pegara tanto a ti -el endurecimiento en la mirada de él y el destello de furia no la frenó-. Todo lo que haces así lo demuestra. Fue la persona que automáticamente elegiste para que acompañara a Ben a Italia...

-¡Era la elección evidente!

-Podría haberlo traído Janie. ¡Pero, por supuesto, tú querías a Sophy aquí! Cada vez que la ves te vuelves solícito. Y ella prácticamente te devora con los ojos. Antes ni siquiera te molestaste en ir a ver si Ben se encontraba bien; os quedasteis juntos en el jardín...

-¿Qué demonios crees que estábamos haciendo?

-¡Preferiría no saberlo! -contuvo un temblor de angustia.

-Hablábamos -Marco sonó furioso.

-Lo que tú digas -repuso con sarcasmo-. Perdona si no te creo...

-Dices que adoras a Ben -su voz sonó con un deje de desesperación-. Aunque me consideres un mentiroso, un hombre sin

principios que le haría el amor a tu hermanastra al tiempo que lo hacía contigo, debes ver que mi hijo necesita a su padre...

-¡Es mi hijo!

-Es nuestro hijo.

-Sí. Sí, lo es.

-¿Entramos, Polly?

Ella lo siguió, protegiéndose con su chaqueta. Deseó no tener ganas de volver a llorar.

La cena fue tensa. Sophy, que declaró que su tobillo estaba mucho mejor desde que el doctor que vino del pueblo lo vendó, pudo bajar para unírseles. Se había soltado el pelo, que trillaba como seda dorada en un torrente de rizos hasta su espalda. También había encontrado tiempo para volver a maquillarse. Llevaba un vestido de marca, con un escote pronunciado y que concluía bastante encima de las rodillas.

Junto a ella, Polly se sentía sosa y aburrida.

Se odió por permitir que la confianza en sí misma se resquebrajara con tanta facilidad. Antes de cenar había ido a su cuarto para comprobar que Ben dormía apaciblemente. Luego se había duchado, consciente de la íntima y pegajosa secuela del acto amoroso, de la leve sensibilidad en sus glúteos y espalda, donde permitió ser aplastada contra la dureza de la tierra mientras se retorcía en desinhibido éxtasis, ajena a todo menos a Marco...

Se cepilló el pelo, se puso el vestido de algodón y encontró ropa interior limpia; se pintó un poco los labios y se aplicó algo de colorete. Al menos no parecía tan pálida como antes.

Angelina y Ruth habían preparado el plato que en una ocasión Marco prometió hacer, sólo para ellos dos, antes de que comenzara esa pesadilla. Era una deliciosa mezcla de escalopines con setas y vino tinto, servida con patatas cocidas, zanahorias frescas y brécol. Era tan bueno que, a pesar de todo, Polly sintió que le volvía el apetito.

Al verla comer, Tino le sirvió con gesto de aprobación una enorme copa de vino tinto e insistió en que repitiera. Ruth le sirvió más verdura y salsa. Polly comenzó a sentirse como una inválida en fase de recuperación.

-Una buena comida, buen vino y un buen reposo -comentó Tino con jovialidad, mirando alrededor de la mesa para ver si alguien se atrevía a contradecirlo-. En mi opinión, ésa es la cura para casi todos los males.

-Si fuera tan sencillo... -musitó Marco.

-¿Hay que felicitarte, Pollyanna? -el sarcasmo de Sophy, expresado en el silencio que siguió a las palabras de Marco, hizo que todo el mundo dejara de comer y las mirara a las dos.

-Ahora no, Sophy... -advirtió Marco.

-Oh, querido, ¿he dicho algo fuera de lugar? -insistió ella, bebiendo el vino con lentitud al tiempo que estudiaba los rostros que la rodeaban.

-Déjalo, Sophy -aconsejó Marco con voz dura.

-Pero Tino ha dicho que has pedido a Polly en matrimonio. Hace unas horas, en el salón... -Sophy se encogió de hombros, cruzando el cuchillo y el tenedor sobre su plato vacío-. Ahora que el secreto se ha descubierto. Me refiero a Ben.

-Lamento desilusionarte en tu simplista visión de las cosas, Sophy -intervino Polly con serenidad-. Pero hay algo más. Ni Marco ni yo... estamos libres para entregarnos a ese matrimonio...

-¡Qué gran verdad! Pero, desde luego, en este momento, ambos tendréis en mente a Ben, ¿no? -continuó Sophy, impertérrita-. Haréis el sacrificio definitivo por él. He conocido parejas que se han casado por el bien de un niño...

Polly observó a su hermanastra con furiosa incredulidad. La inocencia en sus ojos se contradecía con la sonrisa vengativa que exhibía. Ruth se concentraba en su plato. Tino bebía despacio el vino, perdido en sus profundidades como si contuviera algo de sumo interés.

-Polly y yo tenemos mucho de que hablar -intervino Marco-. Ya se nos ocurrirá algo. Entre los dos.

-Bueno, espero que tengas la bendición de papá -continuó Sophy con dulzura, ignorando el mensaje en el tono de Marco-. El otro día comentaba que sería agradable que una nueva generación pudiera sanar la enemistad de la familia con un matrimonio. No obstante, casarte con alguien a quien no amas es un precio muy elevado, ¿no estáis de acuerdo?

-¡Por el amor de Dios, Sophy! -estalló Marco con el rostro tenso por la irritación-. ¿Quieres dejar de agitar las cosas?

-¿Agitar? -Sophy fue toda inocencia-. Qué encantador. Solo intentaba ofrecer ayuda y consejos prácticos...

Marco alargó la mano despacio y la apoyó en la de Polly; el contacto envió mil voltios por el sistema nervioso de ella. Trató de retirarla, pero él apretó los dedos, atrapándola. Fue consciente de que si Marco no la inmovilizara, ya habría subido corriendo las escaleras. Pero fue él quien se levantó, echando atrás la silla con violencia controlada, y puso de pie a Polly.

-Perdonadnos, ¿queréis? -observó con mirada fría a todos los presentes, luego clavó los ojos en Tino y añadió con firmeza-: Es demasiado tarde, pero, ¿te importaría llevar a Sophy a tu casa por la

mañana? Polly y yo necesitamos pasar algún tiempo a solas.

-Si, si. *Va bene*...

-Marco, eso no es muy amable... -la cremosa tez de Sophy mostró un círculo rojo en cada mejilla.

-Tal vez ahora no tenga tiempo para ser amable -espetó.

-Sí, bueno, puedo comprender que tengas otras cosas en la cabeza, querido, pero después de todas las molestias que me he tomado por ti...

Polly ya había soportado bastante. Intentó soltarse de Marco, pero él sostenía su mano en un apretón férreo, y lo intensificó más para mantenerla a su lado.

-No despidas a Sophy por mi culpa -dijo con frialdad-. Lo único que necesito es que me envíen mi billete de regreso, y Ben y yo partiremos en el primer avión a Heatrow...

Ruth se había levantado para recoger los platos con expresión angustiada en la cara. Tino la siguió.

Sólo Sophy permanecía sentada contemplando la batalla, los ojos violetas resplandeciendo con malicia.

-Esa sería una decisión inteligente -indicó con suavidad.

-¡Basta! -el gruñido de Marco fue ominoso-. Vamos, Polly...

La arrastró fuera del comedor, por el vestíbulo y entró en el estudio. La obligó a ocupar uno de los sillones que daban al jardín y se sentó frente a ella con ojos centelleantes.

-¿Vas a dejar que te saque de tus casillas? -demandó sin apartar los ojos de su rostro pálido-. Pues es lo que intenta hacer. Demonios, sabía que no os llevabais bien, pero no que llegara a tanto...

-¿Sabías que no nos llevábamos bien? ¿Cómo? ¿Gracias a alguna de tus charlas íntimas con mi hermanastra?

-No utilices eso en mi contra. Fuiste tú quien me evitó todos estos años.

-¡Por motivos que deberían ser cada vez más claros para ti! Por el amor del cielo, Marco, Sophy tiene razón. No me amas, y... ¡yo no te amo! Es evidente que deberías casarte con ella...

-No hay duda en cuanto a eso -repuso-. Si hubiera querido casarme con Sophy, lo habría hecho hace años. Te quiero a ti, Polly.

-Quieres decir a Ben. ¡Sé sincero! Quieres a Ben...

-A los dos -anunció con suavidad y mirada intensa-. A ti y a Ben. Os quiero a los dos... -lo miró sin poder hablar. La escena del comedor había sido demasiado humillante. No soportaba escuchar la justificación de sus motivos, que intentara convencerla...-. Escúchame, Polly. Quizá no me amas, pero arreglaremos el lío en el que estamos metidos. Formaremos una familia para Ben. Tú y yo. Si no, será él

quien sufra… -su voz ronca tenía una persuasión poderosa que a ella le resultó difícil ignorar-. Le faltará estabilidad; crecerá preguntándose por qué su padre no lo quería; padecerá todas las desventajas de una pareja rota -se adelantó y apoyó los codos en las rodillas, con tal convicción en los ojos que la desconcertó-. No es eso lo que quiero para mi hijo. ¿Es lo que tú quieres?

Capítulo 6

-¡Sabes perfectamente que no! -exclamó tras reforzar sus destrozadas defensas-. Pero si no puedes ver mis motivos para guardar en secreto la existencia de Ben, y si tampoco eres capaz de entender que nuestro matrimonio sería un desastre que sólo heriría más a Ben que la presente situación, entonces eres más obtuso y arrogante que lo que pensé...

Calló de repente y lo miró fijamente. Con horrorizada comprensión se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Al rechazar la proposición de matrimonio de Marco, no protegía los intereses de Ben. Intentaba protegerse a sí misma.

Porque Marco sería un padre estupendo. Si alguna vez de verdad albergó dudas al respecto, lo único que tenía que hacer era recordar la intensa emoción cuando vio a su hijo por primera vez, pensar en la forma fácil y natural con que había empezado a ganarse la confianza del pequeño, ayudando a bañarlo y leyéndole cuentos en la cama. Recordó su gentileza, su paciencia y su buen humor con su sobrina de tres años, Rosa, durante aquel viaje a Sicilia.

Y Ben, al ser tan directo e inteligente, se hallaba en la edad en que había empezado a hacer preguntas y exigir respuestas sobre quién era y dónde estaba su padre. Ahora que lo había encontrado, nunca le perdonaría que volviera a privarlo de él...

«Estaba siendo egoísta. Tenía miedo de que le hicieran daño otra vez», reconoció con consternación.

-Me preguntaba cuánto tardaríamos en llegar a este punto -decía Marco con cinismo.

-¿Qué punto?

-En el que empezaríamos a insultarnos -se levantó, se dirigió al bar y sirvió dos brandies en copas grandes de cristal. Regresó a su lado y le pasó una. Al mirarla tenía los ojos fríos.

-¿Cómo esperabas que reaccionara? -se defendió ella-. ¿De verdad creíste que tu... pobre esfuerzo para que nos casáramos me haría feliz?

-Tranquilízate. No se te ofrece un trato tan malo -se plantó ante el ventanal y le dio la espalda-. Tienes razón en una cosa -añadió-. No estoy «libre». Todo lo contrario. Y tú igual. Pero un montón de mujeres vería esta situación como algo favorable y la aprovecharía. No lucharás sola para educar a Ben. No te faltará dinero, ni comida ni ropa... todas las necesidades de la vida. En cuanto al sexo... -hizo una pausa, bebió un trago de brandy y la miró con ojos entrecerrados por encima del hombro-. No me cabe ninguna duda de que podremos alcanzar un acuerdo.

Polly sintió una tristeza desoladora. Acababa de reconocer que

tenía otra relación. Que amaba a Sophy, pero se sentía obligado a hacer lo correcto por Ben.

-En cualquier caso, olvida la última parte -indicó con amargura-. Lo de esta noche fue algo aislado.

-¿Por los viejos tiempos?

-Si lo prefieres así.

-No puedo imaginarnos casados llevando vidas de abstinencia. Aunque tal vez tú prefieras verte en el papel del cordero sacrificado. ¿Odiarás cada minuto del acto pero cumplirás con tu deber, te echarás de espalda y pensarás en Inglaterra?

Estaba tan enfadada que le resultaba difícil articular palabra. La idea de casarse con Marco era algo que no se atrevía a contemplar, porque despertaba emociones demasiado confusas y conflictivas... la más fuerte de ellas su estúpido anhelo, en contra de todo sentido común, de estar junto a él, sentirse segura en su pasión secreta, formar el tipo de familia idílica con la que había soñado para ella y Ben...

-¿Realmente piensas -consiguió preguntar- que si nos casáramos dormiría contigo, a sabiendas de que estabas teniendo una relación con mi hermanastra al mismo tiempo...?

-¡Basta, Polly, es suficiente! -giró para mirarla y estuvo a punto de derramar el brandy-. Es evidente que la opinión que tienes de mí no podría ser más baja. No esperes que me moleste en volver a negarlo todo. No tiene sentido defenderme ante alguien que no desea oír.

-¡Qué cómodo! -depositó la copa con fuerza sobre la mesita y cerró los puños a los costados-. Nunca disculparse, nunca dar explicaciones. ¿Será tu lema a partir de ahora?

-Si tuviera algo de lo que disculparme, lo haría.

Se miraban en amargo silencio cuando sonó el teléfono. Marco contestó. Habló en italiano, luego brevemente en inglés y alargó el auricular.

-Es para ti. Jane Chartwell.

Polly se levantó de un salto y asió el auricular con mano insegura.

-¿Janie?

-¡Polly, querida! ¿Va todo bien? ¿Ben llegó sin contratiempos?

-Todo está bien... -miró adrede a Marco, quien enarcó una ceja y luego se marchó del estudio, cerrando la puerta con fuerza a su espalda.

-¿Poli? ¿Estás ahí?

-Sí, estoy aquí. Lo siento... sólo aguardaba tener un poco de privacidad. Oh, Janie. ¡Me alegra tanto oír tu voz! -tuvo que respirar hondo para controlar el estúpido deseo de prorrumpir en sollozos.

-Pensé en llamarte para ver cómo estabais. Pareces un poco

agitada. ¿Seguro que todo va bien?
-En realidad, no.
-¿Quieres hablar de ello?
-Marco insiste en que me case con él -dijo tras suspirar.
-¿Y...? Es el padre de Ben, ¿no? ¿Lo estás pensando?
-No... No lo sé... ¡No puedo casarme con él, Janie! Él es... -tragó saliva y se aclaró la garganta-. Oh, Dios, lo siento. No puedo hablar...
-¡No puedes dejarme en ascuas de esta manera! -exclamó Janie-. ¿Es qué? ¿Un sádico? ¿Un asesino en serie? ¿Un mañoso?
-Para -Polly tuvo ganas de reír a pesar del intenso deseo de lloran-. Por favor, Janie. No es nada de esas cosas. Simplemente no puedo casarme con él, eso es todo...
-¡No pienso colgar hasta que me digas qué sucede!
-Sophy y él han mantenido una relación durante años. Ésa es la razón por la que no podía revelarle la existencia de Ben. Ahora insiste en que nos casemos y le demos a Ben una familia estable. Pero es evidente que entre ellos sigue habiendo algo...
-Polly, querida... -su amiga sonó muy conmocionada-. Lo siento tanto. No debí bromear al respecto...
-Quizá ese es el único modo de sobrellevarlo -indicó con voz apagada-, como si se tratara de una broma. Si no fuera por lo entusiasmado que está Ben al descubrir a su padre, y el derecho que tiene Marco de llegar a conocerlo, me reiría como una histérica ante su proposición.
-¿Qué vas a hacer?
-¡No lo sé! Lo que quiero y lo que debería hacer son dos cosas distintas... -apretó el auricular-. Todos estos años me he convencido de que hacía lo correcto, pero ahora...
-¿Ahora lo has visto desde la perspectiva de Ben, y él quiere a su padre?
-Sí... y Marco es maravilloso con él.
-Cariño, ¿quieres que vaya?
-¡Cielos, no! ¡Este sitio ya está abarrotado! Están los padres de Marco, y Sophy, por supuesto...
-¿Agitando el ambiente? -el tono irónico en la voz de Janie hizo que Polly sonriera un poco.
-Desde luego... aunque debe ser muy difícil para ella...
-Marco también tiene derechos, Poli. Como padre de Ben. No lo olvides.
-Lo sé... sólo me opongo a que me intimiden, eso es todo...
-Dale tiempo a las cosas para que se calmen -aconsejó Janie-. No tomes ninguna decisión apresurada. Cariño, debo colgar. Mi querido

esposo acaba de llegar y necesita el teléfono para una urgencia médica. Llámame más tarde, ¿de acuerdo?

-Lo haré. Gracias, Janie. Me siento mejor sólo por haber oído tu voz...

-Cuídate...

Polly colgó y se quedó mirando el teléfono un buen rato. Cuando la puerta se abrió a su espalda, se sobresaltó.

-¿Has terminado? -el rostro de Marco estaba inexpresivo.

-¿Escuchabas detrás de la puerta?

-Por supuesto -le lanzó una mirada gélida-. Es el tipo de comportamiento que esperas de mí, ¿no?

-¡No descartaría nada!

Marco musitó un juramento. Entonces, bruscamente, le aferró los brazos y la pegó a su cuerpo. Ella permaneció rígida en su abrazo, aplastada contra su pecho.

-Vamos -dijo con voz tensa.-. Debes irte a la cama -ella alzó el rostro-. Conmigo no. Pareces extenuada. Lo que te hace falta es un baño caliente y un buen reposo.

La condujo con suavidad y firmeza escaleras arriba. La tenue luz que dejaron encendida para Ben le proporcionó suficiente luz para moverse; fue a cerrar la puerta, pero Marco no la soltó.

-¿Tienes todo lo que necesitas? -preguntó en voz baja-. ¿Quieres una taza de chocolate caliente para que te ayude a dormir?

-No, gracias. Buenas noches.

Lentamente le soltó el brazo. Ello lo miró unos segundos y luego empezó a cerrar la puerta.

-Espera...

-¡Marco, por el amor del cielo...! -susurró con furia.

-Quiero echarle un vistazo a Ben.

Ella se apartó y él se acercó al niño dormido. Observó al pequeño con suma concentración; Polly casi pudo adivinar qué pensaba. Su hijo. Su carne. Su reflejo.

-Es sorprendente -susurró él.

-Sí. Lo sé.

-He de recuperar el tiempo perdido -la miró-. Lo entiendes, ¿verdad? No me dejes fuera, Polly...

Se contemplaron fijamente. Ella sintió como una corriente invisible de electricidad. Cuando Marco se acercó y la rodeó con los brazos, no fue capaz de encontrar la fuerza de voluntad para luchar contra sus propios instintos. Era como una fuerza irresistible en la que su alma tomaba el mando y se abría a él. Involuntariamente se aferró a su cuerpo. Cerró los ojos cuando Marco buscó sus labios. Sabía a brandy,

y el modo en que la besó fue una transfusión de alcohol puro a su sangre, algo embriagador y estimulante.

Sus manos se deslizaron de forma posesiva por su espalda, pegándolos de tal manera que ella sintió el muro de su torso, la lisura de su abdomen, la creciente dureza en su entrepierna. Jadeó con el pulso desbocado y el habitual derretimiento de huesos que experimentaba con él. Quiso quedarse para siempre en sus brazos. Deseó que ese ridículo purgatorio de gozo no se acabara nunca.

-Podemos hacer que funcione -comentó él con voz entrecortada-. Debemos; es demasiado importante para mí. Quiero casarme contigo, Polly. No tengo nada con Sophy. ¿Me crees? Jamás la he amado...

-Oh... pero dijiste... -su susurro se quebró, pero de repente el corazón le latió con optimismo... No se atrevía a creerlo, aunque no pudo evitar albergar esperanzas. Durante un instante creyó que él la amaba, que todo se podría arreglar, que serían felices...

-Será mejor que deje que te vayas a la cama -gimió él-. Si me quedo un segundo más, no seré responsable de lo que pase...

Ella contuvo el impulso de suplicarle que se quedara, de que se echaran juntos y que la abrazara. Marco la soltó, con el rostro marcado por el deseo.

-Podríamos despertar a Ben -murmuró ella, como si quisiera convencerlos a los dos.

-Necesitas dormir -se inclinó para besarle de nuevo los labios ardientes-. Te veré por la mañana. Entonces hablaremos... -volvió a mirar unos segundos a su hijo, dio media vuelta y se marchó.

Polly durmió muy mal. Se sintió acalorada e inquieta, confusa por el conflicto que bullía en su interior. Tal vez, por algún milagro, Marco la amaba. O quizá no, pero la deseaba y quería que su relación funcionara. Aunque únicamente fuera por el bien de Ben, era un comienzo.

Pero en la oscuridad de su cuarto tuvo que reconocer que ella lo amaba. Profunda y completamente, sin importar qué le hubiera hecho o cómo la hubiera engañado. Y ese amor que sentía por él, ese secreto que había guardado tantos años, era tan hondo y abrasador que podía bastar para los dos.

Algunos matrimonios se basaban en cimientos más frágiles...

Logró dormir un poco y por dos veces abrió los ojos al oír musitar a Ben, aunque no se despertó.

La tercera vez que los abrió fue por un leve sonido procedente del pasillo. Al oírlo otra vez se sentó, preguntándose si alguien llamaba a su puerta. Entonces se dio cuenta de que llamaban a otra puerta, y la voz que le llegó fue la de Sophy, pronunciando el nombre de Marco.

Como una estatua, escuchó un murmullo de voces. Con piernas temblorosas y el corazón que se le salía del pecho, salió de la cama y entreabrió su puerta.

Justo a tiempo vio a Sophy desaparecer en el dormitorio de Marco.

Como una sonámbula, se dirigió al cuarto de baño. Temblando sin control, se quitó el camisón y se metió en la ducha, abrió el grifo y permaneció bajo el tranquilizador chorro de agua templada. En ese momento unos sollozos silenciosos sacudieron su cuerpo. En cuanto empezó, no fue capaz de parar.

Lloró con furia y amargura hasta que le dolió el pecho, los ojos se le hincharon y la cabeza le palpitó. Cuando al fin salió de la ducha, había amanecido. Se dejó caer en la cama y se sumió en un sueño exhausto.

Soñó con Marco y Ben. Jugaban juntos en una amplia playa desierta. Marco le lanzaba muy despacio una pelota a Ben, y éste la perseguía e intentaba devolvérsela con una patada, fallando. Tras fracasar en numerosos intentos, se irritó, se sentó en la arena y empezó a llorar. La llamaba a ella. «Quiero a mi mamá», pero luego cambió a «Quiero a mi papá». Las palabras sonaron una y otra vez como un mantra. Marco lo alzó en brazos y Ben dejó de llorar; lo abrazó y rió...

-¿Quieres decir «Hola, papá» en italiano?

-Sí.

-*Ciao, pappa*.

-*Chow, pappa*.

-*Si, va bene. Ciao, Papá. ¡Molto bene*! -padre e hijo se miraron e intercambiaron idénticas sonrisas.

-¿*Molto bene*? ¿Qué es eso?

-Muy bien. Tu italiano es muy bueno.

Polly abrió los ojos. Las voces de su sueño eran reales. La conversación tenía lugar en el dormitorio. Marco estaba sentado en el suelo junto a la cama de Ben, con el pelo mojado aún por la ducha. Ben se hallaba sentado en la cama con el pijama puesto.

-¡Mami se ha despertado! -señaló, feliz. Saltó de la cama y se subió a la de ella-. Mami, papá está aquí. Ahora va a quedarse siempre con nosotros...

-Buenos días -saludó Marco-. ¿Has dormido bien?

Polly sacó un brazo de debajo de las sábanas y se pasó la mano por el pelo.

-¿Qué haces aquí? -preguntó.

-Eso no es muy amable. Te he traído una taza de té -señaló la mesita junto a la cama-. Con leche y sin azúcar. ¿Es así?

-Sí, gracias...

-Papá me trajo una taza de leche con cacao -Ben indicó un vaso rojo casi vacío-. Me va a enseñar a nadar. Tómate el té, mami.

-Si dejas de dar saltos, lo haré -lo agarró y lo besó. Se incorporó y, demasiado tarde, recordó que no había vuelto a ponerse el camisón. Levantó el edredón para cubrirse los pechos, pero no antes de que Marco hubiera visto que estaba desnuda. Evitó sus ojos.

-Ben, ¿quieres ir al cuarto de baño a traerme el camisón?

-¿No lo llevas puesto? -su hijo la miró, sorprendido.

-No...

-¿Por qué? Siempre lo llevas...

-Ben... -el rostro de su hijo expresaba inocencia, pero ella sintió que se ponía colorada.

-Quizá mamá tuvo calor por la noche -sugirió Marco. Se había levantado e ido al baño. Esbozaba una sonrisa. Salió agitando en el aire el camisón corto y sin mangas-. ¿Es éste?

-Sí -apretó los dientes-. Si me lo das, por favor...

-Es una mañana calurosa. ¿Seguro que lo necesitas?

-¡Marco, dámelo, por favor...!

-Mami no lleva nada puesto -intervino Ben con seriedad. Alzó el borde del edredón e investigó para cerciorarse de que era verdad-. En casa no se pone nada.

-La gente lo hace... -confirmó Marco. Se acercó a la cama con el camisón fuera del alcance de ella. Sus ojos se concentraron en sus hombros desnudos y en la parte de los pechos que sobresalía por encima del edredón-. Estoy seguro de que tu mami está muy guapa sin ropa.

-Louisa me ha dicho que su papá y su mamá están desnudos todo el tiempo...

Louisa era una amiga de la guardería, un año mayor que Ben e igual de precoz.

-Tengo entendido que es muy normal -corroboró Marco, sentándose en la cama-. Las mamas y los papas tienen la costumbre de hacerlo.

-Marco, de verdad me gustaría que me dieras el camisón, por favor -el deseo de golpearlo se hacía más fuerte. Nunca antes se había sentido más vulnerable, desnuda y atrapada bajo el edredón mientras él se dedicaba a jugar después de haber pasado la noche en brazos de Sophy...

-Lo siento -se lo pasó con una sonrisa-. Debe ser por la compañía de mi hijo; me estoy comportando como un colegial.

-¿Sí? No es el término que usaría yo para describir tu conducta.

-¿No? -la observó con ojos especulativos.

-Las connotaciones son demasiado inocentes.

-Veo que no has dormido bien.

-¿Qué te hace decir eso?

-¿Tu malhumor? -sugirió-. ¿O tienes por costumbre irte a la cama con un estado de ánimo y despertarte con otro completamente distinto?

-¿No nos pasa a todos? ¿Podrías salir de mi cuarto ahora? Debo ducharme y vestirme.

-¿No crees que es el momento adecuado para que Ben aprenda algunos hechos de la vida?

-¡No!

-De acuerdo, me voy. Hasta luego.

-Hasta luego -repitió Ben con expresión nostálgica al ver a Marco dirigirse hacia la puerta.

-No olvides que iremos a nadar -dijo Marco.

-Claro que no -afirmó con importancia-. Mami, ¿cuáles son esos hechos de la vida?

-Quiero saber cómo fue.

La petición de Marco hizo que Polly girara lentamente la cabeza. Estaban sentados bajo el cálido sol en el borde de la piscina rodeada de viñedos y maizales. Marco había insistido en que fueran en familia, llevando todos los ingredientes necesarios para un picnic relajado. En una pequeña caseta se guardaban tumbonas rayadas y una sombrilla para la mesa de madera. Entre los olivos había estatuas de ninfas desnudas y hombres bien dotados. Marco había traído una pequeña nevera con bebidas y copas y una cesta con queso, pan y fruta.

Polly había considerado que era mejor que Ben jugara primero antes de recibir las clases de natación. Feliz, chapoteaba en el agua con unos flotadores en los brazos. Los tres estaban solos. Fiel a su palabra, después del desayuno, Marco había enviado a Sophy a la casa de sus padres, siendo Angelina la única que se quedó.

Polly se esforzaba por mantener una máscara de serenidad, para ocultar la furia y la impotencia de estar a solas con Marco después de lo visto la noche anterior. Por el bien de Ben, debía mantener una apariencia de normalidad...

-¿Cómo fue qué?

-Estar embarazada. Tener a mi hijo. Dar a luz -el tono ronco de su voz recalcó la intensidad de las preguntas-. Las cosas que debí conocer.

-Si quieres saber cómo es un embarazo, pregúntaselo a Marietta -

repuso con frialdad, y dio un sorbo del zumo de naranja.

-¿Estuviste bien durante el embarazo? -hizo caso omiso de su contestación, del mismo modo que pasó por alto su actitud fría durante toda la mañana.

-Si quieres conocer todos los detalles escabrosos, te decepcionaré. Tuve un embarazo normal. Tomé las vitaminas y las pastillas de ácido fólico, fui a las clases de parto con Janie como ayuda, estuve de parto durante veinticuatro horas y Ben salió con la intervención de los fórceps porque venía de costado. Por fortuna, su cerebro no se dañó, como ya has podido comprobar tú mismo... Marco, tenemos que hablar...

-Estamos hablando. Polly... cariño, no puedo creer que eligieras pasar por todo eso sola. Si me lo hubieras contado; habría estado contigo... -el murmullo sonó dolido-. ¿Cómo lo conseguiste después? Debió ser duro...

Ella se pertrechó para no sucumbir a la ilusión de que le importaba, de que milagrosamente sentía el mismo amor devastador que siempre había experimentado por él. Tragó saliva, contempló a Ben en la piscina y pensó en el desafío de esos primeros meses de cuidar de su hijo, de ver a otras madres en su envidiable entorno familiar, en compañía de sus amantes maridos.

Su padre había sido amable y le había brindado apoyo; y Mary, la casera, había sido maravillosa, pero jamás conseguiría desterrar el recuerdo de las noches de llanto en que anheló decírselo a Marco, sabiendo que con ello destrozaría a Sophy y dividiría a la familia. Casi toda la breve vida de Ben la pasó desgarrada entre su amor por él y la lealtad hacia su hermanastra.

-No me refiero a hablar del pasado, del embarazo y el parto -explicó con brusquedad-. Quiero hablar del hoy, de ti y de mí, de Ben...

-Polly, me excluiste de todo excepto de la concepción de mi hijo. ¿No crees que tengo un derecho retroactivo de saber cómo te fueron las cosas?

-De acuerdo, fue duro, pero tuve suerte. En cuanto vi a mi bebé, lo quise tanto que no hay nada que no hiciera para protegerlo. ¿Lo entiendes? -dijo en voz baja con los dientes apretados.

Durante unos momentos reinó el silencio. Se volvió para mirarlo. Bebía agua con gesto reflexivo.

-¿Y sentiste que debías protegerlo de mí?

-Yo... sí. En ese momento pensé que tenía todos los motivos para creer que tú estarías... incómodo con la situación. De verdad, creía que mantenías una relación con Sophy y que la responsabilidad de ser

el padre de mi hijo, tras una concepción no deseada, sería lo último que querrías. En esas circunstancias -continuó-, pensé que los primeros meses de Ben serían mejores con una madre que lo amaba más que a nada en el mundo que en el entorno tenso que imaginé que habría si te revelaba su existencia... Oh, Dios, Marco, ya hemos pasado por todo esto... ¿no puedes ver por qué no quiero casarme contigo ahora?

-No tienes elección -repuso inexpresivamente.

-¡Claro que la tengo! -exclamó con un susurro fiero. La escena de la noche anterior estaba marcada en su cerebro, confiriéndole un rígido orgullo-. No puedes forzarme a casarme contigo. Tampoco puedes chantajearme emocionalmente. Si deseas un acceso regular a Ben, estoy dispuesta a concedértelo. Pero voy a regresar a Inglaterra, y Ben se viene conmigo. Si lo deseas, puedes visitarlo.

La mirada que le echó hizo que el corazón le diera un vuelco.

-Ben se queda aquí. Y tú también. Ya te lo he dicho, no hay nada que discutir, Polly. Nos vamos a casar.

-No...

-He solicitado una orden del tribunal para impedir que te lleves a Ben de Italia.

-¿Qué has hecho...? -de repente se sintió sin aire.

-También tengo tu pasaporte bien guardado, como garantía adicional. Y he hablado con tu padre, que está encantado con que nos casemos; parece que la situación lleva tiempo perturbándolo. Sospechaba quién era el padre de Ben. Como ves, no tiene sentido discutir. Perdiste tu derecho a la independencia cuando tuviste a mi hijo y me lo ocultaste.

La sosegada afirmación la dejó sin habla. ¿Tenía su pasaporte?

-¿Hay algo más de lo que desees hablar? -prosiguió él cuando el silencio se prolongó-. ¿Quieres que sugiera un tema? Me gustaría que me contaras la relación que tienes con Paul.

-¿Paul? -preguntó distraída-. Él y yo tenemos... tenemos un pacto...

-Suéltalo.

-Marco, vuelves a exhibir tu complejo de poder -Polly se levantó, demasiado tensa para continuar la lucha. Ben estaba de espaldas en el agua, pataleando y agitando los brazos mientras avanzaba de forma errática de un extremo a otro de la piscina-. Espero que el agua no sea tan poco higiénica como aparenta. No quiero que Ben sufra una infección de oído.

-La cambié hace dos semanas. Tiene un sustituto del cloro, más seguro y menos oloroso -indicó Marco, seco.

-¡Mírame, mamá! ¡Ya nado! ¡Mírame!

-Lo haces muy bien, Ben -dijo con entusiasmo-. Pronto nadarás sin

los flotadores...

-Le encanta el agua -Marco apareció a su lado. Se había quedado en un bañador azul oscuro. Le pasó un brazo por los hombros y observó su camiseta y pantalones cortos-. Debes tener calor. ¿Por qué no compruebas si el bikini de Marietta te sienta bien?

Había sacado un bikini que su hermana dejó en una percha en la caseta. Era una creación muy escueta y exótica en lycra blanca.

-Estoy bien. Os miraré...

-Como quieras.

Marco se dirigió al borde hondo de la piscina y se quedó allí unos segundos, listo para zambullirse. Polly lo contempló con la garganta seca. Por dos veces había compartido con él la situación más íntima que existía, pero en ninguna ocasión había tenido la oportunidad de observar desde una distancia segura la plena gloria masculina de su físico; en ese momento no pudo apartar la vista, hipnotizada por su piel cetrina, el pelo negro, los hombros anchos y la cintura estrecha.

El giró la cabeza antes de tirarse de cabeza. Ella supo que la había visto mirándolo. Cruzó los brazos en furiosa negación.

-Enséñame a hacer eso -Ben tenía los ojos muy abiertos de admiración y chapoteaba con impaciencia-. Mami, ven al agua. ¡Ven, ven...!

-Ven -repitió Marco con una sonrisa-. Es relajante. Te sentará bien.

-Por favor, mami...

Maldijo interiormente, dio media vuelta y se dirigió a la caseta. Se quitó la camiseta y los pantalones y se puso el bikini. No había espejo para poder comprobar cómo le quedaba, pero al bajar la vista supo que la escasa prenda revelaba mucho más que lo que ella habría querido. La parte superior estaba un poco acolchada y unía sus pechos pequeños y erguidos, dándole un canalillo desconocido y sexy, y la parte inferior era muy elevada y dejaba al descubierto gran parte de sus glúteos.

Respiró hondo y salió. Con la barbilla erguida se acercó hasta el borde de la piscina. Un silbido bajo y provocador hizo que cerrara los puños.

-*Bellísima* -Marco sonreía-. Tu mami es muy hermosa, Ben.

Ruborizada, Polly se metió en el agua y se sumergió para refrescar su ardiente piel. Al emerger, apartándose el pelo de la cara, se encontró cara a cara con Marco. Ben se había subido a los hombros de éste y reía y movía los brazos como si fueran alas. Marco lo alzó en el aire y el pequeño colgó dando gritos de placer.

-No voy a llamarte Marco como lo hace mamá; te voy a llamar papá todo el tiempo -rió mientras se retorcía como una anguila-.

Siempre he querido un papá para mí...

Polly contuvo el aliento y sintió un nudo en el estómago. Supo qué tenía que hacer, y ello a pesar de su orgullo y de la profunda desconfianza que le inspiraban los motivos de Marco. Ben merecía la oportunidad de crecer con un padre y una madre. Ver a padre e hijo juntos y felices, desniveló la balanza; amaba demasiado a Ben como para privarlo de eso. Y amaba a Marco, aunque fuera el amor más inexplicable que jamás existió...

-Louisa dijo que no sabía por qué yo no tenía un papá... -continuó Ben-. Dijo que debí perderlo...

-Ahora tienes uno -Marco le sonrió con tanto afecto que Polly se emocionó-. Puedes decirle a tu amiga Louisa que lo habías perdido un tiempo y que lo has encontrado. ¿De acuerdo? ¿*Va bene*?

-¡De acuerdo! ¡*Va benny*! El papá de Louisa es como tú. Él también dice que mi mamá es hermosa -añadió Ben con inocencia cuando Marco volvió a bajarlo al agua.

-¿El padre de Louisa? -la sonrisa se desvaneció del rostro de Marco. Soltó a Ben y vio cómo se alejaba chapoteando-. ¿Ese es otro motivo por el que no estás libre para casarte conmigo?

-El papá de Louisa está casado con la mamá de Louisa -indicó Polly-. Mi trato con él se reduce a encontrarnos en la tienda del pueblo -informó con frío sarcasmo-. Pero piensa lo que quieras. Ya no me importa...

-Polly...

-En realidad, el padre de Louisa me recuerda a ti -añadió con ironía-. No podría ser fiel a una mujer aunque en ello le fuera la vida.

-Perdona si parezco un poco confundido. Anoche me dio la impresión de que podías estar más cálidamente dispuesta hacia mí. Esta mañana, de momento, no has dejado de tratarme como si fuera lo más bajo del mundo. ¿A qué se debe, Polly?

Ella lo miró con incredulidad. Si la noche anterior no se hubiera despertado y visto su encuentro con Sophy con sus propios ojos, le costaría no ceder.

-Eres un actor brillante, Marco. Dicen que los abogados y los actores tienen mucho en común -no pudo evitar el tono de desagrado mientras contenía las lágrimas-. Ayer por la noche, Sophy entró en tu dormitorio. Después... oh, Dios, después de que me aseguraras que no tenías nada que ver con ella...

-Polly, aguarda un minuto... -el rostro se le tensó.

-¡Por favor! ¡Basta de mentiras! Ya no me interesa, Marco.

-¿Qué quieres decir? -preguntó con contenida vehemencia-. ¿Qué he sido juzgado y condenado sin tener derecho a defenderme?

-Digo que ya no me interesa lo que hagas.

-Polly...

-Pero ya no me opondré más a ti -expresó-. Me casaré contigo.

Reinó un silencio súbito. El único sonido que irrumpía en su irrealidad era el chapoteo de Ben.

-¿Lo harás? -preguntó despacio-. ¿Te casarás conmigo?

Ella lo miró fijamente, atontada por la enormidad de su decisión, pero sabiendo que su corazón había podido con su cerebro.

-Por Ben. Sí, lo haré. Tenías razón. No me queda otra elección -se enfrentó a su inescrutable mirada con lágrimas en los ojos.

-¿Sólo por Ben...? -Marco la estudió.

-Sí, sólo por Ben. Él te necesita; necesita una familia. Ahora comprendo que lo que todos estos años consideré lo correcto no lo era. He privado a Ben de su padre y a ti de tu hijo, y debo solucionarlo...

-Polly, cariño...

La voz ronca de Marco hizo que el corazón le diera un vuelco, pero se aferró a su orgullo. Si se delataba, si él se enteraba de que lo amaba, moriría de humillación...

-Es correcto que Ben conozca a su padre, pero con una condición... no... no te acerques a mí cuando estemos solos.

-Polly, cariño...

-Hablo en serio -repuso con voz temblorosa y la barbilla alzada-. No volveré a dormir contigo, Marco. Jamás.

Capítulo 7

La boda de Polly Hamilton y Marco Daretta fue, en opinión de ella, un acontecimiento innecesariamente prolongado y pródigo.

Se plantó ante el altar con un vestido de seda color crema, sin mangas, con un círculo de rosas claras alrededor del pelo recogido, pensando que para alguien que era renuente a casarse, resultaba, de hecho, la tercera ceremonia a la que habían asistido Marco y ella. Primero se celebró la necesaria ceremonia civil en Florencia, luego un viaje relámpago a Inglaterra y la bendición en la iglesia local del pueblo, del siglo XIII. Y en ese momento se hallaban, con gran pompa, en una magnífica iglesia en la antigua piazza de Florencia, intercambiando votos con la solemnidad de la tradición católica italiana.

Sabía que era por su culpa; se negó a participar en los planes, dejándoselo todo a Marco. Éste, junto con su madre y sus hermanas, habían organizado ese maratón. Sospechaba que era el modo que tenía él de hacerle ver la ironía de la situación...

A su izquierda, justo detrás de ella, estaba su padre, alto y distinguido, y, a pesar de ser el enlace entre una Hamilton y un Daretta, con toda la impresión de dar su aprobación.

Detrás de Polly se encontraba Marco con su chaqué. Su padrino, Carlo, un primo siciliano, de pelo negro y aire tranquilo, con una brillante sonrisa blanca, estaba a su derecha. Detrás de ellos se veía a Janie, Marietta y Ángela, la otra hermana de Marco, con su hija, Rosa, que ya tenía ocho años, resplandecientes con sus vestidos de color rosa. Ben, orgulloso y con el ceño fruncido en concentración, estaba firme como un soldadito con una réplica exacta del atuendo de su padre.

Los bancos se hallaban casi abarrotados; los del lado del novio con elegantes italianos de piel cetrina con trajes de marca y joyas caras, los de la novia con más parientes y amigos que los que había imaginado debido a la celeridad de la boda y a la distancia. Posiblemente se debía a que Marco había insistido en pagarles el billete de avión y el alojamiento.

La iglesia estaba fresca, lo cual alivió a Polly. El calor en el exterior, al ir en procesión por las calles a la usanza italiana, había sido opresivo. Bien por los nervios o por la tensión, sentía unas ligeras náuseas y le dolía la cabeza.

Suspiró. Se suponía que ése debía ser el día más feliz de su vida, pero una sensación de traición e ira empañaban la verdadera felicidad que experimentaba en secreto. Miró a Marco, alto e inexpresivo, y el amor que sintió por él le atenazó el corazón. Tal vez, si el amor podía

superar todos los problemas, si Marco amaba tanto a Ben, si Sophy se retiraba y les brindaba espacio para solucionar las cosas, su matrimonio podría convertirse en la unión gozosa que representaba todos los votos y ceremonias...

-¿Te encuentras bien? -susurró Marco.

-Perfectamente. ¿Por qué no iba a estarlo?

-Estás pálida. Como si fueras a desmayarte.

-Estoy bien.

-Entonces, intenta parecer una novia rebosante de felicidad.

-Lo siento, lo intentaré -repuso con un murmullo amargo-. Debería sentirme agradecida, ¿no? Al menos se me ahorró la presencia de Sophy como madrina.

La invadió una sensación de claustrofobia. Quiso dar media vuelta y salir corriendo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Bajó la cabeza, avergonzada por su propio orgullo y enfado. «Lo estaba haciendo por Ben», se recordó.

«Por el futuro de Ben, su seguridad, lo que le correspondía por derecho de nacimiento...»

«Y por mí», dijo una voz interior. «Porque amo a Marco».

Cuando salieron de la iglesia al sol, la mano de Marco se cerró en torno a la suya en un apretón posesivo del que le fue imposible liberarse.

Alzó la vista hacia él en el momento en que el fotógrafo retrataba a la feliz pareja en los escalones de la iglesia. La intensidad que vio en sus ojos negros le debilitó las rodillas. Repicaron las campanas.

-Me haces daño -musitó ella.

-Lo siento -repuso con una sonrisa nada alegre. Pero no la soltó.

El fotógrafo sonreía y gritaba algo a medida que los invitados comenzaban a salir detrás de ellos.

-¿Qué dice? -preguntó Polly.

-Quiere que nos besemos para la foto -tradujo Marco con ironía. Se acercó y añadió-: No podemos decepcionarlo en estas circunstancias, ¿verdad, cariño?

El encontró su boca cerrada y apoyó sus labios con decisión sobre los de Polly, provocándola y excitándola hasta que ella jadeó y Marco se aprovechó para besarla de forma más íntima y honda, capturándola en sus brazos con una sensualidad y un ansia tan evidentes que todos deberían notarlo. Temblaba cuando la soltó. Le pasó un brazo por los hombros y le sonrió.

-Mentirosa. Me adviertes de que no vuelva a tocarte nunca, pero te derrites en mis brazos cuando te beso. Muéstrate radiante para la foto, cariño. Ben la mirará cuando sea mayor.

Ella se obligó a sonreír, dominada por una ira interior, pero también por un amor y un anhelo que la desgarraban.

Los invitados los rodearon, les dieron la enhorabuena, les tiraron arroz y les sacaron fotos. Polly miró su mano izquierda. El anillo de oro brillaba bajo el sol. Era el anillo de Marco, el símbolo tradicional del amor eterno entre hombre y mujer... o el anillo de propiedad que Marco había insistido que se pusiera para brindarle a su hijo la seguridad que necesitaba. Polly deseaba tanto que fuera lo primero que cerró con fuerza los ojos para rezar una plegaria en silencio.

Irónicamente, cuando los abrió, Sophy apareció ante ellos enfundada en un traje dorado y blanco de Versace, con escote bajo y falda corta. Su hermosa cara exhibía una sonrisa social. Sostenía la mano de Ben.

-Felicidades -dijo-. ¡Espero que ambos seáis felices!

-Gracias, Sophy -Marco sonó secamente divertido.

-Sí, gracias -repitió Polly, sintiendo que la mano de Marco volvía a cerrarse en torno a la suya al tiempo que alargaba la otra para sostener la de Ben. Se agachó para recoger a su hijo con facilidad.

-*Ciao*. ¿Cómo está mi hombrecito? -Marco sonrió.

-¿Ya eres mi papá? -inquirió Ben, estudiando a Marco detenidamente, como si esperara alguna transformación mágica.

-Puedes apostarlo. Y ahora vamos a ir a una fiesta para celebrarlo - lo subió a sus hombros y se abrieron paso entre la multitud hacia el Mercedes que los esperaba.

-Ten cuidado con él -advirtió de pronto cuando Marco fingió que lo dejaba caer y lo atrapó en el aire-. Por algún motivo, confía plenamente en ti...

-Lo protegería con mi vida -musitó él-. Y ahora que eres mi esposa, haría lo mismo por ti, *cara mía* -añadió.

-¿Perdón?

-Te protegería... -sonrió en la oscuridad del coche- ... con mi vida.

-¿Por qué me suena más como una amenaza que como una promesa?

-¿Paranoia?

-¿Qué es paranoia? -demandó Ben-. Mamá, papá, ¿qué es paranoia?

El chofer cerró la puerta. Avanzaron por las calles de Florencia en dirección al hotel donde se daría la recepción.

Agradecida por la charla desbordante de Ben, potenciada por el silencio que tuvo que guardar en la iglesia, Polly se sentó quieta, rígida y a la defensiva; deseó fervientemente que esa charada terminara. Quería regresar a Devon, solos ella y Ben, libre de la agonía

de la situación.

En la recepción, celebrada en el patio de un antiguo monasterio convertido en hotel, corrió el champán. Unas sombrillas en el centro de las mesas redondas protegían a los invitados del intenso sol. Había flores por doquier.

Polly se movió entre la gente en una especie de trance; amigos y parientes la abrazaron y la besaron. Después de unas copas de champán casi se permitió relajarse, creer que de verdad era feliz, que el matrimonio con Marco era real, el compromiso de toda una vida, para amarse y apoyarse mutuamente.

-¿Satisfecha?

El frío susurro de Sophy hizo que se sobresaltara. Polly había conseguido sentarse sola a una de las innumerables mesas y su hermanastra había ocupado una silla a su lado. Volvió la cabeza para mirarla pensativa. No tuvo que preguntarle qué quería decir; su tono hablaba con elocuencia.

-No -logró contestar-. ¿Lo estarías tú?

-¡Puedes apostar que sí! Me pones enferma, ¿lo sabías? Conseguiste lo imposible y te llevaste a Marco Daretta al altar... al menos podrías tener la decencia de apreciar tu suerte -espetó.

-Lo siento, Sophy. Pero el afortunado es Ben -dijo sintiendo que palidecía-. Ahora ya tiene a su padre y a su madre...

-La pequeña mártir. En cualquier caso, no me engañas. Tienes lo que querías. ¿Crees que no sé que llevas años loca por Marco?

-Sophy, por favor, no me odies -sus ojos azul grisáceos mostraron dolor al mirar a su hermanastra-. No lo planeé. ¿Por qué crees que mantuve el secreto de Ben tantos años?

-¿Vergüenza, tal vez? -sugirió con maldad, encogiéndose de hombros-. ¿Quizá comprendiste que arrebatarle el novio a tu hermana al tener a su hijo no te dejaría muy bien ante toda la familia?

Polly se acaloró. Sabía que Sophy sentiría amargura e ira, pero ese exabrupto era peor que lo que había esperado. Cerró los ojos. Al abrirlos observó la fiesta que se desarrollaba.

Pudo ver a Marco y a Ben en un grupo grande, donde había varias parejas y los pequeños se movían entre las piernas de los adultos.

Sin embargo, su hijo se comportaba como alguien crecido, aferrando con orgullo la mano de su padre; en la otra mano tenía un vaso con un refresco; se había quitado la chaqueta y la corbata, igual que Marco.

Polly se dio cuenta de que Sophy siguió su mirada.

-No sé por qué no lo adiviné antes -comentó con ligereza-. Me refiero a que era el hijo de Marco. Son casi idénticos.

-Pensé que lo sabías -dijo Polly.

-Bueno... en lo más hondo lo sospechaba.

-Hay algo que no entiendo. En estas circunstancias, ¿por qué aceptaste traerlo a Italia? -Polly no fue capaz de contenerse.

Sophy le lanzó una mirada velada; sacó un cigarrillo del bolso y se lo llevó a los labios.

-En cuanto Marco me lo pidió, no pude negarme -después de encenderlo, exhaló el humo hacia Polly-. Además, pensé que si estaba presente cuando estallara todo, me daría la oportunidad de... de supervisar la situación. No conté con el sentido hiperdesarrollado de responsabilidad de Marco en lo que respecta a los niños...

Reculó ante el amargo cinismo de Sophy.

En una mesa vio a su padre hablando con Ruth y Tino; sonreían y bebían champán. La herida que durante tanto tiempo había envenenado a las generaciones mayores de la familia parecía empezar a curarse. Otra cosa positiva de ese matrimonio...

-¿Va todo bien? -Marco se había acercado y agachado para murmurar en su oído-. Me dio la impresión de que el amor fraternal escaseaba un poco por aquí...

-Estamos bien -Polly sonrió y no pudo evitar añadir con sarcasmo-: Supongo que debió desconcertarte pensar que podríamos estar compartiendo información.

-¿Información sobre qué? -se sentó junto a Polly y le pasó un brazo por los hombros. Miró a Sophy con frialdad-. Te lo advierto, Sophy, no interfieras en mi matrimonio.

Polly sintió un escalofrío de aprensión ante el tono acerado en la voz de Marco. Sophy se levantó y dio una calada nerviosa al cigarrillo. Miró a Polly con expresión venenosa.

-No te preocupes -sonrió con dulzura y recogió el bolso-. Sólo vine para desearle a Polly buena suerte en el futuro. Os dejaré a solas, tortolitos, para que disfrutéis de vuestra compañía. Que tengáis un matrimonio maravilloso. *Ciao*.

Polly se quedó quieta y observó a su hermana. Antes de que Sophy desapareciera entre la multitud, un hombre alto y de pelo castaño se separó del grupo en el que unos minutos antes había estado Marco y la interceptó; dijo algo y sonrió, exhibiendo una hilera de dientes blancos. Sophy se detuvo, contestó y lentamente le devolvió la sonrisa. Se dirigieron juntos hacia un camarero con una bandeja con copas de champán.

-Luciano la mantendrá al margen de problemas -musitó Marco.

-¿Quién es?

-Luciano Lippi. Un abogado de Pisa. De vez en cuando practicamos

alpinismo juntos. Es un buen tipo. Te lo presentaré...

-¿Es así cómo distraes a tus antiguas novias cuando ya no tienes más uso que darles? ¿Las compartes con tus amigos?

El tenía una mirada dura e inescrutable al volverse y ver el destello de indignación en los ojos de Polly. Le acariciaba la parte superior del brazo de un modo que a ella le ponía la piel de gallina. Le molestó que sus pezones respondieran al contacto. La proximidad de Marco, el limpio y fresco aroma de su cuerpo, la calidez de sus dedos en su piel se combinaban para debilitarla.

-Le haces una injusticia a mi amigo -dijo con risa fugaz-. ¿Parece el tipo de hombre que necesita ayuda?

-No -reconoció, observando el perfil atractivo de Luciano y la manera atenta en que hablaba con Sophy.

-Además... Sophy no es mi ex -continuó Marco.

No tenía que sentir tanto placer recordándole la sordidez de su situación. El hecho de que se hubiera casado con una hermana para disponer de acceso a su hijo, pero sin la intención de cambiar su relación con la otra... Apenas pudo creer que pudiera ser tan cruel.

-Bastardo -susurró con voz ahogada. Se levantó e intentó alejarse, pero él no le soltó el brazo.

-Polly, quieres calmarte... -comenzó al incorporarse con ella. Sus ojos eran cavernas oscuras.

-Para -siseó; temblaba con emociones contenidas, dolorosamente consciente de que estaban rodeados de gente y que debía mantener un simulacro de normalidad, al menos por Ben. Vio que Marietta y Janie se dirigían hacia ellos, cada una con una melliza. Ben estaba con ellas e insistía en si podía llevar a una de las pequeñas... Contuvo las lágrimas y se obligó a serenarse-. Oh, Dios, Marco... No puedo dejar que Ben me vea así... rodéame con los brazos y finge que me estás besando o algo...

-Lo que tú digas, cariño -aceptó tras mirarla unos segundos; se apoderó de su boca y con gesto apasionado la pegó contra su cuerpo. Para furia silenciosa de Polly, él aprovechó al máximo la ventaja de la situación, igual que en el exterior de la iglesia. El beso fue abrasador, sexual-mente agresivo, y con sus manos la moldeó a él, marcándola para que todos lo vieran. Cuando la soltó ella jadeaba-. ¿Qué tal lo he hecho? ¿Ha sido convincente?

-Tal vez -dijo ella con la garganta seca-, para las personas que no saben lo que de verdad pasa...

-Cuéntame entre ellas -murmuró él.

-¿No podéis esperar hasta la luna de miel? -bromeó Marietta cuando llegaron a su lado.

Marco sonrió y soltó a Polly; se agachó para levantar a Ben y saludó a su hijo con tal aire de orgullo que Polly se sintió conmovida.

-*Ciao, mio figlio* -dijo, y rió ante la carita seria de Ben a la altura de la suya, haciendo una mueca con la nariz.

-*Ciao, pappa* -Ben imitó el gesto de Marco, provocando la risa general.

-¿Vas a portarte bien con tu abuela y la tía Marietta cuando lleve a tu *mamma* de luna de miel?

-Por supuesto que sí -dijo Marietta, revolviéndole el pelo-. Me ayudará a cuidar de las mellizas -Ruth se había ofrecido a ocuparse de Ben, y Marietta se iba a trasladar a la casa de sus padres durante una semana porque su marido se marchaba en viaje de negocios.

-Voy a ayudar a bañarlas -añadió Ben con énfasis-. Mami, ¿qué es una luna de miel?

-Bueno... -Polly no encontró palabras.

-Son unas vacaciones que se toma la gente cuando acaba de casarse, porque por lo general luego está muy cansada -intervino Janie, que observó la expresión de febril tensión de Polly con cierta preocupación-. Y mirándote a ti, Polly, no te vendrían mal unas vacaciones...

-No te preocupes -comentó Marco con una sonrisa-. Me cercioraré de que se relaje.

-Tienes que quedarte todo el tiempo en la cama -anunció Ben con inocencia-. Mi amiga Louisa dijo que su hermana mayor se quedó en cama las dos semanas que duró su luna de miel...

En el silencio que reinó una de las mellizas se puso a farfullar y movió los brazos como un molino de viento; su hermana la imitó y todo el mundo rió.

-La amiga de Ben es una fuente de información -le susurró Marco a Polly-. ¿Quién demonios es?

-Una niña de la guardería. Sólo tiene cuatro años.

-Que son como catorce -bromeó Janie.

-Creo que es hora de que nos marchemos -sugirió Marco y abrazó a Ben-. El avión sale en una hora. ¿De acuerdo, pequeño? ¿Me dejas a tu mami una semana?

-El abuelo Tino me dijo que puedo tomar un batido de chocolate cada mañana para desayunar. Estaré bien.

Polly contempló a su hijo y el corazón se le encogió. Durante las últimas semanas, Ben se había dejado absorber en la familia Daretta como una gota de agua en una esponja. Fue un caso de adoración mutua entre Ben y sus nuevos abuelos. Después de más de tres años de ser la adulta más importante en su vida, comprendió que era algo

saludable. Pero costaba aceptar...

-¿*Va bene*? -confirmó Marco.

-Si, *va bene, pappa* -acordó Ben exhibiendo con orgullo su breve conocimiento de italiano.

Los ojos idénticos se miraron en unión silenciosa. Polly supo que era ridículo sentirse excluida, pero no pudo evitarlo.

El vuelo a Trapani, en Sicilia, fue corto. Polly ocupó un asiento junto a la ventanilla en el pequeño avión de doce plazas, sin apartar la vista del paisaje.

Marco había insistido en la tradicional luna de miel. Nada pudo convencerlo de lo contrario. Según sus palabras, cimentaría su matrimonio a los ojos de la familia y los amigos, y acallaría los rumores sobre la naturaleza de su relación.

-Te voy a llevar a Sicilia -había anunciado-. Unos amigos tienen una villa en Favignana.

-¿Favignana?

-Es una pequeña isla al oeste de la costa. Es tranquila, allí podremos disfrutar de intimidad.

-¿Y quién quiere intimidad? Si tenemos que ir a alguna parte de luna de miel, preferiría un lugar ruidoso.

Habían ido de compras a Florencia; él deseaba que ella adquiriera el tipo de guardarropa adecuado para su futura esposa. Ella aceptó del mismo modo que había aceptado que se ocupara de todos los preparativos, distante por fuera, pero por dentro a rebosar de indignación o, de vez en cuando, complacida y, lo más vergonzoso de todo, satisfecha. Sin importar lo herida, enfadada o emocionalmente confusa que se sintiera, casarse con Marco era la culminación de un largo sueño...

Había elegido el vestido de novia con Ruth, Janie, que voló a Italia en cuanto lo supo, y Marietta. Pero con Marco sucumbió con resignación a la presión y compró vestidos y trajes, faldas cortas y largas, blusas y bodies ceñidos, ropa interior de seda y satén, zapatos, bolsos y joyas.

Se sentía distinta, muy europea, muy... italiana. Devon, su antigua vida allí, su negocio, que Janie se había ofrecido a llevar sola temporalmente, parecía a siglos de distancia.

Se alisó la falda. Los anillos en el dedo anular centellearon. El de compromiso que había elegido él era sencillo, pero espectacularmente caro; tenía un diamante convencional, grande, redondo y de múltiples facetas que reflejaban la luz. El de la boda era tradicional. Marco llevaba una versión más grande del mismo.

-¿Vas a compartir tus pensamientos conmigo? -preguntó él con un

deje irónico de desafío. Había intentado entablar conversación apenas subir al avión, pero ella respondió con monosílabos, por lo que se rindió y se concentró en algún documento legal que llevaba en el maletín.

-No querrías conocerlos -repuso Polly con frialdad.

-Llevamos treinta minutos en un silencio absoluto. Ponme a prueba.

-Deseaba que los próximos siete días pasaran lo más deprisa posible.

-No es una actitud muy romántica en tu luna de miel, *Signora Daretta*.

-Fue idea tuya. Nos podríamos haber ahorrado esta charada...

-Acordamos que por el bien de Ben este matrimonio iba a parecer auténtico -indicó-. Las parejas recién casadas se van de luna de miel.

-Podríamos haber encontrado una excusa...

-Ben se lo va a pasar de miedo siendo malcriado por mis padres. Nosotros vamos a disfrutar de unas vacaciones -pronunció las palabras con deliberada lentitud-, durante las cuales espero que lleguemos a establecer algún tratado de paz.

-Sí. Siempre que éste me recuerde que lo hago por el bienestar de Ben, seré capaz de contener las náuseas -repuso con voz baja e insegura.

-Sabes cómo maximizar un insulto -por un momento perdió su autocontrol-. ¿Qué demonios te dijo Sophy en la recepción?

-¿Por qué? -los puños se le habían puesto blancos en el regazo.

-Porque llevas comportándote de esta manera desde que interrumpí vuestra conversación.

-¿Desean beber algo? -preguntó una azafata al llegar junto a ellos.

-Nada, gracias.

-Mi esposa tomará una copa de vino blanco. Yo quiero un whisky con hielo -pidió él en italiano-. Gracias -cuando se las trajeron, bebió un buen trago de su copa antes de mirar otra vez a Polly. Ésta ignoraba la copa de vino que tenía delante y se sentía algo infantil al hacerlo-. ¿Y bien? -insistió Marco con aspereza-. ¿Tengo razón? ¿Sophy volvió a provocar problemas?

-Si lo que te molesta es tu conciencia culpable, yo no soy la responsable de ello -repuso-. Sophy simplemente señaló la verdad.

-¿Y cuál es? -sus ojos mostraron un brillo sombrío.

-Que quitarle a su novio con un hijo no mejoraría las relaciones familiares.

Marco musitó algo que en italiano sonó muy fuerte. Bebió otro sorbo y cerró unos momentos los ojos. Cuando volvió a abrirlos, los

clavó en Polly.

-Dije que no seguiría defendiéndome de acusaciones falsas -expuso al fin-. No parece tener mucho sentido, ya que has dejado bien claro que no confías en mí. Pero, por última vez, Polly. Sophy no es mi novia. Sin importar lo que te haya contado a lo largo de los años, jamás lo ha sido...

-Pero os vi juntos aquellas pascuas en Prizzi. Os vi besándoos la última noche. Y, desde entonces, Sophy no ha guardado en secreto vuestra relación amorosa... que la llamas, te quedas con ella, le compras regalos y la invitas a Italia...

-Escúchame... No es fácil decirlo; suena duro y desleal hacia tu hermanastra. Sophy en ningún momento me ha ocultado que le gustaría que fuéramos amantes. Sí, en aquellas pascuas coqueteó conmigo...

-Y tú respondiste -Polly empezaba a acalorarse y a sentir el dolor de hablar de ello-. Estuvisteis juntos en todo momento...

-Sólo porque tú declinaste acompañarnos -comentó con una leve sonrisa-. Erais mis primas inglesas que veníais de visita; mis padres estaban encantados de restablecer el contacto con la rama Hamilton de la familia. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Decirle a Sophy que no era mi tipo y enviarla a su cuarto a leer una revista durante toda su estancia?

-Sophy no habló de nadie más de regreso a Inglaterra -musitó Polly-. Me contó que dormisteis juntos la noche anterior a irnos, y cómo le dijiste que seguiríais en contacto...

-No es verdad, Polly. No dormí con ella. Quería que fuéramos amigos, no enemigos -de pronto Marco sonó cansado-. ¿No puedes entenderlo? Al saber cuánto significaba la reconciliación para mi madre, ¿crees que deseaba estropearlo, todo diciéndole a Sophy que me dejara en paz? Supe que quería una relación sexual cuando convirtió un beso amistoso en la mejilla en el beso que tú viste. Intenté rechazarla con delicadeza, pero fomenté la amistad para causar el menor daño posible a las relaciones de la familia...

-Todo suena tan plausible -se oyó decir Polly con voz controlada-. Pero no olvides que hace muy poco os vi juntos, Marco. Vi el tiempo que compartisteis en el jardín la noche que llegó Ben. Vi cómo se pegó a ti cuando apareciste en la puerta. Y te vi... -sintió un nudo en la garganta-... te vi invitarla a tu dormitorio, cuando sin duda suponías que yo estaba dormida.

-Si te contara que vino a mi cuarto y exigió conocer toda la historia sobre nosotros y Ben, con todo el aspecto de darle un ataque de histeria si no la dejaba pasar, imagino que tampoco me creerías, *cara*.

-¡No! No me llames así... -lo miró con ojos llorosos-. Entonces, ¿qué... qué querías dar a entender cuando en la recepción dijiste que Sophy no era tu ex? ¿Fue un desliz?

-Polly... -la voz de Marco mostró su incredulidad-. Para poder ser mi ex en algún momento tendría que haber sido mi amante. Eso es lo que quería dar a entender. ¿Qué pensaste? ¿Creías que planeaba continuar una aventura con ella? ¿Pensaste que haría algo semejante el día de nuestra boda?

-Sí -repuso después de tragar saliva.

-Me desprecias de verdad, ¿no? -preguntó él con mucha calma. Ella no supo qué responder. De pronto la conversación había tomado un cariz de pesadilla-. Cuesta imaginar el tipo de hombre por el que me tomas -continuó-. ¿Albergas tantas sospechas, tanta desconfianza, con todos los hombres que conoces? ¿O sólo es por quien soy yo?

-¿Por quien eres tú? -lo miró sin comprender.

-Soy un Daretta, ¿recuerdas? -explicó con amargura-. Capaz de cualquier cosa. Incluso, como solía pensar tu abuela, de ser un delincuente.

-No vuelvas a meter en esto la estúpida enemistad familiar -espetó ella-. Viste a tus padres y a mi padre en la recepción; hablaron y se mostraron amistosos. ¡Todo el mundo quiere olvidarlo menos tú! Y si malinterpreté lo que dijiste, entonces... entonces lo siento...

-Yo también -anunció con frialdad.

Polly observó su remoto perfil cuando se puso a leer de nuevo el documento que llevaba en el maletín. Consternada, se dio cuenta de que en unos segundos él había tergiversado con destreza la discusión para dejarla malparada.

Estaba tan confundida; ya no sabía ni qué sentía.

Mirando por la ventanilla, contuvo unas lágrimas de furia y frustración. La semana que le esperaba parecía un sufrimiento interminable.

Capítulo 8

La villa de Favignana era una pequeña estructura blanca, rústica y sencilla, situada en una elevación que daba a la playa. Una escalera exterior de piedra era el único acceso al nivel superior. Allí había una terraza grande con sillas y una mesa blanca, con enormes maceteros con geranios.

Desde el exterior, Polly pudo ver una gran estancia de suelo de terrazo, que parecía ser cocina, comedor y salón todo en uno. Había una mesa y sillas de pino, dos sillones, velas blancas en candelabros de hierro en las paredes y una chimenea.

En el nivel inferior estaban los dormitorios. Aún no los había visto. Marco había metido las maletas cuando ella subió hasta allí con deseos de ver el paisaje desde el punto más alto y ansiosa por demorar la incómoda intimidad de ver su alojamiento y la batalla potencial por tener habitaciones separadas.

Contempló un mar azul turquesa y riscos moteados de verde. Respiró hondo, tratando de relajarse.

-¿Te gusta? -Marco había llegado en silencio, situándose detrás de ella.

-No es lo que esperaba -se tensó ante su proximidad.

-¿Por qué?

-Imaginaba... -se encogió de hombros-... algo más grandioso.

-Pensé que te gustaba la vida sencilla. Paseos por las colinas, recoger caracolas, ese tipo de cosas. ¿Habrías preferido un hotel elegante?

-¡No! -giró en redondo con el ceño fruncido-. No quería decir eso. Me encanta... -calló.

Había estado pensando que no parecía el estilo de Marco. Pero, ¿qué sabía ella de su gusto? Por el sólo hecho de que dedicara gran parte de su tiempo a ser un gran abogado, no necesariamente tenía que anhelar el lujo en sus ratos libres. Aunque no podía imaginarse a Sophy allí. Los gustos de ésta se decantaban por los vestíbulos de mármol, la cocina internacional, televisión por satélite en cada habitación-Deseó no haber expuesto tan abiertamente sus sentimientos y que él no estuviera tan cerca.

-¿Te encanta? -instó él-. ¿Crees que alguna vez podrías aprender a amarme, Polly?

-¿Qué clase de pregunta es ésa? -logró decir después de pensar que el corazón se le había parado-. ¿Cómo se puede aprender a amar a alguien?

-Los matrimonios acordados siguen celebrándose en muchos países. Si dos desconocidos son capaces de aprender a amarse, queda

esperanza para nosotros. Distamos mucho de ser desconocidos, y tenemos el mayor incentivo del mundo.

-Ben -él asintió-. ¿Chantaje emocional? Si yo quiero a Ben, ¿debo aprender a amar a su padre? Podría ser mejor que fuéramos desconocidos, Marco. Entonces no tendría un motivo especial para desconfiar de ti.

-Podría enseñarte a que confiaras en mí.

-Eres un hombre muy ocupado. No me cabe duda de que tienes mejores cosas que hacer con tu valioso tiempo, Marco.

-En absoluto. Los próximos siete días puedo hacer lo que quiera con mi tiempo -le asió las manos y las enlazó, alzándolas para inspeccionar sus dedos pequeños.

-En el avión pensé que no me hablabas -musitó ella.

-Rumiar insultos no es manera de comenzar una luna de miel.

-La nuestra no es convencional.

-¿Y qué luna de miel lo es? -enarcó las cejas.

La condujo a la planta baja de la casa. Una vez dentro, Polly parpadeó por la luz tenue que reinaba. Se soltó e inspeccionó la estancia con creciente desconcierto. Tras unos minutos de investigación, asimiló que la planta baja parecía ser un gran dormitorio, con un cuarto de baño adjunto.

A la luz débil que penetraba por las persianas cerradas vio que el dormitorio era grande, de techo alto y paredes blancas, con una enorme cama de pino. A ambos lados había unas alfombras de color crema, con lámparas del mismo color en las mesitas de noche. Un ventilador enorme giraba rítmicamente desde el techo de madera. Su maleta, como una declaración abierta, estaba junto a la de Marco.

Polly se quedó quieta. Marco abrió las ventanas y el sol irrumpió en la habitación, deslumbrándola. Las ventanas francesas daban al mar y a otra terraza con más geranios.

-No sé tú, pero yo tengo sed -indicó Marco, abriendo lo que parecía un armario y era una pequeña nevera en la que había botellas de agua mineral, vino blanco, cerveza, zumo de frutas y media sandía. En la puerta se veía algo que sospechosamente parecía una botella de champán-. ¿Qué quieres beber? -otra puerta ocultaba vasos y copas, platos y algunos cubiertos.

-Sólo... agua, por favor -Polly se aclaró la garganta y, de repente, se sentó en la cama-. Marco, ¿éste es el único dormitorio?

-Sí. ¿Quieres darte una ducha antes de que saquemos la ropa de la maleta? -le pasó el vaso con agua fría.

Bebió un poco con mano temblorosa.

-¿Esperas que durmamos en la misma cama toda la semana?

Él vació su vaso de un trago, se dirigió al otro lado de la cama y se tumbó para comprobar el colchón.

-Es muy grande y muy cómoda -contestó-. Tiene un buen colchón... no notarás cuando me dé la vuelta. Quizá no esté diseñada según las normas ortopédicas internacionales, pero...

-No me importa si es grande o pequeña, ni lo cómoda que es -soltó Polly-. ¡No pienso dormir en la misma cama que tú toda la maldita semana! ¿Lo has entendido?

Él se levantó, se estiró un poco y fue al cuarto de baño.

-Si no tienes prisa -comentó con indiferencia-, ¿te importa que entre primero?

Polly cerró los ojos, bebió agua y contó hasta mil mentalmente. Cuando volvió a abrirlos, Marco había desaparecido. Oyó el ruido de la ducha a través de la puerta cerrada.

Se puso a recorrer el cuarto y a examinar sus opciones. Salió a la terraza y, con mirada frustrada, observó el mar de color cobalto al tiempo que trataba de controlar un ataque de histeria. Sentía calor y frío al pensar que tenía que dormir en la misma cama con Marco todas las noches. El esfuerzo de ocultar sus sentimientos en una intimidad tan forzada la dejaría muy vulnerable...

Tembló. No tenía derecho a ponerla en una situación tan imposible y embarazosa. Había dejado claro sus condiciones cuando aceptó casarse con él, ¿no? Le insistiría en que uno de ellos durmiera en otra parte...

-Lamento haber tardado tanto -Marco interrumpió su meditación pasando unas manos posesivas por sus brazos al aparecer a su lado-. Es tu turno, cariño. Una ducha te revivirá.

Ella parpadeó al disponer de la perturbadora visión de su esbelta virilidad apenas tapada por una toalla blanca; recogió el neceser del dormitorio y se encerró en el refugio del cuarto de baño, aunque el alivio que experimentó fue breve. No había cerrojo. Salió para protestar y se encontró a Marco desnudo, secándose el pelo. El sonrió al ver su rostro acalorado y azorado.

-¿Algún problema?

-La puerta no tiene cerrojo. Por todos los cielos, ponte algo...

-¿Por qué? -enarco una ceja y no se movió-. No hace frío, y somos una pareja casada. Se supone que éstas pueden andar desnudas en el dormitorio.

Controlándose, dio media vuelta y regresó al baño.

-No te atrevas a entrar aquí -gritó, desnudándose. Abrió el grifo de la ducha y se metió bajo el agua para refrescarse la piel al rojo vivo.

-Relájate -respondió Marco-. Mi madre me enseñó que es de mala

educación entrar cuando hay una señora dentro.

«Bendita sea la tía Ruth», pensó Polly, empezando a ver el lado gracioso de su reacción excesiva. Adrede se tomó su tiempo; se lavó la cabeza dos veces, luego utilizó acondicionador y gel aromático; se depiló y estaba pensando darse una máscara facial de hierbas cuando él llamó a la puerta.

-No puedes quedarte ahí toda la semana, Polly.

-No pensaba hacerlo... -repuso con rigidez. Se envolvió en una toalla inmensa y abrió con cautela. Marco estaba ahí, todavía con la toalla pequeña alrededor de las caderas. Al tratar de pasar a su lado, la atrapó en sus brazos, pegándola a su cuerpo con férrea gentileza.

-Hueles muy bien -le susurró al cuello, deslizando la lengua sensualmente por su piel.

-Marco, para... -tuvo un escalofrío.

-Tu piel es como seda...

-No es justo -musitó cuando él empezó a retroceder, conduciéndola a la cama-. Marco, suéltame. Prometiste...

-No prometí nada -susurró con tono sombrío, dejando que ambos cayeran en la cama, donde la inmovilizó cuando ella empezó a revolverse-. Aparte de las promesas que pronuncié en la iglesia...

-Ambos sabemos que no significaban nada... -se atragantó cuando él apartó la toalla de sus pechos y pasó los dedos por los pezones cada vez más duros.

-No hables por mí -advirtió con suavidad, quitándole por completo la toalla y arrodillándose para observar a su presa-. Yo no me atrevería a hacer lo contrario...

-Dije que me casaría, pero que no dormiría contigo. Sabías que ésas eran mis... Lo sabías, Marco. Pensé que... respetarías mis sentimientos...

-No puedo -jadeó; le pasaba las manos por el cuerpo y seguía el movimiento con los ojos-. No puedo estar contigo y no desear hacerte el amor...

-Oh, Marco... oh, Dios... -mantuvo los ojos muy abiertos y trató de utilizar la furia acumulada para controlar la oleada de pasión y deseo que le provocaba. No pareció surtir ningún efecto; su cuerpo empezaba a traicionarla, como hacía siempre que Marco la acariciaba. La respuesta era como un abismo oscuro de anhelos que clamaba por cerrarse, sordo y ciego a la razón del intelecto.

-Reconoce que tú sientes lo mismo...

-No...

Con movimientos lentos, bajó la mano por su estómago e introdujo dos dedos diestros entre los rizos sedosos de la unión de sus muslos.

-¿No? -el deseo hizo que su voz sonara áspera, y la intensidad de su pasión encendió a Polly-. ¿Dices que no me deseas pero respondes así cuando te acaricio...?

-Es algo físico... -logró articular en un gemido de ardor y vergüenza-. Oh... oh... por favor... Marco...

-¿Experimentas ese «algo físico» con los hombres en general? -su boca se movía con hambre por sus pechos y su estómago, al tiempo que con los dedos la embriagaba en su exploración cada vez más profunda-. ¿O sólo conmigo, cariño?

-Sólo... oh, por favor... sólo contigo...

-Polly... cariño...

La emoción masculina en su voz ronca hizo que todas sus extremidades nerviosas cobraran vida; quedó completamente seducida. Se centró en su rostro cetrino, que temblaba con ansia desbocada.

-Oh, Dios, Marco... -susurró desvalida, tocándole la cara y recorriendo la línea de su mandíbula-. No sé cómo oponerte resistencia...

-Entonces, no lo hagas, mi amor...

Se miraron y, entre ellos, se estableció una comunicación jamás alcanzada con palabras. Con una leve convulsión del cuerpo, ella alargó las manos para acercarlo y abrirse en entregada necesidad, sintiendo que el cuerpo de él respondía con un temblor violento y se lanzaba a llenarla con una posesión abrupta y compacta. Polly oyó el ronco gemido de victoria de Marco, se oyó a sí misma gritar con placer y entrega desinhibidos a medida que el ritmo y la intensidad se aceleraban y ascendían en una espiral de deseo sexual que se apoderó de ella.

-Tienes que probarlos para creerlo -Marco colocó el plato de espaguetis a la boloñesa en la mesa con gesto teatral.

-¿Eso significa que son buenos o malos? -olió con delicadeza el tentador aroma y sonrió a la luz de la vela.

Marco, que parecía relajado con sus vaqueros y holgada camiseta blanca, esa noche había insistido en desempeñar el papel de chef. Ella quedó relegada a poner la mesa.

-¿*La Signora* desea probar el vino?

-Si *il patrone* lo recomienda, por supuesto.

Cenaban en la terraza, a la luz de una vela antimosquitos. La brisa nocturna era cálida, incluso con el vestido corto y ceñido que ella lucía. A su alrededor, reinaban la oscuridad y el silencio.

-Aquí bien podríamos estar solos en el mundo -musitó Polly,

observando el vapor aromático que subía de los espaguetis mientras Marco le servía.

-Aparte de media docena de búhos y unos veinte millones de grillos. Por no mencionar a los mosquitos.

-No contaba con la vida animal.

-Deberías. Son todas las pequeñas criaturas de Dios -de pronto alargó la mano y le dio una fuerte palmada en el brazo.

-¡Ay! ¿Por qué...? ¡Oh, qué...! -empujó un mosquito aplastado al suelo. Marco rió.

-Lo siento. Creo que lo maté antes de que te picara. Te dije que te rociaras con el spray -le recordó-. Un mosquito siciliano jamás pierde su oportunidad.

-Suena como un cierto hombre siciliano que conozco... De todos modos, me puse un poco del repelente...

-Eso demuestra lo irresistible que eres. Debía ser un macho...

La ingobernable pasión anterior la dejó agotada durante unas horas; cuando al fin despertó, Marco le había llevado champán y unas rodajas de sandía. No fue capaz de recordar algo más sensual, tierno y abrumador que la aparente concentración de él en su bienestar físico; terminaron haciendo el amor otra vez, larga y lentamente, un placer agónico con sabor a champán y sandía...

-Debemos hablar -dijo él cuando ya casi terminaron de cenar.

-La vida sería mucho más sencilla si no lo hiciéramos -repuso despacio Polly.

-¿Si sólo nos comunicáramos con la unión física? -Marco se reclinó en la silla y le sonrió con malicia-. ¿Cómo animales? Puede que tengas razón...

-Siempre que hablamos... me refiero cuando hablamos en serio... hay demasiados obstáculos.

-Estoy de acuerdo, es arriesgado. Pero eso no significa que la solución sea no prestarles atención.

-Terminamos diciendo cosas horribles -comentó, dejando los cubiertos en el plato y terminando su copa de vino-. Estaban deliciosos, Marco. La próxima vez te cocinaré... alguno de esos platos ingleses que dices que tanto te gustan.

-Te lo recordaré. Entonces, ¿debemos fingir que todo está bien y que no existen obstáculos? -hizo caso omiso de los esfuerzos de ella por cambiar de tema-. Uno de los motivos por los que insistí en pasar esta semana solos y lejos de todo fue para que pudiéramos hablar de nuestro futuro. Hay cosas que deberíamos tratar -insistió y se levantó para llevar los platos dentro-. ¿Melocotones, helado o tiramisú? -preguntó.

-Melocotones, por favor… -reapareció con un cuenco con fruta, dos platos y un cuchillo afilado; se dedicó a pelar un melocotón-. Entonces, ¿quieres hablar de… nosotros?

-De nosotros. De Ben. De lo que deseamos para él. De nuestro… compromiso… mutuo…

Le pasó una rodaja de melocotón.

-Quiero que Ben crezca feliz y sano… -comenzó ella con cautela.

-Yo también -mordió un trozo de fruta-. Por eso me esfuerzo tanto para que nos tenga a los dos.

-¿Tan duro te resulta? -se oyó preguntar.

-Creo que ya conoces la respuesta a eso -esbozó una sonrisa fugaz-. Pero hasta ahora no ha resultado muy fácil, ¿verdad?

-No es de sorprender, dadas las circunstancias. Sé que esto es… todo por el bien de Ben. Es que… siempre que hablamos de esta manera, siento como si me estuvieras juzgando por lo que pasó en el pasado, y… y no creo que tengas derecho a ello.

-¿Qué ibas a contarle a Ben? -preguntó tras un silencio-. Ya había empezado a hacer preguntas, ¿no?

-Sí -asintió con tensión-. Le dije que su… su padre vivía en el extranjero…

-Sólo cierto en parte.

-Y que él… -emocionada, tragó saliva-… lo quería mucho, pero que era un hombre ocupado…

-Estupendo. ¿De modo que iba a crecer pensando que su padre estaba demasiado ocupado para ir a verlo? Por el amor del cielo, Polly… ¿alguna vez pensaste que los pequeños de tres años se convierten en adultos?

-No te muestres condescendiente conmigo.

-De acuerdo, así que pensaste en ello. De modo que sabes que, cuando eres un adulto que conoce de dónde viene, quiénes son tus padres, las circunstancias de tu concepción, todo eso que tal vez no parezca demasiado importante para un niño de tres años… es en lo que basas toda tu vida. Saber si tus padres te quieren o no es lo más importante en el mundo, Polly.

-¡Lo sé! -se sentía a punto de llorar-. No hay necesidad de… darme un discurso sobre la responsabilidad de ser madre, Marco.

-Lo siento. No pretendía que sonara como tal. Intentaba que entendieras cómo me sentía. Quiero contarte algo que le sucedió a un amigo mío, Luís, a quien conocí en la universidad. Tenía veintidós años cuando averiguó quién era su padre verdadero. A menudo se preguntaba por qué el hombre al que consideraba su padre sentía tal desagrado hacia él, aunque se llevaba muy bien con sus otros dos

hijos. Su madre le contó la verdad, antes de sufrir una muerte prematura. Su padre era un pescador español con el que mantuvo una breve aventura estando casada; el marido lo descubrió, dijo que criaría al niño como si fuera suyo, pero nunca logró superar la furia como para quererlo...

-Marco, eso es tan triste... -Polly cerró las manos y el corazón se le encogió al escuchar la historia.

-El padre verdadero de Luís conocía su existencia, pero no tenía dinero... nada que ofrecerle a un hijo salvo el amor incondicional de un padre. Justo antes de morir, la madre de Luís le entregó unas cuantas cartas que había ido recibiendo a lo largo de los años y que le había ocultado a su marido, junto con una dirección y un teléfono en España. El llamó y el hombre le confirmó que tenía un hijo en Inglaterra. Luego rompió a llorar y dijo que llevaba toda su vida aguardando esa llamada. Luís fue a visitarlo y, más adelante, me contó que por primera vez en su vida sintió que tenía un lugar en el mundo. Su padre lo abrazó y, por primera vez, sintió el verdadero calor de un padre. Me dijo que durante media hora permanecieron sentados llorando como críos.

-Gracias a Dios que se conocieron -Polly soltó una risa para ocultar su agitación emocional-. Pensé que iba a terminar en tragedia... que su padre moría antes de poder conocerlo, o algo así...

-La tragedia de Luís es que se convirtió en adulto sin conocer el amor y el apoyo de su padre -se encogió de hombros-. Pero, cuando lo conoció, su padre no estaba bien de salud. Murió seis meses después. Luís sólo pudo pensar en veintidós años desperdiciados. Experimentó una pequeña crisis, no se presentó a los exámenes finales y durante unos años estuvo viendo a un terapeuta. Tal vez depende de cómo enfoques las cosas, Polly...

-Sí. Sí, lo comprendo... -soltó el aire y se pasó las manos por la cara.

-Lo que le sucedió a Luís fácilmente me podría haber pasado a mí. Mi madre sufrió enormes presiones familiares para cortar los vínculos con mi padre y casarse con un inglés de buena posición. Lo ves. Tengo muchos incentivos para luchar por mi hijo.

Un teléfono móvil rompió el silencio repentino que había imperado. Marco hizo una mueca y fue a contestarlo a la cocina.

-Pretendía desconectarlo -musitó, abriéndolo y contestando-. Soph...

Bajó la voz y le dio la espalda a Polly; volvió a entrar en la villa. La conversación unilateral sonó fría y seca. Pero ella supo que se trataba de Sophy. Ésta tenía el número de su móvil; la hermosa, vengativa y

furiosa Sophy se consideraba con derecho para llamarlo en su luna de miel...

Marco se unió a ella unos momentos más tarde. Al mirarse reinó un silencio cargado.

-Imagino que era Sophy, ¿verdad? -preguntó con tono impasible.

-Sí... -se dejó caer pesadamente en la silla.

-¿Va todo bien en la Toscana? -continuó sin pausa- . ¿Ben se encuentra bien?

-Sí, sí. Ben está bien, Polly...

-¿Y tu madre se halla bien? ¿Tu padre? ¿Tus hermanas? ¿No hay ninguna crisis en la familia Daretta?

-Polly...

-Entonces, ¿cómo es que Sophy tiene el número de tu móvil? -insistió ella con fría precisión-. ¿Cómo es que se siente con derecho para llamarte en tu luna de miel, Marco?

-La respuesta es que no sé cómo lo obtuvo; debió llamar a mi despacho y pedírselo a mi secretaria -repuso con tranquilidad-. Polly, no pongas esa expresión... conociendo a Sophy, seguro que disfrutó sabiendo que nos molestaría al llamar esta noche. Pero lo hizo por un problema legal... incumplió un contrato para un desfile por ayudarme y llevar a Ben a Italia...

Polly lo miró sin verlo. Sentía como si una niebla roja hubiera surgido ante sus ojos y también le hubiera obstruido la capacidad auditiva. No podía luchar contra la sospecha y los celos, era como un cuchillo que le desgarrara el interior. La explicación de Marco sonaba plausible. Pero cada vez que Sophy entraba en su vida se tambaleaba su decisión de confiar en él.

-Antes dijiste que necesitábamos hablar de nuestro compromiso mutuo. Ahora te entiendo muy bien. Lo que querías era discutir sobre cómo, incluso ahora que estamos casados, y sin importar tu compromiso con Ben, seguir viendo a Sophy -soltó con amargura.

Reinó un silencio tenso. Hasta los grillos parecieron callarse.

-No -la voz de Marco sonó lúgubre-. No quería hablar de eso, Polly.

-Lo siento... -soltó una risa breve-. Quizá he mostrado... poco tacto, ¿no? Es una mala costumbre que tengo... atacar como mejor forma de defensa.

-¿De qué te estás defendiendo? ¿De tu compromiso con Paul?

-Ambos entramos en este matrimonio sabiendo que, probablemente... teníamos otro compromiso -mintió con obstinación. La humillación de su anterior entrega a Marco le devoraba las entrañas.

-Habla por ti. En el avión te dije que Sophy y yo nunca habíamos

sido amantes -jugó con la copa-. No te creíste ni una palabra, ¿verdad? Te convenciste de que mentía.

-Algunos hombres mienten; resulta más conveniente que desnudar su alma y enfrentarse a las consecuencias. Imagino que también les resulta más divertido...

-Al demonio con esto -espetó él-. Tenías razón... no deberíamos hablar. ¿Cómo dijiste antes? ¿Qué terminamos diciéndonos cosas horribles? Volvamos a la cama, Polly. Es nuestro único modo de comunicarnos, ¿no?

-Correcto -la furia casi la cegó. Se tragó unas lágrimas ardientes y se oyó hablar con amargura-. El sexo lo es todo. ¿Qué quería Sophy? ¿Una narración detallada de cómo va nuestra luna de miel? ¿Se la diste? ¿Es así cómo os excitáis? -incluso en la bruma de ira se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

-No me lo creo... -se levantó, se inclinó sobre ella y la escrutó-. ¿Crees que deseo hacer de marido responsable por el bienestar de nuestro hijo, pero que en privado voy a mentir y a engañar sin ningún límite a mi depravación? ¿Incluso mantener una aventura con mi cuñada mientras mi mujer me da la bienvenida a su cama con ansiedad conmovedora...?

-Esto es terrible -susurró con voz temblorosa mientras se incorporaba-. Ahora comprendo con claridad que... no va a funcionar. No dejaré que me hagas esto... no dejaré que me destruyas...

-Ni siquiera se te ocurra pensar en abandonarme -le asió la muñeca con mucha fuerza.

-No puedo quedarme contigo... no de esta manera... ¿Cómo voy a confiar alguna vez en ti cuando es tan obvio que me mientes acerca de Sophy?

-Si tú te vas, Ben se queda. No lo olvides. ¡Tenlo muy presente!

-¿Para crecer sin el amor y el apoyo de su madre? -preguntó con amargura-. ¿Se supone que esa es una opción preferible, Marco?

Con un sollozo, se soltó y dio media vuelta para bajar por las escaleras a toda carrera, seguir el camino hasta el oscuro risco y descender a la playa.

La oscuridad era total. Se sentía como un animal acorralado y Marco era el cazador. La había atrapado y no pensaba dejarla ir. Encontró el sendero y empezó a bajar casi sin ver; el aire olía a salitre y a vegetación. Hacía calor y no soplaba nada de brisa. Respiró hondo y estuvo a punto de caer al llegar a la arena. Se dirigió al borde del mar.

Añoró a Ben, su hogar y la normalidad. No veía cómo podría soportar esa situación artificial entre Marco y ella. Enloquecería...

Marco estaba obsesionado con la idea de reclamar a su hijo, con crear la familia perfecta para Ben. Las molestias como su relación con Sophy, como los sentimientos de ella, las hacía a un lado ante la visión de un mundo perfecto para su hijo. La infelicidad de Polly sería su castigo por la imperdonable mancha en el honor de la familia por no hablarle de Ben...

-¿Polly...?

Su voz ronca la sobresaltó y estuvo a punto de emitir un grito. Asustada, giró en redondo.

-No me mires de esa manera... -continuó él, sujetándola por los hombros-. ¿Qué crees que te voy a hacer? ¿Estrangularte y arrojarte a los tiburones?

-Déjame en paz -susurró, esforzándose por soltarse.

-No. No en este estado. Vuelve a la casa.

-No...

-Vamos, Polly... -había un deje de desesperación en su voz-. Estás... trastornada. No puedo dejarte así...

-Sólo quiero un poco de tiempo a solas. Necesito pensar...

-Ambos estamos cansados -persistió con firmeza-. Creo que los dos necesitamos dormir. Vuelve a la casa ahora.

Con presión gentil pero decidida, la llevaba de regreso al sendero. A Polly se le tensaron todos los músculos del cuerpo ante la indignidad de ser conducida. Pero de pronto vio la inutilidad de luchar físicamente con él. Perdería. Dejó que la escoltara a la casa y al dormitorio. Sin mirarlo, recogió el camisón y el neceser y fue hacia la puerta.

-¿A dónde demonios vas?

-Arriba. Dormiré en el sofá de la terraza...

-Estás loca. Te devorarán los mosquitos.

-Entonces... dormiré en uno de los sillones dentro -dijo por encima del hombro.

-No hace falta -su voz sonó autoritaria-. Quédate con el dormitorio. Yo iré arriba -ella empezó a sacudir la cabeza. Marco cruzó la habitación y apoyó una mano en su hombro-. Polly, sé que la opinión que tienes de mí no podría ser más baja -añadió con sarcasmo-. Pero incluso un hombre como yo no dejaría que su esposa pasara la noche sentada en un sillón.

-Si te estás ofreciendo para hacerlo tú -dijo con mirada centelleante-, entonces no puede ser imposible.

-No es imposible -reconoció él tras un silencio furioso-; simplemente, no recomendable. Ríndete, Polly. Sabes que dormirás mejor en la cama. Y me parece que te hace mucha falta un buen

reposo.

-Hace unos minutos dijiste que también tú lo necesitabas.

-Ésta -expuso Marco con suma paciencia- es una de las conversaciones más estúpidas que he tenido. ¿Qué te parece si alcanzamos un compromiso? ¿Nos mantenemos en nuestros respectivos lados de la cama y contenemos nuestros impulsos sexuales?

-¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

-¿Te lo prometo por mi honor?

-¡Tú honor! Tú eres un hombre tan honorable, ¿verdad? No me hagas reír, Marco -dio la vuelta para meterse en el cuarto de baño, pero él le bloqueó el camino-. ¿Qué haces...?

-Actuar de acuerdo a un insulto repetido demasiadas veces, mi querida esposa -atrajo el cuerpo tenso de ella y se inclinó para darle un beso de tal intensidad que la dejó derretida en sus brazos. Luego la alzó y la depositó en la cama.

-Marco, suéltame... -comenzó, con el corazón desbocado.

-¿Por qué? Reclamo el pago por esa última hipocresía... -bromeó en voz baja-. No pienso dejar que te libres...

En esa ocasión, ella se opuso con fuerza. Lo golpeó con los puños, pero él atrapó sus muñecas con una mano poderosa e inmovilizó sus brazos por encima de la cabeza. Lo pateó con todas sus ganas, hasta que Marco bajó su cuerpo para clavarle las piernas a la cama.

-Polly, para... deja de luchar contra mí, cariño... -jadeó, plantándole besos irresistibles en las sienes, el mentón, el cuello, utilizando la lengua para excitarla hasta que también ella jadeó y, por último, se quedó quieta con una mezcla de pánico y necesidad.

Él la acariciaba, con suavidad y ansiedad, como si fuera el enemigo que necesitara someter con sensualidad; sus dedos se movieron por la esbelta columna del cuello de Polly y bajaron para cubrir la plenitud de sus pechos y hacer a un lado las finas tiras del vestido.

En un último intento por salvar su autoestima, ella intentó incorporarse cuando Marco empezó a bajarle el vestido, pero no lo suficientemente deprisa. La atrapó en sus brazos y volvió a echarla bajo su dureza y calor.

-Quítame las manos de encima -logró articular con voz estrangulada.

-¿De verdad quieres que lo haga?

Con temblorosa intensidad él le acarició los brazos y dejó sus pechos al desnudo. Polly no se había puesto sujetador por las tiras tan finas que tenía el vestido. Odiando su propia debilidad, sintió que se le ponía la piel de gallina cuando él pasó los nudillos por su suavidad y

se demoró en las cumbres crecientes de sus pezones...

-¡Lo prometiste! ¡Marco...! -él se había inclinado sobre un palpitante pezón y se vio obligada a contener el aliento y a gemir con un placer insoportable.

-No, sólo dije que podía prometerlo -en sus ojos había dolor y deseo-. Únicamente un hombre de honor cumpliría su promesa. ¿No es así, *cara mía*?

-Marco... -soltó un sollozo abatido-. El sexo no solucionará ninguno de nuestros problemas...

-Puede que no... pero es estupendo, ¿verdad? ¿Por qué negárnoslo? -murmuró, saqueando su boca, besándole el cuello, las orejas, las sienes, los pechos, el estómago, los muslos... hasta que el cuerpo tembloroso de ella fue un río ardiente de deseo hondo y traicionero-. Si hablamos, lo estropeamos todo. Así es como nos comunicamos, ¿recuerdas? Se nos permite hacer esto, cariño, porque es el bendito estado del matrimonio, cuya finalidad es la procreación de hijos... se supone que debemos estar juntos, amándonos u odiándonos... quizá es lo mismo...

-No, Marco... no lo es... -sollozó. Se arqueaba de forma compulsiva bajo sus exploradores dedos, sin desear responder pero hundiéndose en la caliente oscuridad de la pasión y el deseo, sintiendo la urgencia de la necesidad que tenía de él acallar todas las demás emociones...

-Entonces, lo mejor es que nos conformemos con el deseo, Polly... Di que me deseas... dilo...

-No...

-Dilo, Polly...

-¡No, no...! -en alguna parte encontró la fuerza para rechazarlo. Soltó las palabras en un sollozo furioso-. ¡Marco, no te deseo... no así, no cuando no puedo confiar en tu compromiso conmigo, ni siquiera en nuestra luna de miel...! ¿Me oyes? Para, para... suéltame...

De pronto él la soltó. Polly rodó fuera de la cama y, tambaleante, se puso en pie, levantando el vestido para cubrirse los pechos. El se incorporó despacio y se sentó en el borde de la cama. Se pasó unas manos inseguras por el pelo, se levantó y miró ciegamente a su alrededor, con expresión atontada, los ojos aún empañados por el deseo.

Encontró los vaqueros y se los puso, luego la camiseta.

-Por el amor de Dios, vuelve a la cama -indicó, dirigiéndose hacia la puerta. En ese momento sus ojos mostraban una expresión de desprecio, disgusto... Polly no supo si hacia él o hacia ella-. Y deja de estar asustada. He recibido el mensaje.

-¿Adonde vas?

-Tengo una cita con los mosquitos.

Capítulo 9

Cuando Polly se despertó, el reloj de la mesilla le indicó que eran las diez y cuarto. Se quedó quieta un rato, con los ojos clavados en el techo. El ventilador aún seguía en marcha, pero más despacio; Marco debió de entrar en algún momento y redujo su potencia.

Marco. Recordó los detalles de la noche anterior y entonces se movió de forma compulsiva y adoptó una posición fetal. Durmió mal; el esfuerzo de rechazarlo físicamente la había dejado temblando de necesidad, emocionalmente extenuada. Ahogó un sollozo.

Se levantó y se dio una ducha. Hacía calor; con toda probabilidad irían a la playa. Se puso un breve vestido playero de color turquesa sobre un bikini a juego. Hurgó en el bolso hasta encontrar las gafas de sol. Se las puso y salió al calor de la mañana, lista para ir a buscar a su marido.

Oyó el sonido del teléfono móvil mientras subía por las escaleras. Marco, con un polo blanco y bermudas azules, se hallaba sentado a la mesa en la terraza, hablando rápidamente en italiano.

Cerró el teléfono cuando ella se sentó.

-Buenos días -saludó-. He traído unos bollos frescos de la panadería del pueblo. Están esperándote en el horno. También he preparado café.

-Gracias.

-¿Alguna idea sobre lo que quieres hacer hoy?

-No.

-De acuerdo. Podríamos nadar un rato y tomar el sol. Luego quizá ir a cenar a Trapani. Hay algunos buenos restaurantes en el puerto. Cruzamos en el ferry a última hora de la tarde... lo cual nos permitiría pasar casi todo el día en la playa. ¿Qué te parece?

Polly se encogió levemente de hombros. El estado de ánimo de Marco esa mañana parecía ser educado, distante y cauto. Se sintió en terreno peligroso.

-Bien... supongo -se aclaró la garganta-. Estupendo.

-Perfecto -la observó con mirada inescrutable. Ella se levantó para ir a buscar el desayuno, pero él hizo que volviera a sentarse-. Siéntate. Yo te lo traeré -se quitó las gafas y la observó unos segundos-. ¿Cómo te encuentras esta mañana, Polly?

-Bien -se apresuró a responder-. Gracias por dejarme dormir...

-Es lo menos que podía hacer.

-¿De verdad? -se sintió insegura ante esa muestra desconocida de civismo-. ¿Qué tal los mosquitos?

-Asombrosamente interesados en mi pie izquierdo. Por suerte tenía algunos antihistamínicos en el coche... -desapareció en la cocina y

volvió con un plato con croissants y una jarra con café caliente.

Ella abrió uno y lo untó con mantequilla y mermelada de albaricoque.

Reinó un breve silencio. Él sirvió café para los dos y luego se reclinó en la silla para observarla con los ojos entornados.

-Marco, en cuanto a lo de anoche... -comenzó.

-Lo siento. No volverá a suceder -la interrumpió. Ella lo miró sorprendida. Sus ojos le helaron el corazón-. Estaba enfadado -explicó-. Es un motivo peligroso para querer... sexo. Supongo que merecía los mosquitos.

-Sé que estabas enfadado... -dejó el bollo y lo observó, de repente sin apetito-. ¿Fue por mi... comentario sobre el honor?

-¿Tú qué crees?

-Que sí -asintió, apartando el plato-. Fue una... provocación. Lo siento.

-¿Lo sientes? ¿Eso significa que retiras la acusación?

-¿Quieres decir si creo que eres un hombre honorable? -lo miró.

-Si deseas ponerlo así. ¿Y bien?

-Si lo que quieres saber es si pasaré por alto las cosas que haces y aceptaré todo lo que dices... bueno, lo intento, Marco, pero...

-¿Lo intentas? -el sarcasmo fue intenso.

-Marco... -comenzó con voz ronca y emociones encontradas.

-Me engañaba al pensar que funcionaría -continuó él con frialdad-. Tendremos que solucionarlo al llegar a la Toscana. Mientras tanto, para evitar los rumores acerca de nuestra breve luna de miel, disfrutemos de lo que nos queda, ¿te parece?

-¿Y qué es exactamente? -tuvo que obligarse a preguntar

-Sin confianza, nuestro matrimonio es un infierno -contestó-. Quizá fui arrogante al imaginar otra cosa.

Ella se detuvo con el croissant en el aire. Contuvo el deseo de llorar. Tenía que ser fuerte, al menos por Ben...

-Termina de desayunar, Polly. Luego iremos a la playa.

Trapani de noche bullía de vida, con restaurantes por todo el puerto. Polly agradeció el bullicio. Sospechó que Marco lo había elegido adrede, para que pudieran actuar como una pareja feliz sin necesidad de establecer una conversación íntima.

El día había transcurrido con asombrosa velocidad. Nadaron, tomaron el sol, leyeron en la playa y ella recogió caracolas. Marco la llevó en una motora por la costa y le enseñó cuevas en los riscos. A pesar de la reserva existente entre ellos, disfrutó con su compañía.

-Elige dónde quieres cenar -sugirió con cierto distanciamiento mientras paseaban por el muelle entre multitud de gente-. Escoge un

restaurante que te llame la atención...

-Eso es una tontería -protestó ella-. Tú conoces el sitio. Yo no...

-De acuerdo -aceptó él-. Iremos a uno de mis preferidos. Sirven una excelente langosta...

-¡Marco! ¡*Ciao,* Marco! -una pareja que caminaba hacia ellos se había detenido, e intercambiaron saludos en italiano.

-Mi esposa, Polly -la presentó en inglés-. Polly, éste es Mario, un viejo amigo y colega, y su mujer Giuliana.

-*Piacere,* encantada de conoceros -murmuró ella, estrechando la mano de él y entregándose con tímido placer a los cálidos dos besos latinos.

-¿Hablas italiano? -preguntó Giuliana con una sonrisa. Llevaba un vestido negro corto y era muy atractiva.

-Me temo que no... al menos no para mantener una conversación inteligente.

-No importa, hablaremos en inglés. ¡Marco nos acaba de contar que estáis recién casados! Felicidades, nos alegramos mucho por los dos.

-¡Debéis cenar con nosotros! -insistía Mario-. Se trata de una doble celebración, Marco. Recién casados, y haber conseguido las condenas más espectaculares de la década. ¿Cómo te sientes, Polly, al ser la esposa de uno de los abogados más valientes de Italia?

-¿Qué...? -comenzó ella con curiosidad, al tiempo que el maître los conducía a la mejor mesa del restaurante-. ¿De qué está hablando, Marco?

-Mario tiene la costumbre de exagerar. Se refiere a un juicio que terminó la semana pasada. No es importante.

-¿No lo sabes? -comentó Giuliana al sentarse-. Oh, claro, habrás estado ocupada con la boda... -calló, incapaz de convencerse de que fuera una causa probable de la ignorancia de Polly.

-No todo el mundo en Italia comparte tu lealtad hacia nuestra ciudad en Sicilia -indicó Marco-. Y Polly acaba de llegar de Inglaterra. Desconoce nuestros... vicios y política internos...

-Pero está claro... -Mario se interrumpió al notar una mirada de advertencia de su mujer. De golpe cambió la conversación a trivialidades.

Demasiado orgullosa para pedirle una explicación delante de sus amigos, Polly se concentró en la comida. Marco había recomendado el cuscusu, una sopa local de pescado, y la langosta. Cuando Mario y Marco a veces charlaban en italiano, Polly hablaba con Giuliana.

-Tengo ganas de tener un hijo -le confió-. Llevamos casados cuatro años, y yo tengo treinta y dos. Empieza a preocuparme el paso del

tiempo. ¿Tú quieres hijos, Polly?

-Bueno... -titubeó, preguntándose qué decir, y de pronto se dio cuenta de que Marco escuchaba.

-Polly ya tiene uno. Es mi hijo -repuso con sencillez-. Tiene tres años.

La reacción de la pareja italiana fue tan natural y festiva que a Polly empezó a caerle muy bien. «Podía ser amiga de esas personas», decidió cuando los siguientes minutos se dedicaron a ofrecer una explicación cauta y una versión muy abreviada del tiempo que habían estado separados y de su reconciliación.

No fue hasta el final de la cena cuando volvió a salir el tema del juicio. El dueño del restaurante se presentó con una botella fría de Krug y realizó un discurso vehemente. Brindó por la entrega y valor de Marco al llevar a la justicia, en una serie de brillantes maniobras legales, a muchos criminales peligrosos de su pueblo en la isla. Con orgullo, añadió que era su *angelo custode*.

Polly se obligó a cerrar la boca que se le había abierto. La noche cobraba un aspecto surrealista. Tardaron veinte minutos en poder irse del restaurante. Sólo la necesidad de no perder el ferry a Favignana y el hecho de que estaban recién casados les permitió escapar.

-¿Se me pasó por alto algo en la prensa italiana? -preguntó Polly mientras esperaban sentados en el muelle.

-Es posible -Marco no apartó la vista del frente. El ferry se acercaba a ellos en la oscuridad.

-¿A qué vino ese brindis?

-Ya te lo dije, nada importante.

-Es evidente que tus amigos no piensan lo mismo.

-Fue un caso en el que trabajé mucho tiempo. El resultado atrajo mucha publicidad.

-Pero, ¿por qué? -insistió-. ¿Por qué eres tan famoso?

-¿Famoso? -rió-. Algunos amigos, uno de los cuales también es abogado, me felicitaron por el éxito de un caso, Polly. Es posible que el dueño del restaurante siguiera las órdenes de Mario.

-No me dio esa impresión. Y los demás comensales del restaurante parecían conocer todos los detalles.

-De acuerdo -suspiró-, quieres una narración detallada de mis actividades profesionales. Como fiscal, logré convencer a un criminal con influencia de que sería mejor para él convertirse en un *pentito*...

-¿Un qué?

-Entregarle pruebas al estado... convertirse en un arrepentido.

-¿Quieres decir dar información sobre personas para reducir su propia condena?

-Exacto.

-¿Y...?

-Y el resultado fue unas condenas espectaculares -sonó divertido-. Conseguí información sobre otras personas que actuaban como ciudadanos honestos al tiempo que se dedicaban al fraude y al crimen organizado; un par de políticos, algunos industriales e incluso uno o dos magistrados. Al finalizar, el caso llegó a los titulares. Algunos periódicos acuñaron el término angelo custode...

Polly guardó silencio y observó su perfil; el ferry ya había atracado y los pasajeros desembarcaban. Junto con las otras personas que esperaban, Marco y ella se pusieron en pie.

-Suena como si te hubieras labrado todo un nombre -comentó en voz baja-. ¿Ángel de la guarda? ¿Eso no... no te pone en cierto peligro? ¿Estás en la lista negra de alguien?

-Ahora no -la tranquilizó-. E incluso antes de las condenas no corría más peligro que si hubiera realizado el trabajo... digamos de un policía o de un bombero. ¿Te preocupa Ben? ¿Crees que he sido irresponsable al reclamar a mi hijo en estas circunstancias? Te prometo que ni Ben ni tú habéis estado jamás en peligro. El caso concluyó antes de que vinieras al bautizo, Polly...

-En realidad, no pensaba ni en Ben ni en mí... -sintió que se ruborizaba.

-Entonces, ¿en quién? -insistió él-. ¿No me digas que te preocupa mi seguridad y bienestar?

-¿Crees que me alegraría verte muerto? -musitó.

-Podría solucionarte el dilema en el que te encuentras -se burló-. Aunque tal vez ahora dejes de sospechar que tengo lazos con el hampa. ¿Quizá se pueda desterrar la idea equivocada de los Hamilton?

Ella sintió que las lágrimas amenazaban con caer. Al no confiar en poder hablar, miró las aguas oscuras.

Sonó el móvil y Marco contestó, primero en italiano y luego cambió a inglés. Al principio, ella escuchó con gesto distraído, pero de pronto captó la expresión de él. Sintió un puño helado en el corazón. La gente embarcaba, pero Marco y ella permanecían quietos en el muelle.

-¿Qué? ¿Qué pasa? -demandó Polly cuando guardó el teléfono y se volvió para mirarla.

-Ben está ingresado en un hospital de Florencia; por lo que pude entender, tuvo un accidente mientras nadaba...

-¿Un accidente mientras nadaba? -repitió ella casi sin voz-. ¿Cómo? ¿Dónde? -sintió un terror gélido en su interior.

-Estaba con Sophy. No está muy claro qué sucedió...

-Marco, ¿se encuentra bien? ¿Se pondrá bien?

-Sí, por supuesto, que no te domine el pánico; pero debemos volver de inmediato, cariño...

-Sí, claro... Pobre Ben, estará muy asustado. Me querrá tener a su lado... siempre que se lastima me necesita a su lado. Pero se mostrará demasiado orgulloso para llorar, en especial sin mi presencia... -luchaba por mantener la normalidad mientras la histeria crecía dentro de ella.

-Polly, cariño... *Cara*, en este momento, Ben no sabrá que no estás a su lado. Mi padre... -Marco habló con gentileza, pero su voz tenía un deje ronco-. Mi padre dice que está inconsciente. Existe el riesgo de que haya entrado en coma.

Los acontecimientos que tuvieron lugar a Polly le parecieron irreales; esas cosas les pasaban a los demás. Era como una observadora atontada y distante. Las ansiosas llamadas telefónicas para decidir la vuelta más veloz a la Toscana. El tormento de esperar un vuelo tras el frenético trayecto al aeropuerto en el coche de Giuliana y Mario.

Cuando al fin su avión estuvo listo para el despegue, Giulianna abrazó a Polly con los ojos anegados de lágrimas.

-Tu hijo se pondrá bien. Rezaré por ti.

-Llamadnos -fue lo único que dijo Mario, dándole un abrazo a Marco.

Desde su perspectiva distante, Polly vio que el rostro de Marco estaba ceniciento. Su propio cuerpo parecía sin sangre, como si fuera una muerta viviente.

El vuelo corto pareció interminable, el trayecto en taxi por Florencia hasta el hospital una pesadilla. Una vez allí, atravesaron corredores blancos hasta llegar a una sala de espera donde los miembros de la familia Daretta, con Sophy, estaban sentados o de pie, pálidos y serios o llorando en silencio. En la habitación yacía una forma inerte en el centro, de una cama diseñada para un adulto. Unos monitores y goteos bloqueaban el camino de Polly, cuando lo único que ella deseaba era espacio y libertad para abrazarlo, acunarlo y revivirlo.

Ajena a todo, se dirigió a su hijo, lo sostuvo en brazos y le llenó la cara de besos, mojándolo con sus lágrimas. Pasó mucho tiempo antes de que alzara la vista y observara a Marco. Mostraba una expresión tensa. Asió una de las manos de Ben y, con voz ronca, le habló en italiano.

Polly respiró hondo. Sea lo que fuere que Marco y ella no tuvieran, compartían algo muy poderoso en su amor por Ben.

-Vamos a hablar con el médico -dijo él. Depositó con ternura la mano de su hijo sobre la sábana.

-Lo encontré flotando boca abajo en el agua -comentó Sophy con voz tensa.

-¿Lo encontraste? -Marco exhibió una frialdad controlada que hizo que Polly girara la cabeza para mirarlo-. ¿Qué quieres decir con eso? ¿No estabas con él?

-Claro que sí. Me... di la vuelta unos segundos, eso es todo...

Todos mantuvieron una larga conversación con el médico sobre las posibilidades de que Ben se recuperara. El médico se mostró cauto. El pronóstico aún era incierto. Si Ben despertaba en las próximas horas, el peligro se reduciría. Pero no había ninguna garantía de que eso sucediera. Si entraba en coma, un factor determinante serían las lesiones cerebrales que pudiera padecer.

Sentada en la pequeña sala de espera y sintiéndose como en una pesadilla, Polly tuvo un escalofrío con el ligero vestido que se había puesto en lo que parecía un siglo atrás para cenar con Marco en Trapani. La rodeaban Marco, Ruth, Tino y Sophy, ésta última tratando de explicar lo ocurrido.

Al parecer, se había ofrecido a cuidar de Ben mientras Ruth y Tino iban de compras y Marietta alimentaba a las mellizas. Ben anunció que quería practicar su nueva técnica de natación. Al no ver ningún mal en ello, Sophy lo había llevado a la casa de Marco, lugar donde tuvo lugar el accidente.

-¿Así que te volviste unos segundos, y en esos pocos segundos mi hijo corre a la piscina, resbala, se da un golpe en la cabeza, perdiendo el sentido, cae en el agua y se queda flotando boca, abajo por un período de tiempo indeterminado?

Polly apoyó la mano en la de Marco. Sophy se había puesto muy pálida. Se la veía sinceramente perturbada. Miró a Ruth y a Tino. Sus rostros estaban tensos, pero contemplaban a Marco y parecían reacios a intervenir.

-Ahorremos nuestras energías para Ben -susurró-. Culpar a Sophy no nos va a ayudar. Estoy segura de que ya se siente bastante mal, Marco...

-¿Es así, Sophy? -siguió con la vista clavada en ella.

Polly volvió a observarlo. Empezaba a sospechar que había hablado con Tino o Ruth y que sabía algo que ella desconocía.

-¡Por supuesto que me siento mal! -exclamó Sophy a la defensiva-. Me ofrecí a cuidarlo toda la tarde, y sólo hablé con Luciano unos

minutos...

-¿Hablabas con Luciano? ¿Estaba allí contigo?

-Bueno, no, pero...

-¿Quieres decir que hablabas con él por teléfono? ¿Tenías un móvil?

-Bueno, no...

-¿Quieres decir que entraste en la casa para utilizar el teléfono? La casa está a cinco minutos de la piscina. ¿Cómo pudiste dejar a un niño de tres años sin vigilancia en aguas donde no hacía pie?

-¡Estás celoso porque llamé a Luciano!

En el grupo reinó un silencio absoluto.

-Siempre te consideré una amiga -dijo Marco con fría precisión; de pronto todo él fue siciliano, sin ningún rastro de la reserva inglesa que formaba parte de su carácter-. Hace muy poco que he descubierto mi error. Averigüé que desconoces qué es la amistad, Sophy.

-Marco...

-Mis amigos no sabotearían mis relaciones -continuó implacable-. No contarían mentiras para evitar que me una a la madre de mi hijo. No causarían problemas el día de mi boda. No llamarían a mi teléfono móvil con la esperanza de estropearme la noche de bodas. Y, por encima de todo, no descuidarían la seguridad de mi hijo por hablar con alguien cuando debían estar vigilando al pequeño. Yo diría que nuestra amistad se ha acabado, Sophy. ¿Tú no?

Sophy se levantó de un salto, con el rostro rojo de furia y humillación, y salió corriendo de la sala. Con piernas temblorosas, Polly fue tras ella. La alcanzó en mitad de uno de los interminables pasillos.

-¡Espera! Sophy, espera...

Su hermanastra giró, con el rostro como una máscara.

-Vuelve con tu amado Marco -aconsejó con tono burlón-. Es evidente que has ganado; ¡buena suerte!

-No te vayas así -suplicó Polly, enjugándose unas lágrimas-. Pensando que te culpamos por lo sucedido... Marco no lo cree; es que... es que está desolado por lo de Ben... lo conoce desde hace tan poco tiempo... tiene miedo... le aterra... -no fue capaz de expresar lo impensable...

-Lo siento -musitó Sophy. Parecía incómoda, como si fueran las palabras más difíciles que hubiera pronunciado. Reinó un silencio pesado. Sophy había empezado a llorar. Polly la abrazó y sintió que su hermana temblaba. Entonces se puso a hablar con rapidez-. Supongo... Oh, demonios, Polly, me siento culpable por Ben; fue un accidente, pero es probable que tuviera que haberlo vigilado con más atención, y

si algo le sucede... Oh, Dios, Polly... se pondrá bien, ¿verdad? Di que se pondrá bien...

-Cometiste un error, Sophy -logró articular con un nudo en el estómago al imaginar a Ben, solo, junto a la piscina-. No estás acostumbrada a los niños pequeños. Torturarte no eliminará lo sucedido. Intenta no culparte demasiado...

-Tan dulce y generosa. Ese es parte de tu problema. Si la situación fuera a la inversa, yo nunca te perdonaría. Yo he sido la peor, supongo... -calló unos instantes-. Marco tiene razón, he... he mentido. A él, a ti. Él y yo sólo hemos sido amigos... por elección suya, no mía. Yo quería que fuéramos amantes, pero él no; sin embargo, seguimos en contacto y fomentamos la amistad por la familia, para que la enemistad no continuara a la siguiente generación, como explicó él, y... y no pude soportarlo cuando me di cuenta de que sentía algo por ti. No aguantaba la idea...

Polly escrutó la cara pálida de Sophy. Había tanta culpabilidad en su expresión, que ésta supo que, por una vez, decía la verdad.

-¿De modo que todos estos años te estuviste inventando que Marco y tú erais amantes?

-No has tardado en comprenderlo -repuso con amargura, secándose otra lágrima-. Porque lo deseaba. ¿Lo entiendes?

-Su... supongo que lo entiendo... -se oyó decir, aunque le costó comprender la interminable serie de mentiras.

-Incluso me guardé algunas cartas que te escribió -completó la confesión-. Mientras estabas en los Estados Unidos con Paul, fui al Priorato Hamilton y vi esas cartas dirigidas a ti en la mesita del vestíbulo. Era la caligrafía de Marco. Las... las escondí...

-Oh, Sophy... -de pronto, Polly se sintió demasiado exhausta para continuar.

-Sé que he sido terrible -sonó como una niña pequeña, desesperada porque le dijeran que no había sido tan mala-. Es probable que incluso los dioses me estén castigando... si algo le pasa a Ben no sé cómo voy a poder vivir con ello...

-Sophy... lo que pasó con Ben no fue deliberado, lo sé. Sea cual fuere tu actitud, jamás hiciste algo adrede para herir a Ben... fue... un descuido... una aberración momentánea por tu parte -dijo despacio-. Pero interferir entre Marco y yo... ¿Por qué? ¿Por qué siempre me has odiado tanto?

-Estaba celosa -reveló con el rostro aún más pálido.

-¿De mí? -Polly agitó la cabeza-. ¿Por qué...?

-Supongo que porque tenías todo el cariño de papá -se encogió de hombros-. Mi padre verdadero se marchó antes de divorciarse de mi

madre. Jamás se molestó en averiguar cómo era yo. Y cuando mi madre se casó con tu padre, lo único que siempre oía era «Polly esto... Polly aquello». Tú eras la inteligente que iba a la universidad, y yo la estúpida que intentaba ser modelo... Y la gota que colmó el vaso fue Marco... -rió con sonido hueco.

-Sophy, vuelve conmigo -Polly respiró hondo-. No tienes que irte. Marco se calmará...

-No, es mejor que me vaya. Llamaré a Luciano. Le diré que necesito un hombro sobre el que llorar -dijo con su habitual ligereza, como si al confesarse a Polly hubiera liberado su conciencia-. O al menos alguien que me invite a cenar. Puede que esta noche me quede en su casa; lo mejor es que me mantenga alejada del círculo familiar, ¿no? Llamaré mañana para ver cómo se encuentra Ben...

Con sus sentimientos sumidos en el caos, Polly observó a su hermana marcharse con paso vivo. Al regresar al cuarto de Ben, se encontró con Ruth. Lloraba y miraba de un lado a otro, como si buscara a alguien justo fuera de la sala de espera.

-¡Polly! -Ruth le aferró los brazos-. Oh, querida, te estaba buscando... Ha sucedido lo más maravilloso... ¡Ben ha despertado! ¡Está despierto!

Marco salió de la habitación en el preciso momento en que el mundo se volvía negro y Polly se desmayaba.

Capitulo 10

-¿Polly? ¿Estás bien? Era la voz de Marco. Se hallaba en sus brazos. Al recuperar el sentido, intentó ponerse en pie.

-Ben... tengo que verlo... -calló y se llevó una mano a la boca al sentirse mareada.

-Polly...

-Baño... -la condujo al cuarto de baño adjunto e ignominiosamente, con Marco sosteniéndole la cabeza, devolvió. Cansada, tiró de la cisterna, fue al lavabo, abrió el agua fría, se mojó la cara y se enjuagó la boca-. Debo ver a Ben -repitió con voz temblorosa-. No sé por qué me he desmayado o vomitado. Me siento tan feliz que podría volar, pero aquí estoy...

-La impresión -comentó Marco con suavidad.

Con su ayuda, entró en el cuarto de Ben, que seguía en la cama con los ojos cerrados, unido todavía a los monitores y tubos. Ruth y Tino estaban sentados a un lado de la cama. Polly giró para mirar el rostro de Marco.

-Está bien, cariño. Sólo despertó unos momentos. Pero va a recuperarse. Los médicos dicen que se va a poner bien...

Polly se acercó para asir la manita de su hijo; con ternura lo abrazó y el corazón se le desbordó al oír su respuesta.

-Mami...

Angelina encontró su verdadera vocación cuando Ben llegó a la casa en la Toscana. Resignada en ese punto de su vida a ser una simple casera, parecía estar en su elemento como devota cuidadora de Ben, atenta a todos sus caprichos.

-He de tener cuidado con sus sentimientos -le comentó Polly a Marco mientras una noche tomaban unos martinis antes de cenar-. Quise llevarle a Ben un zumo de naranja a la cama y le pregunté si le importaba.

-Si se vuelve demasiado posesiva, le diré algo.

-Claro que no, sólo bromeaba; creo que es muy tierno que Ben la haya conquistado de esa manera.

-Realizará docenas de conquistas cuando crezca.

-Como su padre -dijo Polly sin pensar.

Reinó el silencio. Miró a Marco y lo vio relajado. Desde que regresaron a la casa de campo, se mantuvieron en sus respectivas habitaciones; cuando el día anterior trajeron a Ben, éste volvió a ocupar su cama junto a la de Polly, igual que antes. Era como si su matrimonio jamás se hubiera producido.

Estaban sentados en la terraza. La luz de la tarde empezaba a desvanecerse. Angelina se movía en la cocina, preparando la cena.

-El accidente de Ben ahora parece irreal -indicó Polly.

-Es un chico duro -acordó Marco-. Es un Daretta.

-Es medio Daretta, Marco, y medio Hamilton -en el silencio que siguió, volvió a mirarlo-. Tú mismo has heredado mucho de la rama inglesa de tu familia.

-¿Y qué se supone que significa eso? -sus ojos eran inescrutables.

-Toda esa sangre fría anglosajona -ella sonrió levemente-. Quizá nos haga falta una pelea muy latina para despejar el aire...

-¿Despejar el aire? ¿Eso es lo único que crees que debemos hacer, Polly?

-Debemos hacer algo. Este... ir de puntillas alrededor del otro me está matando, Marco. Me bloqueas. Te comportas como un desconocido. Eres... eres educado y correcto... pero la única vez que te he visto sonreír fue con Ben...

-¿Qué esperabas? -preguntó con cierta amargura-. ¿Que me pusiera de rodillas en gesto de gratitud sólo porque Sophy te dijera la verdad y tú al final me creyeras y confiaras en mí?

-Marco... -comenzó con voz ronca-. Siento no haber confiado en ti. Lo siento tanto. Es lo único que puedo decir.

-Lo sé.

-¿Y eso no basta? -ya conocía la respuesta.

-He estado pensando -expuso-. Necesito algún tiempo a solas.

-¿A solas? -repitió con dolor en los ojos-. Aguarda un minuto. Tú eres quien nos obligó a este matrimonio, tú eres quien exigió un compromiso total por mi parte porque era la madre de tu hijo, quien se guardó mi pasaporte por si queria regresar a Inglaterra, quien insistió en una relación sexual cuando yo quería que las cosas siguieran en su estado platónico...

-Polly, necesito espacio -se levantó con expresión sombría-. Necesito tiempo para saber cómo me siento...

-¿Cómo te sientes? ¿Cómo crees que me siento yo?

-Yo diría que atrapada... manipulada para casarte con alguien a quien no amas. Necesito analizar qué siento al estar casado con una mujer que tiene este respeto... -dejó un centímetro entre los dedos pulgar e índice-... por mi integridad.

-Marco, espera un momento... -se incorporó.

-En nuestra luna de miel, realizaste acusaciones que aún no puedo perdonar. Desdeñaste mi mundo, mostraste desprecio por mi moral, estabas preparada para creer que detrás de cada paso que daba anidaban los peores motivos posibles...

-Y aunque te haya dicho que lo siento, ¿no piensas olvidarlo? Quizá haya más de siciliano en ti que de anglosajón, después de todo.

-Quizá.

-¿Y qué piensas hacer?

-Tengo asuntos de trabajo en Roma. Estaré ausente unas dos o tres semanas...

-En ese caso, quiero que me devuelvas el pasaporte, Marco. En unos diez días Ben podrá viajar. Necesito volver a Inglaterra un tiempo. Con Ben.

-¿Para poder ver a Paul?

-Lo que tú quieras creer -repuso con amargura.

-Infórmale a Angelina que cenaré fuera, ¿quieres? -dio media vuelta y la dejó.

-Mami, tienes polvo por toda la cara. ¿Por eso lloras?

Tres semanas más tarde, Polly estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo del desván del Priorato Hamilton. Alzó la cabeza ante la pregunta inocente de Ben. Lucía un sombrero de Napoleón que había sacado de uno de los baúles donde que se guardaban los disfraces que los Hamilton habían ido acumulando a lo largo de los años, en especial para las reuniones familiares por navidad.

Leía las cartas de Marco. Aún se hallaba bajo el impacto y la sorpresa de haberlas encontrado. Fue por casualidad; Sophy, a la defensiva, había jurado que olvidó dónde las había puesto.

-No, cariño, no es por el polvo -se pasó una mano por la mejilla para secarse las lágrimas-. Leo algo triste, eso es todo...

-¿Una historia?

-Hmm... no, cariño, no exactamente...

Después de hacer el amor aquella vez en Cambridge, él sintió que Polly era «demasiado importante para perderla», le escribió, y esperaba que ella sintiera lo mismo. Lamentaba haber divagado y soltado un discurso... pero se sentía muy mal por haber perdido el control de esa manera y haberle hecho el amor mientras estaba mareada. Necesitaba verla con desesperación, hablar con ella...

Lo creas o no, Polly, te amo. Me parece que todo empezó en Prizzi. Eras tan dulce y seria, pero yo no dejaba de pensar en ti como mi pequeña prima. Sin embargo, anoche comprendí que había perdido mucho tiempo...

Con los ojos anegados de lágrimas, no dejó de volver a esas palabras increíbles. «Polly, te amo...». Todo ese tiempo las cartas habían permanecido allí, leídas por Sophy, escondidas. El alcance del daño causado por su hermanastra hizo que le diera vueltas la cabeza.

Sacó un pañuelo de papel y se limpió la nariz. Marco había escrito desde el corazón; corrió un riesgo al exponerse de forma tan

vulnerable. ¿Qué habrá pensado al no recibir respuesta? Contuvo más lágrimas. Todo ese tiempo, mientras lo amaba en secreto, él también la había amado. Todos esos años perdidos en los que podría haber estado para ella, para Ben...

Había dos cartas más. La segunda fue escrita una semana después, y en ella le decía que al no haber recibido noticias suyas, estaba a punto de escribirle a los Estados Unidos, a la dirección que le había dado su padre, hasta que Sophy le comentó que había ido a pasar allí todo el verano en compañía de su novio, Paul. La tercera, escrita dos semanas más tarde, era conmovedoramente corta y fría, y en ella afirmaba que si se producía alguna repercusión por haber hecho el amor, ella sabía dónde encontrarlo, y que él siempre estaría allí si lo necesitaba...

-Si no es una historia, ¿qué es? -Ben la observaba con creciente curiosidad.

-Son... son unas cartas de tu papá...

-¿Por qué son tristes?

-Porque no sabía que las había escrito... -con un esfuerzo se controló y se levantó, guardando las cartas en el bolsillo...

-¿Cómo llegaron al baúl de los disfraces?

-Es algo complicado, cariño...

-¿Cuándo va a volver papá? -Ben desenfundó la espada y comenzó a golpear el baúl, mostrando una capacidad alarmante para la violencia marcial-. Por teléfono dijo que vendría a verme pronto. Quiero que venga mi papá. Quiero a mi papá.

-Yo también -coincidió Polly mientras bajaban las escaleras que daban al suelo alfombrado que, a su vez, conducía a las escaleras que llegaban hasta el vestíbulo.

La voz profunda que hablaba con Mary hizo que se sobresaltara. Se acercó a la barandilla y vio a Marco al pie de las escaleras.

-¡Marco!

-¡Papá!

Polly asió la mano de Ben para evitar que cayera y, lentamente, bajaron a su encuentro.

Marco se agachó, alzó a Ben en brazos, lo abrazó, le dio dos besos en las mejillas y con solemnidad admiró su atuendo. Luego, mientras Ben no cesaba de contarle lo que había hecho, la miró.

-¿Cómo estás? -preguntó con suavidad-. Aparte de disfrazarte de deshollinadora.

-Echándote de menos -se pasó el dorso de la mano por la cara y observó las manchas polvorientas-. ¿Y tú?

-Echándote de menos.

-¡Papá, no me estás escuchando...!

-Lo siento, Ben... -alzó el cuerpo de Ben en el aire y le sonrió-. No escuchar es el peor delito -reconoció con humildad, bajándolo a la alfombra-. Junto con no confiar, no creer, no perdonar...

-Ben... -Polly se agachó ante su hijo-. Cariño, papá y mamá tienen mucho de qué hablar; ¿puedes ayudar a Mary con la cena durante un rato?

-Así es, precioso -dijo Mary, alargando la mano-. Pip y Davy no tardarán en venir; si quieres, puedes hacer figuritas de masa con ellos.

Pip y Davy eran dos de los muchos sobrinos pequeños que tenía Mary, y que en muchas ocasiones eran compañeros de juego de Ben.

-¿Papá va a volver a irse? -preguntó introduciéndose el pulgar en la boca.

Polly contempló a Marco con el corazón en un puño. Los ojos oscuros de él contenían una intensa interrogación; volvió a mirar a Ben y sacudió la cabeza.

-No -le dijo con ojos húmedos-. Creo que papá no volverá a marcharse.

-Ben tiene buen aspecto -comentó Marco.

-Sí. Ha estado jugando en la playa y en el mar con los sobrinos de Mary.

-Entonces, ¿no lo ha asustado el agua?

-Todo lo contrario -tras el desinhibido placer que mostraron al verse, conversaban con incómoda educación, como una pareja de extraños. Marco parecía mantener las distancias-. Hace poco pensé en atarle una cuerda larga. Su sentido de la aventura parece estar desarrollándose junto con su destreza para nadar. Intento no mostrarme sobre protectora, aunque resulta difícil.

Después de lavarse la cara y las manos, condujo a Marco por unos pasillos hasta el saloncito de atrás, que daba a los jardines. Tras cerrar la puerta, le indicó un sofá bajo la ventana.

-Llevo sin venir a esta casa diez años -murmuró él- . Desde que la abuela Hamilton me insultó.

-No, Marco... -intervino ella con voz tensa-. No vuelvas a sacar el pasado...

-No te preocupes, no lo haré. Sólo me resulta extraño, eso es todo. Ven a sentarte, Polly.

-Me he mantenido ocupada durante tu ausencia -comentó, quedándose de pie ante él-. Mary me ha ayudado mucho con Ben, y me he dedicado a indagar un poco en el *Árbol Familiar*... creo que con los programas de ordenador adecuados probablemente podría dirigir el negocio desde la Toscana...

-Eso está bien. Polly...

-Y Janie ha dicho que ella se ocuparía de la parte inglesa. Podemos usar el correo electrónico para mantenernos en contacto. No hay motivo para que no funcione...

-Ninguno. Me alegro. Son noticias estupendas. Polly, me encantaría hablar de tus planes profesionales, pero, ¿no podemos hacerlo más tarde? ¿Podemos hablar de nosotros?

Polly contuvo el aliento. Seguía con la camiseta y los pantalones cortos y el pelo recogido en una coleta. No se sentía preparada para una discusión acalorada sobre cómo salvar su matrimonio de cinco semanas. Se dio cuenta de que él había extendido la mano. Tragó saliva y alargó la suya. Hizo que se sentara a su lado. Cerró los dedos en torno a los suyos, desesperada por mantener el contacto físico.

-Cariño... por el modo en que hablas... ¿Estabas tan segura de que nuestro matrimonio se recuperaría?

-Sí -repuso con tono desafiante-. ¿No tendría que haber sido así?

-No te merezco, -cerró los ojos y suspiró-. ¿Me perdonarás?

Por primera vez desde que había llegado, ella se atrevió a mirarlo fijamente. Vio una emoción tan intensa en su atormentada mirada que sintió que el corazón se le henchía de amor y añoranza.

-¿Por qué, exactamente?

-Por comportarme como un bastardo inmaduro y obsesionado; por irme a Roma; por dejarte de esa manera.

-No negaré que me dolió -bajó la vista a sus manos unidas-. ¿Por qué tuviste que marcharte?

-Porque no era capaz de pensar con claridad -confesó con tristeza-. Aun después de contarme lo que dijo Sophy, no pude asimilarlo. Me había acostumbrado a pensar lo peor... que habías ignorado mis esfuerzos por ponerme en contacto contigo después de nuestra noche en Cambridge, que amabas a un compañero de estudios llamado Paul, que mantuviste a Ben lejos de mí porque no querías llegar a conocerme... -calló con respiración jadeante-. ¿Me perdonas? Lamento tanto haberte abandonado cuando Ben y tú necesitabais apoyo...

-Sí. Te perdono. Pero sólo si has vuelto para quedarte.

-Hay otra pregunta que necesita una respuesta directa -continuó con voz ronca-. ¿Me amas, Polly?

-Claro que sí -repuso con sencillez y aguardó en silencio-. Ahora es tu turno -lo instó. El corazón le palpitaba con violencia.

-Polly, *cara*... -la expresión en sus ojos fue hipnotizadora-. Debes saber lo que siento por ti... Te he amado durante tanto tiempo que no recuerdo no hacerlo. Quiero estar contigo en todo momento. No me creo haber estropeado tanto las cosas...

-¿Estás loco? -estalló ella-. ¡Me pides perdón cuando casi todo fue por culpa mía! ¡O de Sophy! Todos estos años, y jamás supe de la existencia de... -hurgó en los bolsillos de los pantalones cortos y extrajo las cartas arrugadas-. Lo único de lo que disponía para continuar era tu horrorizada reacción aquella vez en Cambridge...

-Estaba horrorizado conmigo mismo porque había traicionado tu confianza... eras virgen y, peor aún, no te encontrabas en un estado en el que supieras qué querías aquel día...

-Y luego pensé que eras de Sophy, y sentí que imponerte mi embarazo sería lo más egoísta del mundo...

-¿Qué hay de Paul? -preguntó él tras una breve pausa-. ¿Por qué fuiste a los Estados Unidos con él?

-Era... es un amigo... -contuvo una risa culpable-. El viaje se había preparado con meses de antelación al baile de Cambridge. La verdad respecto de Paul es... bueno, su tendencia sexual va en otra dirección…

-¿Es gay? -Marco la contempló con incredulidad, luego sacudió la cabeza-. ¿Todos estos años he estado celoso de tu relación con un amigo gay? Sophy me contó que tú y él estabais seriamente involucrados... -sonrió con gesto triunfal-. Afirmó que os habíais ido a América como amantes...

-Nada de lo que dijera Sophy ya me sorprende.

-Pero tú no aclaraste la situación, Polly.

-Lo siento -lo miró con ojos culpables-. Sé... sé que últimamente te dejé sacar otras conclusiones, pero sólo porque quería disponer de alguna defensa; no deseaba que averiguaras lo mucho que te quería. Te amo tanto, Marco. No podía soportar la humillación de que lo supieras si no sentías lo mismo...

-Entonces, ambos nos encontramos en una posición de fuerzas igualadas -dijo, alzando su mano para besarla con infinita ternura-. ¿Sabes cuánto te amo?

-Creo que sí... -contuvo el aliento-. Leer tus cartas ayudó...

-Ahora te conozco mejor. Mis sentimientos son más profundos.

-Oh, Marco, te amo desde los trece años...

-No conseguirás que reconozca que el sentimiento era mutuo a esa edad -gimió y la abrazó-. Me parecías bonita a los trece años, pero si te hubiera deseado entonces, probablemente me tendrían que haber encerrado, cariño. Te amo desde que fuiste a Prizzi, con Sophy...

-¿Y qué tenía de malo con trece años?

-El corrector dental, las trenzas...

Ella hizo una mueca, con la intención de replicar, pero él la besó;

fue un beso prolongado, duro y ansioso que acalló toda conversación y activó un deseó que amenazó con abrumarlos a los dos.

-Sé que hemos hablado por teléfono las veces que llamaste a Ben -susurró cuando se separaron para respirar-, pero me ha dado la impresión de que llevamos separados meses, Marco; me he vuelto loca...

-Yo también. Polly... lo siento. Fue orgullo. Intentaba olvidar las cosas que me dijiste al pelearnos. Pensé que sólo te habías casado conmigo porque Ben necesitaba un padre. Al final, fue algo que me indicó Luciano. Al parecer, Sophy le comentó que me amabas...

-¿Sophy? Bueno, si ha hecho algo para intentar arreglar las cosas, quizá no sea tan mala.

-¿Su oportunidad de redención? -Marco sonrió-. Tal vez. Polly, ¿me amas?

-Por completo. ¿Por qué crees que me casé contigo? -lo miró feliz-. ¿Y tú me amas?

-Desesperadamente.

-Te he deseado tanto...

-Cara, ni siquiera te aproximas a lo mucho que yo te he deseado...

-Oh, Marco... -le levantó el polo para entrar en contacto con la calidez de su cuerpo-. Hazme el amor, cariño, necesito...

Él miró la puerta y se separó unos segundos para echar el cerrojo. Luego volvió a tenerla en sus brazos.

-Nunca más volveré a estar tanto tiempo lejos de ti -musitó con un escalofrío de pasión. Inhaló su aroma mientras le quitaba la camiseta y los pantaloncitos. Le desabrochó el sujetador blanco y contempló sus pechos como si nunca antes la hubiera visto desnuda-. Eres tan hermosa -comentó con voz ronca-. Lo estás más que nunca...

-No he tenido mucho apetito estas últimas semanas. Quizá he languidecido por ti, pero no sufras porque, dentro de poco, estaré engordando continuamente durante nueve meses.

Reinó un silencio asombrado.

-¡Estás embarazada! -exclamó emocionado. Asintiendo tontamente, Polly sintió que una sonrisa incontrolable se extendía por su cara al absorber el poderoso placer de él, esa posesión y orgullo masculinos que pareció encender la intimidad entre ellos.

-¡Oh, Marco!

-Cariño. ¿Te encuentras bien? Quiero decir, ¿estás bien? ¿Has visto al médico?

-Sí a las tres cosas. Todo está bien. Nunca me he encontrado mejor. Ahora eres mi marido -le recordó con suavidad, acariciándole la cara con ternura al ver su ansiedad-. Eres el padre de Ben. El padre del

hermanito o la hermanita de Ben. ¿No te sientes tú feliz?

-Sí. De hecho, creo que soy el hombre más afortunado del mundo - la abrazó y la besó con una ternura posesiva más elocuente que las palabras.

Fin.